

Lady Eyre
diario de una
GORDA

María Arbinaga

Lady Eyre: diario de una Gorda
Escrito por María Arbinaga
Revisión de estilo, diseño y edición:
María Arbinaga

El mayor y único agradecimiento es siempre para las personas que se han convertido en mi familia: Rakel, Javi, Leire, Marta o Lander, sois lo que da color a mi vida.

Hola, soy Eyre

Debería ser insegura, tímida, enamoradiza, apegada, inocente, irresponsable y poco resolutiva.

Así es como me define ante el mundo mi 1.77 m de altura y mi negociación matutina con el margen que separa las 2 cifras de las 3 en mi báscula. Pero no te equivoques, las historias que construyen una vida de maravillosas aventuras no se ven condicionadas por el tamaño de tus bragas ¿O quizás sí?

Eso sólo lo decides tú.

INDICE

· PARIS

[UNA NOCHE EN SAINT MICHEL](#)

[VODKA CON LIMÓN](#)

[RUBIA](#)

[NO QUEDAN LAVADORAS SEÑORA](#)

[CHEQUES SIN FONDO](#)

[EL BIDÉ DEL INFIERNO](#)

[LADY EYRE](#)

[HAZME EL AMOR](#)

[CÁSATE CONMIGO](#)

[LUCES Y ACCIÓN](#)

[EH LADY GAGA](#)

[PLAZA DAUPHINE](#)

· BARCELONA

[LLORA EYRE, LLORA](#)

[ORGASMOS EN BARCELONA](#)

[CHAMPAGNE SOCIAL](#)

[PERFECTA](#)

[MEMORIAS DE MADRID](#)

[VISTAS DE LA CIUDAD](#)

[CASCADA ÍNTIMA](#)

[ESTRÍAS Y CELULITIS](#)

· BILBAO

[NUTELLA A CUCHARADAS](#)

[NO ME ARREPIENTO](#)

[VOLVER A EMPEZAR](#)

[QUÉ SE YO](#)

[CHICAGO](#)

[NAPOLITANAS Y CROISSANTS](#)

[DESTORNILLADOR BAJO LA LLUVIA](#)

[HOY VOY A BEBER](#)

[CUANDO MENOS TE LO ESPERAS](#)

UNA NOCHE EN SAINT MICHEL

70 KG

¿Los sentimientos cambian? No lo creo, evolucionan y las personas se frustran «Las cosas ya no son lo que eran» «¿Qué nos ha pasado?» «Has cambiado». Efectivamente, si la razón o la justificación de una decisión que afectará a tu vida la basas en algo que sientes, lo disfrutarás o sufrirás intensamente, pero al menos será siempre tuya.

He sido infeliz desde antes que pueda recordar, mi mayor época de felicidad la puedo señalar a mis 30 años. He vivido, no sé si mucho o poco, pero he experimentado a mi manera, me he divertido, pero así, entre tú y yo, siempre he tenido que hacer grandes esfuerzos por quererme a mí misma.

Pocas veces me he querido sinceramente o he sentido que fuera merecedora de amor, cariño o incluso empatía. Creo que he tenido épocas en las que he pasado por auténticas depresiones. Épocas en las que no podía ni salir de mi piso parisino de 15 m² y violentamente me llenaba la boca a cucharadas de espaguetis con salsa de tomate. De vez en cuando me maquillaba, me ponía ropa sin pelusas y salía a que me diera el sol.

Sentía que las personas me miraban raro, las chicas parisinas de mi edad eran muy chic, delgadas, altas, pelo frondoso y ojos claros. Yo paseaba por París con mi música de Skrillex, unas botas militares, una sudadera verde over-size y unos shorts que me quedan muy justos y me apretaban los muslos.

Ese era mi París, no fue siempre así, pero lo fue una temporada. A veces creo que fue París lo que me sacó del agujero negro en el que me había sumergido, seguramente por eso le guarde tanto cariño a esa ciudad.

Mi primer día en París fue complicado, estaba muy nerviosa, jamás había vivido en un país de habla francesa y aunque en mi interior sabía que iba a estar bien, sentía que estaba dando pasos sobre un terreno poco estable.

Mis padres vivían en una época que ya había quedado atrás, seguían pensando que con 20€ podría hacer la compra semanal de comida, por lo que me dejaron 150€ para pasar el mes, me dieron un abrazo y me ayudaron a subir las maletas hasta la 4ª planta de un edificio viejo y decrepito que poco después se convertiría en mi hogar. 15 m² en los que cabía una nevera, un fuego de cocina, un baño, un armario, una cama y un escritorio. Lo sé, si no te lo cuento no te lo crees.

Mi piso solo tenía una ventana, eso sí, ocupaba toda una pared y desde ella veía el parque interior de una urbanización en la que vivían personas que obviamente tenían mucho más que 150€ en el bolsillo.

Nunca estuve acomplejada por el tipo de hogar que tenía en París, mi pequeño piso era para mí un espacio de libertad. Aunque agobiadamente pequeño y sin mucho más espacio que para rotar sobre mí misma, mi piso me ofrecía autenticidad, libertad y amor. Amor hacia mí misma, hacia mi independencia y hacia mi manera de funcionar en la vida.

Saqué los 150€ del bolsillo, los dejé encima del escritorio y me senté en la cama. Tenía a mí alrededor más de 7 maletas y 4 bolsas que apenas cabían en la habitación pero que pronto ordené. Quería que aquel fuera mi hogar, necesitaba sentirme segura en algún sitio, fuera cual fuese. Desde allí podría decidir cuánto arriesgarme, salir 1 hora o 2, coger el metro o probar a andar en bici, teniendo siempre un refugio al que regresar si un panadero borde parecía no entenderme.

«Estamos ya en el coche» Me escribieron mis padres.

«Estupendo, mis padres se van» Abrí mi bolso y saqué un sobre con 600€ que había conseguido vendiendo 2 pulseras y 3 anillos de oro que algunos familiares me regalaron por mi bautizo o comunión. Al ver ese dinero en mi apartamento, sin necesidad de esconderlo, comencé a sentir que quizás podría sobrevivir a aquella aventura, sobrevivir de verdad.

Tuve 2 días para presentarme a París antes de comenzar a trabajar, aquellos magníficos días de pleno mayo. Venía de ser una estudiante que vivía bajo el techo de sus padres y claro, aún tenía las mechas recientes, la ropa limpia y la vitalidad que te aporta una nutrición variada y completa.

¡Aquel era mi primer día en París! No podía estar más emocionada. Fingí ser chic y sofisticada, me puse unos vaqueros ajustados, una camiseta negra de tirantes con brillantes y el clásico bolso negro de Chanel, pero sin ser Chanel claro, el mío era de ioffer, pero eso nadie tenía por qué saberlo. ¿A quien pretendía impresionar? Nadie me conocía allí, las primeras semanas las pasé completamente sola, pero algo dentro de mi mente me decía, que si estaba en París debía vestir acorde a lo que aquella ciudad me sugería. Lo sé, a veces yo tampoco me entiendo.

Primera parada: Ópera Garnier. Mi corazón no cabía en mi aún delgada caja torácica. Miles de pasos de cebra, cientos de personas y yo estaba allí, frente a la Ópera sin saber muy bien qué decir. ¿Debía gritar wow? ¿En voz alta? ¿Alguien lo había hecho alguna vez? Yo me sentía totalmente deslumbrada y era consciente de que a los hombres les gusta que te sorprendas cuanto te ponen la polla delante de la cara y aquello, créeme, era mucho mejor que cualquier

polla.

La ópera de París, siempre me ha dejado sin aliento, desde el primer día que la vi. Agarré mi bolso con fuerza, miré a mi alrededor y decidí adentrarme en una calle cualquiera, no dejaba de ver tiendas y más tiendas, me acercaba a los escaparates e intentaba leer los precios. «¿800€ por un jersey?» Cuando empecé a ser consciente del nivel de precios de aquella ciudad, aquellos 150€ que me habían dejado mis padres se convirtieron en una absurda limosna.

Aparecí en la Madeleine y volví a sentirme en una encrucijada «Debo estar haciendo alguna ruta turística sin darme cuenta y me estoy tragando todos los grandes monumentos el primer día» Poco después entendí que París está creada para deslumbrarte, para sobrecogerte y vayas a donde vayas vas a sentirte así. Aún no lo sabía, pero no tardé mucho en darme cuenta.

«Chanel, Dior, YSL...Pero ¿Dónde estoy?» Encontré un local donde vendían bocadillos, allí me sentí más en mi ambiente, me comí un bocadillo que no había pedido, porque obviamente el señor francés no me había entendido del todo bien, pero estaba bueno. Acabé en Champs Elysees comprándome unas gafas baratas en una tienda de souvenirs. Si pretendía alargar mis 600€ y mi visión sana hasta final de mes algo debía hacer al respecto, eso sí, las gafas tenían brillantitos en las patillas.

Aquel día anduve muchos kilómetros, pero no me sentí cansada en ningún momento, todo lo contrario, me sentía llena de adrenalina e ilusión, como si deseara que aquel día no terminara. Antes de volver a mi pequeña guarida, entré en un supermercado e hice una compra que me permitiera comer el resto de la semana de una forma equilibrada: 2 cuñas de queso Brie, 1 botella de vino, galletas, Coca-cola, un plato congelado de macarrones carbonara y dos plátanos.

Saqué muchísimas fotos a mi apartamento y se las enseñé a mis amigos, estaba muy orgullosa de estar allí.

No recuerdo mi primera noche ni la segunda, pero recuerdo que día tras día la ropa se iba acumulando en una gran bolsa azul que tenía frente a mi cama.

El primer día de trabajo me pareció, cuanto menos, curioso. Nunca había trabajado de cara al público, mucho menos en hostelería y nunca lo había hecho con compañeras de color. Yo era “la nueva” y la única chica blanca pero mis compañeros y mi jefe me acogieron con mucho cariño.

Mi jefe era muy simpático y tuvo mucha paciencia conmigo, me enseñó todo, desde cómo preparar todo tipo de cafés, hasta como hacer la caja o preparar los documentos que los proveedores debían firmar al descargar cada mañana. Me daba 30€ al día para que comiera y

siempre estaba de buen humor.

Mis compañeras eran también muy simpáticas, tenía compañeras de Argelia, Nigeria, Marruecos y de Francia, claro. Les preguntaba muchas cosas, me corregían la pronunciación y me enseñaron a decir esas cosas que nadie te enseña en una academia. Además de ser compañeras, algunas comenzaron con el paso de las semanas a convertirse en mis amigas.

Me encantaba trabajar en aquel restaurante, no tenía que cocinar y me aportaba la parte social o el contacto humano del que carecía. Un día, cansada de pasar los fines de semana sola en mi casa o dando vueltas por París, busqué en Google: conocer españoles en París. Entonces conocí a Irene.

Irene ejercía de niñera en una casa algo alejada del centro pero tenía dos días libres a la semana que solía utilizarlos para venir a París y pasar tiempo juntas. Me encantaba estar con ella, siempre intentaba que nuestros días libres coincidieran, organizaba excursiones y por si fuera poco, me hacía de guía turístico por una ciudad que todavía era nueva para mí. Luego conocimos a Sara, una chica que estaba haciendo su Doctorado en Química en la Universidad de París. Ya éramos 3 y por si aún no había entrado en tópicos, Sara era rubia, Irene muy morena y bueno... yo siempre he intentado parecer pelirroja.

Y entonces llegó él. Te sitúo, se trataba de la celebración de la fiesta nacional en París. Rogué a mi jefe que me dejara el día libre, era mi primer verano en París «Tengo que salir y saber qué es lo que pasa durante la fiesta nacional, es para mí como una obligación reglamentaria, no puedo pasar esa noche sin mis amigas» Le dije a mi jefe mientras el asentía una y otra vez con su eterna sonrisa.

Le Champs de Mars, los fuegos artificiales, las risas y el olor a mil perfumes. Yo estaba allí con miles de personas, formando parte irónicamente, del orgullo francés. No dejábamos de sacarnos fotos, recuerdo reír y beber mucho aquella noche. Andamos desde Le Champs de Mars hasta Saint-Michel mientras nos reíamos de un rubio que quería ligar con Sara mientras Irene rechazaba a cualquier otro.

«¡Tres mojitos por favor! ¡Pardon! Je veux trois mojitos, MOJITO, oui oui, mo-ji-to» Le gritó Irene al camarero. «Ya verás cómo no nos trae 3 mojitos» Me susurró a mí después.

Melena negra larga, ojos grandes negros y una cara que la hacía atender al clásico prototipo de mujer Sevillana y que además hacía que todos los chicos se quedaran mirándola. Pero él me miraba a mí.

Al final del bar y mientras hablábamos con unos alemanes, allí estaba él, sin apartarme la mirada y dedicándome media sonrisa.

«¿Le digo algo? Igual no me entiende» Les pregunté a mis amigas. No pasó ni 1 segundo antes de que Sara diera el primer paso hacia él. «Bueno voy a darme la vuelta, que corte» Dije en voz alta. Entrar a alguien a través de una amiga es muy patético. «Seguro que se ríe y lo achaca a que las españolas somos raras, no me preocupa» Me dijo Irene con mirada despreocupada.

No intercambiamos ni una palabra, después de aproximarse empezó a bailar conmigo, me puso las manos sobre la cadera y no dejó de sonreírme hasta que acercó su cara a mi cuello y me dijo «Oh la lá ton perfume» Bien, era lo único que me había puesto que costara más de 50€, el chico tenía buen olfato.

No recuerdo muy bien cómo transcurrió la noche, pero acabamos besándonos frente al Sena e intercambiando teléfonos. Quizás él no sintiera lo mismo, pero yo sentí una conexión especial, como si los dos estuviéramos en busca de un hogar. Probablemente aquella sensación fuera unilateral, pero entiéndeme, después de dejar atrás mi pequeño mundo, me vi en París, sentada a las orillas del Sena con un chico que me miraba como si su mundo se fuera a acabar.

Jacques me enseñó a convertir París en mi ciudad, me habló de la parte de su familia que aún vivía en Argelia, de su trabajo, me repitió muchas veces lo mucho que le gustaban los coches y lo mucho que le gustaba yo, eso no me lo dijo, pero lo deduje yo solita. Me hizo reír mucho y fue muy cariñoso conmigo, recuerdo perderme en aquellos grandes y largos brazos sin tener ninguna intención de volver a encontrarme. Era una de esas historias que sabes que no se repetirá, te agarras con fuerza a ese momento e intentas saborear cada segundo. Así lo hice hasta que vimos amanecer. Jacques nos acompañó al metro, mis amigas se fueron y yo subí andando a mi casa.

Pasaron los días y Jacques no dio señales de vida, asumí que había sufrido la famosa diferencia cultural así que aparté el tema de mi mente. Dos semanas después decidió llamarme para pedirme una cita.

Vino a buscarme en un Porsche y entonces empecé a cuestionarme: ¿Qué tipo de persona había conocido? y ¿Por qué le había dicho que viniera a buscarme a la entrada de mi decrepito edificio? Si lo hubiera sabido me hubiera puesto un vestido, pero mira, la cantidad de ropa sucia que se acumulaba en el rincón de mi habitación cada vez era mayor y no tenía mucho entre lo que elegir.

Allí estaba yo, con unos vaqueros, una camiseta de los ramones y unas playeras sucias. Se bajó del coche, me abrazó y me dijo que estaba preciosa.

Caminamos hasta un restaurante, nos sentamos y me preguntó qué era lo que había hecho durante aquellas semanas y después de la protocolaria introducción a la cita le dije «Has tardado casi tres semanas» Mientras le clavaba la mirada. «Tenía novia» Me dijo mientras me

sonría como si estuviera esperando que me riera con él. «¿Tenías o tienes?» Le pregunté.

Jacques me aseguró que no tenía pareja y que se sentía plenamente libre para tener una cita conmigo. Por los gestos y la entonación quise suponer, aprovechando que estaba en París y tenía todo el derecho del mundo a ser románticamente estúpida, que yo era la razón de su reciente ruptura. Nunca volvimos a hablar del tema.

Cenamos juntos, dimos un paseo y me invitó a subir a su casa.

Quizás fuera pronto, pero estaba lejos de casa, jugaba bajo mis propias reglas y aunque fuera simplemente por rebeldía, quería pasar la noche con él. Subimos a un ascensor enano que había al final de un pasillo ruinoso y por un momento pensé: gracias a Dios que es sólo un presumido con los coches y vive en un cuchitril como yo.

Nada más lejos de la realidad, el ascensor se detuvo en el piso 6, bajamos, abrió la puerta y vi ante mí un piso de 160 m² con espacios abiertos, recién reformado, con cristaleras y vistas a Notre-Dame.

Yo no podía dejar de pensar que mi piso de mierda me costaba 500€ al mes. «Pero ¿tú quién eres? Me recoges con un Porsche, vives aquí. Las personas como tú no se conocen en bares. Deberías tener una etiqueta o alternar en bares para ricos» Le dije mientras miraba a mi alrededor con los ojos bien abiertos. Jacques empezó a reírse y me contestó «Trabajo duro y he tenido suerte»

Yo no pintaba nada allí y esa obviedad empezó a hacerme sentir insegura. Siempre he sido una tía sexy y guapa, pero los dos éramos conscientes de que yo solo era una camarera, con un francés terrible a la que le sobraban un par de kilos. Por no hablar de que aquel día llevaba un sujetador que se enfrentaba a su tercera noche porque era el menos sucio que tenía. Vale, eso él quizás no lo sabía, pero yo sí. ¿Me entiendes?

La teoría decía que en París las mujeres no se depilaban, las francesas tenían fama de ser naturales, empoderadas y peludas. Para ser honestos, yo no me había depilado desde hace un mes y aunque la situación en su totalidad me hacía sentir incómoda mandé todos los prejuicios a paseo, le eché morro al asunto y le dije «Verás, no creo en la depilación, creo que las mujeres no deberíamos sentirnos presionadas a depilarnos. Para mí el hecho de no hacerlo es una reivindicación a esos derechos» Él se agachó delante de mí, me bajó los pantalones y me dijo «Me da igual si estás o no depilada»

Todo captaba mi atención, me fascinaba su casa, no dejaba de mirar a mí alrededor y pensar: joder, este tío está buenísimo, vive en una casa impresionante y yo he venido con unas pintas del carajo y con un arbusto entre las piernas, al menos llevo bragas bonitas.

El sexo no fue bueno, él atendió indiscutiblemente a todos los tópicos asociados a la raza negra y hubo momentos fisiológicamente muy sorprendentes a lo largo de la noche, pero yo estaba distraída. Fue muy difícil seguir cachonda después de verle hundir su cara en mi entrepierna peluda. «Si no se afeitara, su barba sería parecida al pelo de mi coño, no le queda mal» Pensé mientras contaba los minutos para que aquello terminara. Era la primera vez que bajaban al pílón y te juro que no me gustó. Ni un poco.

Amanecemos juntos, me desperté antes que él y poco a poco me fui vistiendo. Cuando él se despertó yo corrí como un misil al baño, me retoqué el maquillaje, me cepillé el pelo e intenté no parecer Mufasa después de una orgía. No sé tú, pero yo no me levanto muy presentable.

Nos dimos los buenos días, todo trascurrió con normalidad y yo me fui a trabajar.

VODKA CON LIMÓN

72 KG

Estaba acostumbrada a salir, a beber y a gritar de felicidad bajo las farolas de París mientras bailaba de un lado a otro de la calle. París me estaba haciendo libre pero aquella creciente sensación frenó en seco cuando Juan me dijo que venía a París.

Aún trabajaba en el restaurante, tenía dos días libres a la semana y aunque pocas veces coincidían con sábado o domingo, estaba acostumbrada a comportarme como si cada uno de mis días libres fuera viernes. Mis noches duraban hasta que el sol iluminaba las calles con risas y canciones a medio cantar.

Juan llevaba más de un año intentando conquistarme, sin mucho éxito debo especificar. Este chico estaba totalmente fascinado por la idea de una Eyre que no era real y que en muchas ocasiones le llevaba a decir «No pensaba que fueras así». Juan me conoció en una época en la estaba dedicada a mí misma por completo: estaba 10 kg por debajo de mi peso recomendado, muy morena, una larga melena rubia y por si la genética no me ayudara, llevaba escotes despampanantes y faldas muy cortas. Si me hubieras visto, sabrías que Juan no tenía ninguna opción de conquistarme, además llevaba años enamorada de Gabriel. Aunque esa fuera la realidad, yo le prestaba atención y mantenía su interés vivo, porque en parte, echaba de menos sentirme admirada.

Juan era muy tímido y un poco deprimente, no te voy a engañar. No había ningún tema de conversación que nos durara más de 5 minutos, él siempre prefería estar callado o con una sonrisa nerviosa en su defecto. Ese, entre otros tantos, era uno de los detalles que me hacían verle como una persona muy poco interesante.

Yo estaba acostumbrada a Gabriel, a una persona muy sensible, expresiva, divertida y sobre todo con mucho talento. El parar mi mundo para recordar durante 2 minutos cómo mis manos jugaban con su largo pelo rubio, era más provechoso que pasar 2 horas hablando con Juan.

¿Cómo le conocí? Te lo cuento.

Una noche de verano: salí de fiesta con Mai y Laura, yo estaba buscando alguna presa que me hiciera sentir especial y me alegrara la noche. Por aquel entonces yo pesaba 70 kg. 70 kg de puro morbo: pelo largo rubio, un pecho exuberante y un vestido negro muy ceñido.

Entramos en una discoteca y detectamos una corriente de personas que permanecía en

movimiento para ir hasta el fondo del pub. Siempre íbamos al fondo, así que me dirigí hacia la corriente humana que me llevaría hasta allí.

Mis amigas se desvanecieron entre la multitud pero yo seguí en el camino que llevaba hacia el fondo del local. Levanté la vista tras tropezar, involuntariamente me apoyé en el chico que tenía delante, él se dio la vuelta y me sonrió «¿Estás bien?» Enseguida pensé: vaya, que sonrisa más bonita tiene este chico, es muy sexy.

Mientras seguía andando hacia delante y aprovechando que nadie me conocía, me levanté el vestido, me subí las medias con fuerza hacia arriba, me re Coloqué las tetas dentro del sujetador y liberé un pedo que llevaba guardando desde al menos 4 horas. Total, nadie pensaría que había sido yo: era guapa, alta y delgada.

Por fin conseguí reunirme con mis amigas, les conté lo sexy que era el chico al que había atropellado «Pues ve y habla con él, no seas tonta» Me dijo Mai.

«Ni de coña, jamás he entrado a un tío y jamás lo haré» Le dije convencida. Bueno, 2 minutos después ya estaba caminando hacia él.

Hacía meses que Gabriel y yo no estábamos juntos y conocer a otras personas era para mí una manera (algo forzosa) de aceptar que estaba sola. Jamás me hubiera sentido capaz de entrar a nadie teniendo más peso, pero teniendo aquel físico sabía que con la cantidad de hombres que me entraban cada noche, sólo por pura estadística, el partido estaba ganado.

«¡Hola! Nos hemos visto antes» Le dije mientras él se daba la vuelta. «¡Ei hola! Sí ¿no te has hecho daño no?» Me contestó con aquella fabulosa sonrisa. Parecía majo, pero no sabía cuál era el protocolo, no tenía ni idea de qué decirle. Le sonreí, me quedé callada y él me sonrió de vuelta.

«Nos conocemos ¿verdad?» Le dije para romper el silencio. Él movió la cabeza ligeramente hacia un lado «No...no lo creo ¿De qué?» Me dijo. «No lo sé, te conozco de algo, pero no sé decirte de qué» Le dije. Patético, fue patético.

«Si, haz memoria, me conoces» Le insistía mientras le miraba con cara interrogante. «Que no, que no, que no te conozco» Me repetía una y otra vez.

Pasamos más de 7 minutos discutiendo sobre si nos conocíamos o no hasta que claro, sentí mucha vergüenza y regresé con mis amigas. Les conté lo que había pasado y empezaron a reírse muchísimo, no paraban de reírse, les caían lágrimas de la risa mientras el chico en cuestión, nos miraba a ratos preguntándose qué coño estábamos haciendo.

«Bueno, caso perdido, no le intereso y además lo he hecho fatal, jamás volveré a entrar a nadie, olvídalo» Me dije mientras daba vueltas bailando, entonces, en una de esas vueltas, vi

cómo el susodicho se aproximaba hacia mí.

«¿Me estabas entrando?» Me preguntó al oído. Le miré y se lo negué con cara avergonzada, entonces él volvió a sonreírme y comenzó a bailar conmigo. Bailamos varias canciones pero sentía que aquello no me gustaba, estaba mal. De alguna manera sentía que me estaba traicionando a mí misma. Adoraba salir de fiesta con Gabriel, aquellos bailes que nos pegábamos borrachos eran lo mejor de cada noche, sentía la efervescente complicidad de dos personas que se desean, la fascinación de un hombre que me miraba como si fuera la única mujer del universo.

Sabía que no podía aspirar a algo como Gabriel, debía conformarme con lo que había y Juan estaba allí. Me pidió que saliéramos fuera, encontramos un banco donde sentarnos y empezamos a hablar de nuestras vidas: trabajo, amigos o aficiones. Parecía un tío muy majo e intercambiamos los teléfonos.

En las siguientes semanas quedamos en varias ocasiones y me di cuenta de lo obvio: era un humano sin alma, un pan sin sal, un muerto viviente, una flor de plástico. No sé, le faltaba un chute de vida, de nervio y de carácter pero a pesar de todo, intuía que era una muy buena persona. Me miraba como si nunca hubiera visto una mujer, como si fuera la mujer más atractiva del planeta y eso me hacía sentir genial.

Fuimos amigos durante más de 7 meses hasta que yo me mudé a París y a pesar de sus grandes esfuerzos por mantener el contacto, nos fuimos distanciando.

Y entonces avanzo hasta el día en el que Juan se auto invitó a visitarme. Estaba tumbada en mi pequeña cama, dentro de mi minúsculo apartamento y viendo videos en Youtube cuando recibí una foto de Juan: su billete de avión. Tenía pensado pasar 2 semanas en París conmigo. Estaba sacrificando sus vacaciones por estar 2 semanas en París aún sabiendo que sólo podría estar con él 4 días. Yo trabajaba 5 o 6 días a la semana, había conocido a Jacques y tenía planes con mis amigas, no podía librar 2 semanas enteras para estar con él y aunque él lo sabía, quiso venir igualmente.

La fecha de llegada de Juan se estaba acercando y no podía esperarle con menos ilusión. Solía pensar: ya podría ser Jaime el que viene a visitarme y no este zombi del infierno. Además, era impensable que pudiéramos convivir durante dos semanas en mi apartamento, así que reservamos entre los dos una habitación de hotel con dos camas para pasar más tiempo juntos. Si te paras a pensarlo, es un poco triste que una habitación de hotel fuera más grande que mi apartamento, pero bueno, esa es otra historia.

Llegó el día, hice mi maleta, dejé mis cosas en el hotel y cogí el autobús hasta el aeropuerto. Por un segundo, me miré en el reflejo del cristal de una tienda y me paré a pensar en

lo mucho que París me había cambiado: botas biker negras, un mini vestido marinero de manga larga y escote barco y mi bolso de no Chanel. En Bilbao nunca me hubiera aventurado a llevar unas botas moteras con un vestido tan corto pero aunque no me había parado a pensar en ello, llevaba meses sintiéndome libre en muchas facetas de mi vida. Cuando pensé en ello y lo asimilé me sentí poderosa y me cambió el humor para el resto del día.

Me encontré con un Juan nervioso que no sabía muy bien de qué hablarme. Yo le expliqué todas las cosas que íbamos a hacer, los lugares que íbamos a ver y en qué sitios íbamos a comer. Fuimos al Hotel, dejamos sus cosas y salimos a dar un paseo.

Estar con Juan me traía recuerdos de mis días en Bilbao y me hacía destapar una frustración que no podía ni sabía controlar. Volvían a mí todos esos sentimientos amargos de los que había huido, hablábamos de experiencias comunes, de personas en común, todo centrado en mí pasado y si te soy sincera, tenía muchas ganas de que se marchara. No me interesaba seguir hablando de las personas que dejé en Bilbao, no me interesaba recordar como épicas aventuras de mi pasado, cuando mi presente era lo más épico que había vivido hasta entonces.

París me ofrecía un crecimiento personal que jamás había experimentado, me estaba descubriendo como mujer, como adulta y día tras día me sentía florecer en aquella ciudad. Los recuerdos del pasado sólo me añadían peso a los tobillos y no me permitían disfrutar de todo lo que estaba viviendo.

Tuve que hacer grandes esfuerzos por sonreír y poner a su disposición toda mi atención para que una persona que no tiene iniciativa y un máximo de 100 palabras al día, lo pasara bien. Me estaba agotando.

Llegó el fin de semana, tuve la suerte de no trabajar y aunque tenía que estar con Juan, pude quedar con mis amigas para salir de fiesta.

No quería nada de aquello, ni la constante atención ni las excursiones ni la falta de privacidad. Llevaba días durmiendo mal, duchándome en un baño que no era el mío, me aguantaba los pedos demasiadas horas seguidas y apenas comía queso o pasta. Los ojos de Juan me decían que aquel era un viaje importante para él, deseaba pasar tiempo conmigo y yo le di el mejor París que pude.

«Esta noche vamos a salir, compramos algo de bebida y salimos a bailar con mis amigas ¿Te apetece?» Le pregunté. Juan afirmó con la cabeza sin poner ninguna pega.

Me duché, me puse un vestido de tirantes blanco con encaje, unas botas altas negras de cuero, me maquillé y salimos en dirección a Place Monge.

«Tu amiga Irene me ha parecido muy buena chica, se le nota que es buena persona» Me

comentó Juan mientras nos tomábamos nuestra primera copa. Estábamos sentados en unas escaleras a la salida de una discoteca y hablábamos de su experiencia en París y de sus sensaciones. Por más que intentara desviar el tema de conversación Juan intentaba adivinar mediante preguntas, que para mí no venían a cuento, si aún conservaba interés de algún tipo en él.

Estábamos preparando la segunda copa cuando llegaron mis amigas y fue entonces, cuando todo empezó a darme vueltas. No podía escuchar la música, todo estaba borroso y era incapaz de pensar con claridad. Lo único que venía a mi cabeza una y otra vez eran las conversaciones que había tenido con Gabriel antes de que nuestra relación terminara. Por más que intentara luchar contra aquellos recuerdos para poder disfrutar de la noche no podía dejar de sentirme miserable y preguntarme a mí misma: ¿Qué necesidad tengo de estar en París sin Gabriel? ¿Por qué tuve que conocer a personas como Juan, cuando ni me importan ni me aportan nada?

Me derrumbé por dentro mientras me deshacía por fuera. El rímel se fundió con mis lágrimas mientras recorría mi cara, mi cuello y llegaba hasta mi escote. Mis amigas le pidieron a Juan que me llevara de vuelta al hotel y que intentara descansar pero yo me negaba a abandonar la fiesta. Juan intentaba convencerme de que volver al hotel era una buena idea, pero yo solo podía preguntarme a gritos «¿Qué tengo tan malo para que Gabriel no me quiera? ¿Qué es lo que hago tan mal?»

Juan paró un taxi, nos subimos y cuando no habíamos avanzado ni 1 km paré el taxi, abrí la puerta y comencé a vomitar. Me arrodillé y gateé hasta un banco. Juan me pedía que me levantara del suelo, pero si te soy sincera, era totalmente incapaz de levantar mi mirada un metro del suelo y entre respiraciones entre cortadas y un llanto desesperado le pregunté a Juan «¿Por qué Gabriel ha dejado de quererme?».

Recuerdo sentir un desconuelo total y absoluto mientras Juan intentaba hacerme sentir mejor sin ningún tipo de éxito. Aunque no recuerdo como sucedió, sé que llegamos al hotel, yo con la camisa de Juan y él con su camiseta interior de tirantes y mi vestido en la mano.

Subimos a la habitación y me pidió que le acompañara al baño. «Deja que te limpie» Me dijo mientras me recogía el pelo en una coleta. Me quitó las botas, su camisa, me metió en la bañera en ropa interior e intentó limpiarme todos los restos de vómito.

Me vi a mi misma metida en una bañera de agua caliente, aún llorando, con un montón de preguntas que jamás tendrían respuesta mientras Juan me repetía una y otra vez «Eyre, no hay nada malo en ti, tienes que relajarte». Me envolvió en un albornoz y me acompañó a la cama, me tumbé y le pedí que durmiera a mi lado aquella noche. «Si no te encuentras muy bien igual es

mejor que duermas sola» Me contestó Juan pero yo le volví a pedir con insistencia que durmiera conmigo.

Se quitó la ropa, se puso un pantalón de pijama y se metió en la cama conmigo. Me retiró el pelo de la cara y me susurró «Eyre, te quiero mucho, no estés triste» Por más irónico y surrealista que parezca, vomité a 3 cms de su cara. Él se apartó rápidamente y me acompañó al baño donde volvió a limpiarme, quitó la sábana sucia, la dejó en una esquina y volvió a tumbarme en la cama.

No recuerdo cuando ni cómo me quedé dormida, sólo sé que no volví a vomitar.

A la mañana siguiente tenía una resaca terrible, no entendía nada, solo había bebido dos vasos de vodka y me estaba muriendo. Juan cogía su vuelo de vuelta a las 16h de aquella tarde, eso significaba que teníamos que recoger todas nuestras cosas de la habitación en pocas horas. Yo tenía que volver a hacer una micro mudanza y llevar todas mis cosas a mi apartamento. Nada del otro mundo, pero cuando tienes una resaca como la que tenía yo aquel día, hasta respirar te supone una aventura.

A penas hablamos durante la mañana, cuando conseguimos sentarnos a comer en la cafetería del aeropuerto Juan empezó a deshacer una servilleta con las manos y entonces me dijo con voz quebradiza «Me siento muy mal respecto a lo que pasó ayer» «Perdóname, de verdad, sé que el alcohol me sentó fatal, nunca me había puesto tan mal por dos copas, la próxima vez que salgamos de fiesta te prometo que no beberé ni una gotita» Le dije acariciándole las manos.

«Me refiero a Gabriel, lo que sientes por él, no hay espacio para nadie más y me siento imbécil porque había venido con la ilusión de que...» Me empezó a decir hasta que yo le interrumpí «Juan, nosotros nunca hemos sido una historia, quizás pudimos serlo, pero yo me vine a París, he conocido a otras personas aquí, sigo pensando todos los días en Gabriel, no tiene sentido» Entonces él me lanzó una mirada de decepción seguida de un profundo suspiro. Me senté a su lado, le pasé el brazo por encima de los hombros y le dije «Eres demasiado especial como para conformarte con alguien que no tiene nada que ofrecerte» El me miró a los ojos y me abrazó.

¿Sinceramente? no lo pensaba. Juan tenía el 20% de la energía con la que cuenta cualquier ser humano, no tenía fuerza, vivía al ralentí y si, era un tío estupendo, muy buena persona, sexy e inteligente, pero no era para mí y yo no era para él. Nunca conseguí entender cómo una persona como Juan tenía tanto interés en mí. Él era un chico disciplinado, con un físico impecable y con una rutina muy saludable de alimentación y deporte. Juan era el paradigma del aburrimiento pero sabía lo que hacía, era un tío responsable en prácticamente todos los aspectos de su vida y yo...era su polo opuesto.

Juan se marchó de París, pasé dos horas desnuda en mi cama recuperando las masturbaciones perdidas y no volví a verle nunca más.

RUBIA

65 KG

Habían pasado más de 4 primaveras desde que comenzó nuestra historia y por más despedidas que tuviéremos, cada reencuentro era una estación en sí misma. Estudiaba cada palabra como si dependiera mi vida de ello, como si mi felicidad colgara de un solo hilo directamente sujeto a las sensaciones que fuéramos capaces de crear. Lo sacrificaba todo para que, por un momento, fuéramos sólo uno. Cada momento de incertidumbre o cada lágrima merecía la pena cuando finalmente me miraba fijamente con sus grandes ojos azules y me decía «Te quiero»

Éramos muy jóvenes, éramos libres, éramos puro aire. Él siempre tan volátil, la eterna veleta que se iba, vivía aventuras y siempre acababa volviendo. Nunca estaba presente y por más que estuviera a mi lado, su cabeza y corazón vivían por algo mucho más grande que él, más grande que nosotros.

«Buenos días desde París princesa» Me escribía cada mañana. Todas las noches hablábamos por teléfono y por unos minutos podía sentir que Gabriel seguía siendo una realidad. Odiaba París por haberme quitado lo único que quería, la única persona de la que había merecido la pena enamorarse.

Le imaginaba paseando con su melena rubia por aquella ciudad, fijando su mirada azul en cualquier novedad que fuera más interesante que todo lo que le esperaba en casa. Odiaba tanto aquella ciudad que apenas quería pronunciar su nombre.

Cada fin de semana esperaba con ansiedad que llegara el momento de vernos por skype. Así pasaban mis semanas, anclada en el lugar donde siempre habíamos estado, trabajando toda la semana como becaria en el departamento de marketing de una gran empresa y contando los días para volver a recuperarle.

Odié aquella ciudad durante más de un año por robarme a la persona más especial que había conocido. Cada día que compartía con él solo me hablaba de París, de aquella ciudad llena de luz y talento. Quizás suene egoísta pero mes a mes se me partía el corazón viendo como se enamoraba perdidamente de algo de lo que yo no formaba parte.

Éramos la oportunidad que los dos buscábamos pero no éramos la historia que buscábamos vivir, éramos muy jóvenes y nos encontramos demasiado pronto. Cada paso que dábamos hacía que cada día nos alejáramos más, hasta que un día dejamos de conocernos y me

vi condenada a la eterna persecución de algo que había sido único. Siempre supe que si aquello terminaba no volvería a vivir algo parecido y créeme si te digo que lo luché hasta el final. En cualquier ciudad y en cada uno de sus proyectos, estuve allí, apoyándole y tragándome sus ególatras preocupaciones acerca de su exceso de talento.

Y allí estaba yo, en aquella ciudad de mierda en la que no deseaba estar y a la que nunca hubiera ido de saber que Gabriel se acabaría marchando antes de mi llegada. Cada noche imaginaba cómo habrían sido sus noches allí, me preguntaba si habría tenido alguna amiga que le hubiera gritado “Rubia” desde el otro lado de la acera o si habría encontrado todas esas aventuras que buscaba cuando se fue de mi vida.

Las primeras semanas en París se me hicieron muy largas pensando en todas las cosas que Gabriel había vivido en aquella ciudad. Imaginaba las aventuras e historias que habría vivido, todos los fantásticos recuerdos que tendría archivados en su memoria. Todas las memorias a las que acudiría cuando quisiera sonreír, yo no era parte de aquello y esa obviedad me quemaba por dentro.

Muchas noches me sentaba en mi minúsculo apartamento Parisino y miraba mi móvil durante largos minutos preguntándome sí debía escribirle, si debía contarle lo mucho que aún odiaba aquella ciudad porque París sólo significaba Gabriel para mí.

Nunca lo hice, no quise darle la satisfacción de hacerle saber que le echaba de menos. No quería que supiera el poco sentido que tenía estar en aquella ciudad sin él. Según pasaban las semanas cada una de mis células me pedían más eufóricamente volver a él y quedarme con él para el resto de mi vida. Pasé muchas horas recordando cada una de nuestras aventuras, como aquella vez que la policía nos interrumpió follando. ¿Quieres que te cuente la historia?

Éramos dos nuevos adultos descubriendo los placeres de la vida, abusando intrínsecamente y con muchas ganas de todos ellos, te lo resumo: follábamos a todas horas.

En cuanto sus padres se iban a esquiar o en cuanto los míos se iban a cenar nos metíamos en una casa para matarnos a sudor. Todos los momentos en los que pudiéramos tener acceso a una cama eran muy bien valorados. Cuando aquello no era posible nos conformábamos con un baño o con uno de nuestros coches. Estábamos con las hormonas en continuo tornado y por si eso fuera poco éramos puro énfasis y desfogue sexual.

Se me cortaba la respiración cuando me golpeaba la espalda contra la pared y le pedía con la entrepierna pérdida de ganas que se corriera para mí. Nos encantaba el sexo y se nos daba de miedo.

Las opciones no eran demasiadas y cuando estás en esa etapa de tu vida parece que la

vida te va en follar, así que tuve una idea que daría solución a nuestros problemas.

Quedaban menos de 2 horas para que Gabriel me recogiera en su coche. Allí estaba yo: con una pierna encima del lavabo, con un espejo en la mano izquierda y una cuchilla de afeitar en la derecha. ¿Sabes lo difícil que es afeitarse la intimidad a la perfección? Pasaba largos minutos e incluso sudaba intentando conseguir un resultado que le hiciera pensar que yo jamás había tenido pelo en el coño. Muchas veces, hay que estirar un poco la piel para poder rasurar a la perfección pero claro, ya tienes las manos ocupadas con el espejo y la cuchilla. En serio, necesitamos un puto reconocimiento por ser capaces de hacerlo tan bien, eso sí, sí no me he cortado 100 veces el coño, no me lo he cortado ninguna.

Todo en orden, un flis-flis de colonia, 5 minutos de escozor intenso con saltitos ridículos y me subí las braguitas.

Me subí en su coche y nos dirigimos a la casa de veraneo de mi abuela en un pueblito de la costa muy cercano a la casa de mis tíos. Saqué las llaves que astutamente había robado del coche de mi padre, abrí la puerta, dimos una luz y empezamos a follarnos vivos. No nos duró la ropa puesta ni 1 minuto.

Me pidió que me sentara sobre la mesa de la cocina, me cogió del cuello, me echó un chorro de lubricante y empezó a follarme mientras me miraba. Yo estaba orgullosa de mi coño perfectísimamente depilado y empecé a tocarme y a mirármelo mientras él me penetraba. Él me miraba fijamente con esa mirada de cerdo que se les pone a los hombres cuando se creen buenos en la cama.

Comenzó a sonar el timbre.

Nos quedamos callados y nos miramos fijamente con los ojos completamente abiertos. Me acerqué al visor del portal: era mi tía la que estaba llamando. No nos dijimos ni una palabra, nos quedamos mirándonos fijamente sin saber qué hacer. Me acerqué a la luz para apagarla, entonces el timbre comenzó a sonar sin parar y comenzamos a oír gritos desde la calle.

«¿Quién está ahí?» Comenzaron a gritar mis tíos desesperadamente. Nosotros, sin saber qué hacer, recogimos la ropa cómo pudimos, salimos del piso y subimos corriendo las escaleras hasta el último piso del edificio. Nos vestimos y entonces le dije a Gabriel «Esto es lo que vamos a hacer, ellos están en el portal. Vamos a coger el ascensor hasta el garaje y vamos a salir por allí» Él me miró cuestionando lo que decía y me repitió varias veces «Eyre, es tu tía, ¿Porque no le dices que eres tú?» Gabriel no entendía las repercusiones de convivir con una madre del Opus Dei. Su solución no era una opción para mí.

Terminamos de vestirnos, nos pusimos los zapatos y decidimos coger el ascensor. Gabriel

estaba muy nervioso, la camisa la tenía mal abrochada, tenía el pantalón girado sobre la cadera y una respiración muy agitada. Bajamos en el ascensor hasta el garaje donde nos subimos a su coche y salimos del garaje por una puerta lo suficientemente lejana al portal como para que no nos reconocieran.

«¡Dios mío, han llamado a la policía!» Gritó Gabriel. Miré asustada y vi a mis tíos nerviosos, indicando a la policía por donde subir. Vi por lo menos a 7 policías armados que estaban subiendo las escaleras de dos en dos, me asusté y le pedí a Gabriel que nos fuéramos.

Nos cuestionamos muchas veces si seríamos capaces de ocultar aquello, si alguien se daría cuenta algún día y mientras nos reíamos de la situación empezó a sonar mi teléfono.

«Eyre ¿Puedes venir a recoger tu cartera y tu lubricante por favor?» Me dijo mi tía enfadada.

¿Cómo puedo tener tan mala suerte? Se me había caído la cartera en el pasillo y me había dejado el bote de lubricante en la encimera de la cocina. Me pidieron que acudiera al piso y allí fuimos Gabriel y yo, sin saber muy bien qué decir.

Mi tía estaba muy nerviosa pero los policías hicieron muchas bromas al respecto y todo acabó de una manera cómica. Mis padres se enteraron, no lo dudes ni por un momento. Se enteró toda la familia y es un tema recurrente en las comidas y cenas familiares. Sí, todo maravilloso.

Me juré a mí misma que no me expondría a situaciones similares. Al de 4 días tuve que esconder a Gabriel desnudo y mojado durante 2 horas en mi armario cuando mis padres volvieron inesperadamente 1 hora antes de una cena benéfica.

Todas esas aventuras y recuerdos me venían a la mente y no podía evitar preguntarme a mí misma «¿Habría vivido cosas igual de intensas y divertidas en París?» Que existiera esa posibilidad me hacía sentir asco por aquella ciudad.

NO QUEDAN LAVADORAS SEÑORA

75 KG

No te voy a engañar, me costó mucho adquirir una rutina de orden, plancha e higiene socialmente aceptables. Mi edificio tenía una planta subterránea que en algún momento debió ser un garaje pero que se convirtió en una lavandería para los inquilinos que vivíamos allí. Teníamos 8 lavadoras, 2 secadoras y una sala con tablas de planchar donde, sí eras lo suficientemente responsable como para querer comprarte una plancha, podías permitirte el lujo de planchar tu propia ropa.

Siempre fui vaga para estas cosas. La única razón por la que lavaba la ropa y planchaba algunas prendas era una consecuencia directa de ser coqueta y de no tener suficiente dinero. Comprar ropa muy barata y packs de braguitas a 3€ funcionó hasta que acabé con mis fondos y una vez allí, en la más triste miseria de un apartamento de muy pocos metros cuadrados e infinitas bolsas llenas de ropa sucia, me decidí a bajar al supermercado. Compré jabón y suavizante para la ropa y me propuse ser adulta de una puta vez.

La primera vez que me obligué a coger el ascensor hasta la planta -1 llevaba 5 bolsas de llenas de ropa sucia y no te exagero si te digo que tenía más de 50 braguitas para lavar. Me miré en el espejo del ascensor con cara de desidia, me había hecho un moño muy alto, llevaba un jersey azul cielo muy gordito que me llegaba por encima de la rodilla y unas botas Ugg. Uno de los tantos looks que me gustaban y que tanto odiaba el resto de la humanidad, perfecto para estar por casa o en mi caso para hacer la colada. No iba a pasar nada si alguien me veía así, pero prefería que eso no sucediera.

A ver, situémonos: viernes, 7 de la tarde, sola. Encendí la luz, dejé mis bolsas en el suelo e investigué (porque no tenía ni puta idea) dónde tenía que echar el jabón y el suavizante. Empecé a meter parte de la ropa de color en una lavadora y me di cuenta de que la tarea a la que me había comprometido me iba a suponer varias horas y varias lavadoras.

En mi mente tenía la siguiente estrategia: lavaría toda la ropa, los vestidos los colgaría en perchas y les pondría pinzas para ejercer peso sobre la tela y que se secan sin arrugas. El resto de prendas las metería en la secadora y subiría todo a mi apartamento. Llené 4 lavadoras, aún me quedaba la mitad de la ropa pero era viernes y no tenía ninguna esperanza de que nadie bajara a utilizar la lavandería. En un momento de egoísmo e inexperiencia decidí llenar las 8 lavadoras, 3 con ropa blanca y las otras 5 con ropa de color. Metí el jabón, el suavizante y las puse todas en

marcha.

La lavadora que menos tiempo iba a tardar acabaría en 40 minutos. Subí a mi apartamento, cogí las pinzas, las perchas y metí todo en una bolsa para bajarlo después. Me senté sobre mi cama, me quité las botas, me serví una copa de vino blanco y me puse música. Comencé a cantar, me olvidé del tiempo y cuando me quise dar cuenta, habían pasado 2 horas desde que había subido de la lavandería. «Joder Eyre, espabila» Nunca antes me había puesto las botas tan rápido, cogí las cosas y bajé corriendo hasta la planta -1.

Corrí rauda y veloz por el pasillo hasta la sala de las lavadoras, me encontré con una chica de 20 años y una señora de aproximadamente 50. Hablaban entre ellas y tenían pinta de estar muy enfadadas. ¡Mierda! Estaban esperando a que se liberaran las lavadoras. Abrí la primera lavadora, comencé a sacar toda la ropa rápidamente mientras pensaba para mí: luego ya separaré las prendas, ahora saquemos todo para que ellas puedan utilizar las lavadoras.

Dejé la primera lavadora libre y la chica joven comenzó a meter su ropa en la lavadora mientras yo vaciaba la segunda. Las dos mujeres se miraron entre ellas y una le susurró a la otra «Qué egoísta es la gente». Yo pensé: Si utilizar 2 lavadoras te parece egoísta espero que no me veas vaciar las 8, cariño.

Dejé la segunda lavadora vacía, la señora mayor comenzó a meter su ropa y entonces yo empecé a vaciar la tercera lavadora. La cara de la señora mayor era todo un poema y por un momento casi me dio hasta vergüenza, sabía que ocupar todas las lavadoras había sido un gesto muy egoísta, pero si lo miras desde otra perspectiva: había estado más de 4 meses sin ocupar ninguna ¿Qué me dices de eso?

Terminé de vaciar la tercera. Las dos mujeres estaban mirándome de reojo y esperando a que abriera la cuarta, pero fingí haber terminado con mi colada y comencé a separar la ropa.

Comencé a colgar los vestidos en perchas, a meter ropa en una de las secadoras, las dos mujeres dejaron sus lavadoras puestas y se marcharon. Aproveché esos minutos para vaciar el resto de lavadoras. Cuando la chica joven apareció de nuevo en la lavandería me di cuenta de que su lavado de 1 hora ya había terminado y que yo seguía allí poniendo y quitando secadoras. Eran las 11 de la noche cuando me vi planchando, sacando y metiendo ropa en las bolsas. Me dieron las 3 de la mañana con aquella mierda de colada, tuve que hacer 4 viajes a mi apartamento ¡Cuatro!

En mi último viaje, llevaba en la boca 4 perchas llenas de vestidos, varias prendas planchadas en una montaña textil que me impedía ver lo que tenía delante y una bolsa llena ropa colgada al hombro. Llegué a la planta 4, empujé la puerta del ascensor con el culo, giré a la derecha, dejé la montaña de ropa en el suelo, abrí la puerta con mis llaves y eché la ropa encima

de la cama.

Cuando encendí la luz me vi con más de 20 vestidos, todos colgados en la barra de las cortinas de mi única ventana, la ropa limpia y seca invadía toda mi cama, mi mesa y mi silla. No pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que no tenía espacio para toda aquella ropa. Tenía un armario relativamente grande y alto, pero me había pasado 4 meses comprando ropa nueva para no tener que lavar la que tenía ¿Cómo coño podía meter toda aquella ropa en mi armario?

Esperaba que algo mágico sucediera, que el duende del orden y del ingenio colocara toda aquella ropa por arte de magia. Vista la vagancia supina del aún desconocido duende decidí intentar dormir. Eché mi funda nórdica al suelo y dormí allí mismo, si prescindía de mi cama como superficie limpia para dejar ropa, tendría que dejar la ropa en el suelo. Créeme si te digo que no iba a dejar que mi ropa se ensuciara, bajo ningún concepto, ninguno.

Me desperté con severas molestias de espalda, pero tenía una misión importante que llevar a cabo y que me cambiaría la vida por completo: ampliar mi armario.

Me puse unos leggins por debajo del jersey en el que había dormido, me volví a hacer un moño, me puse de nuevo las botas, cogí mi bolso, mi iPod y salí de mi apartamento con decisión. Pasé más de 1 hora en el centro comercial intentando elegir los complementos idóneos para poder maximizar la relación espacio/ropa de mi apartamento. Compré varios artilugios, comí un bocadillo en Subway y volví a mi apartamento.

Abrí la puerta de mi edificio, cogí el ascensor y llegué a mi pequeño nidito. «Bueno, ahora, voy a montar el burro, voy a atornillar otra barra al armario y voy a montar esta cajonera. Bien... en un apartamento de menos de 15 m² con ropa en cada puta esquina» Me dije en voz alta. Cualquier aventura era una odisea en mi apartamento, pero eso lo hacía más especial. Nada, que va, no me creas, era una puta mierda.

Finalicé con éxito mi tarea y pude felizmente ordenar la ropa limpia de la que estaba tan orgullosa. Conseguí que todo tuviera su lugar, me volví experta en meter mucha ropa en lugares muy pequeños y encontré la manera de que la ropa no se arrugara. ¿Marie Kondo? Una basura si lo comparas con la obra de ingeniería que monté aquel día.

Invertí el sábado en mí, en mi organización y en mi piso. Aquello, por alguna razón que desconozco, me hizo sentir plena, feliz, limpia y organizada.

Tenía ganas de limpiar, lo cual no era muy habitual en mí, así que aproveché las ganas para mudar la cama. Bajé las sábanas a la lavandería y mientras metía las sábanas en la lavadora adivina a quien me encontré allí: a la señora mayor del día anterior. Esa señora era incapaz de

odiarme más, odiaba mi egoísmo con cada célula de su cuerpo y lo supo transmitir muy bien.

Ya habían dado las 10 de la noche cuando por fin salí de la ducha, me dejé abrazar por mi albornoz calentito y salí de baño. Desde un extremo de mi apartamento vi mi cama recién hecha, dos velas enormes de jazmín encendidas, el armario perfectamente ordenado y un burro con mis mejores 15 vestidos colgados.

Mi apartamento olía a limpio y yo me sentí maravillada por haber sido capaz de responsabilizarme de mi vida y de mi orden. No entendí porque algo tan simple, que tanta pereza me había dado en un principio, me hacía sentir tan plena y tan orgullosa de mí misma.

Los últimos meses había vivido con un desorden mental respecto a la comida, la ropa y todo lo que hacía referencia a la intimidad de mi casa. Aquel fin de semana algo cambió y me di cuenta de que así era como quería vivir el resto de mi vida, ocupándome de mi casa, de mi orden y de mi limpieza.

No porque aquello fuera algo que yo debía hacer, entiéndeme, no había nadie que me controlara, pero me hizo sentir bien, liberó un espacio de mi mente que parecía tener lleno con caos y niebla. Cuando salí de la ducha todo ese caos había desaparecido y entonces empecé a convertirme poco a poco en una mujer adulta.

CHEQUES SIN FONDO

80 KG

Era pleno invierno en París, mi apartamento estaba oscuro, eran las 11 de la mañana y la luz era escasa. Dejé la ventana abierta a un frío cruel mientras ordenaba mi habitación. Sentía como la brisa lo invadía todo y me permitía flotar en un apartamento que casi cubría al completo cada vez que extendía mis brazos.

Recogí la ropa, ordené mi vida y encendí una vela de jazmín justo después de cerrar la ventana. Abrí mi armario con esa esperanza absurda con la que muchas abrimos el armario «¿Qué esperabas encontrar? Ya sabes lo que hay» Me dije. Antes de poder elegir entre opciones que no existían, me puse unos leggins y un jersey calentito.

Aquellos leggins habían vivido 3 meses de explotación sin descanso y aun así seguían enteros. Había cogido peso desde mi llegada a París y la vida útil de mis pantalones solía ser de 3 a 4 meses, mis muslos asesinaban sin piedad el tejido de la entrepierna haciéndolo desaparecer y desvanecerse en la nada. La ropa ya no me quedaba como antes y aunque mantenía mi muy lograda talla 40, ya se podía intuir que mi cuerpo pedía gritos una talla 42.

Los 500€ mensuales que mis padres me ingresaban cada mes de poco me servían teniendo que pagar 350€ de alquiler. Fueron tiempos difíciles, yo estudiaba, no tenía tiempo para trabajar y en muchas ocasiones tenía que realizar mis trayectos a pie porque no podía permitirme renovar el permiso de transporte público.

Irónico ¿Verdad? ¿Cuántas de las personas que formaban parte de mi vida en Bilbao podrían imaginar que mis condiciones en París eran así? Te respondo: ninguna.

Hacía auténticos malabarismos para poder comer y pagar la factura del teléfono. Fueron muchos meses los que acabé desayunando, comiendo y cenando sopa en polvo con agua caliente. Fue entonces cuando descubrí los cheques, un método de pago que nunca había utilizado y que me proporcionaría ese margen tiempo/económico que necesitaba.

El pago con cheque era algo muy normalizado en Francia, muchas personas lo utilizaban. Cuando abrí mi cuenta en el banco de Francia, se me proporcionó una chequera que pensé que nunca utilizaría. Había observado que muchas personas, hasta en el supermercado, pagaban con cheque y aunque no tenía más que 3€ en mi cuenta bancaria, la ansiedad por comer algo sólido me llevó a cuestionarme seriamente probar aquel método.

La idea me rondó varias veces por la mente ¿Debía probarlo? No sabía si debía hacerlo hasta que un día me dije «¡Joder Eyre, tienes hambre!»

Llevaba dos semanas comiendo pan y sopa cuando cogí mi bolso, la chequera y me fui a un supermercado. Entré por la puerta y lo primero que hice fue coger una bolsa de arroz y otra de pasta, me dirigí hacia la caja y extendí un cheque. El importe de la compra sobrepasaba el importe que había en mi cuenta, pero la cajera realizó el abono como si le hubiera pagado en efectivo.

Me metí en mi banca online y vi que el importe no se había cobrado. No tengo palabras para describirte la alegría que sentí, en ningún momento me preocupó como pagaría ese importe. Tenía tantas ganas de comer como una persona normal que lo único en lo que podía pensar era en todas cosas que iba a comprar y en que no pasaría hambre durante las próximas semanas. Salí del supermercado y me dirigí a otro de la misma cadena. Entré por la puerta, cogí un carro de la compra y comencé a coger cosas que me permitieran mantenerme alimentada de una forma equilibrada durante varias semanas. Cogí café, leche, vino, pasteles, tostadas, mucho queso y me dirigí a la zona de ropa y maquillaje, donde cogí todo aquello que me hacía falta, un montón de maquillaje y varias prendas de ropa. Quizás no fuera una compra muy inteligente pero no te puedes imaginar lo feliz que me sentí.

Me paseé por aquel supermercado con ropa, colonias y un montón de comida, sintiéndome despampanantemente rica por tener 20 cheques en mi bolsillo. Llegué a mi apartamento y según entré por la puerta, puse música en mi iPad, metí la comida en la nevera y coloqué la ropa.

Me desvestí, me puse una camiseta XXL de Batman, unos calcetines calentitos y preparé un pequeño nido de bienestar. Coloqué mi portátil para poder ver Iron man desde la cama y me preparé un plato con queso, pan y algo de dulce. Poco tiempo tardé en sentarme en mi cama con un plato muy apetecible de cosas no sanas, unos labios rojos divino gracias a mi nuevo pintalabios y una buena copa de vino. Y allí, en aquel pequeño apartamento, entre dos mantas y con comida comprada con trampas viví uno de los días más felices de mi aventura en París. Había olvidado lo que era cuidar de mí pero aquella noche pude mimarme, ponerme una mascarilla facial, comer queso Brie y dejar de sentirme como un parásito que no puede ni alimentarse como desea.

Aquella noche vi porno y me masturbé varias veces a modo de celebración. Al día siguiente me desperté y me di cuenta de que la compra que había hecho era un poco estúpida. No entendía que pudiendo haber comprado cualquier cosa no hubiera comprado ni Champagne ni croissants, así que me dirigí de nuevo al supermercado para comprar el resto de cosas que echaba

de menos.

Podría haber vendido mi iPad o mi cámara de fotos de 900€ y eso me hubiera permitido tener liquidez, pero era plenamente consciente de que si mis padres se enteraban de que había vendido una de esas dos cosas, se crearía un grave problema. Se tomarían la libertad de atacarme, insultarme y hacerme sentir una traidora u otras cosas peores.

El problema no hubiera sido en sí la venta del bien en cuestión, el problema, en realidad, ya existía. Ellos querían que aprendiera a vivir con lo menos posible y les estaré siempre agradecida por ello, pero desde mi punto de vista, no es muy normal mandar a tu hija a estudiar a París y pretender que coma, pague el teléfono y se desplace con 150€ al mes. Sobreviví, claro que sí, encontré pequeños métodos como extender cheques sin fondo que me permitieron comer. Cuando comencé a trabajar todo mejoró sustancialmente.

EL BIDÉ DEL INFIERNO

85 KG

Mi apartamento era muy pequeño, creo que eso nos ha quedado claro a estas alturas de la película. Tenía un baño completo en menos de 2 m². Imagínate la situación, para una persona como yo, de 1.77 m, ducharse en aquel baño era como hacer un tetris con mi propio cuerpo. Perdí la poca dignidad que me quedaba cuando acepté que mi culo ya no cabía en una talla 38 y sólo me faltaba que París me llamara gorda obligándome a cooperar con sus minúsculos espacios vitales.

Mi bidé siempre tuvo problemas para evacuar agua, a menudo lo utilizaba para lavar alguna taza rápidamente y le costaba 1 día entero tragar el agua. Compré limpia tuberías, hice de todo, pero aquel bidé no quería cooperar. Ante la desidia y el rencor mutuo que nos teníamos, decidí utilizarlo como recipiente y taparlo con una toalla para evitar que el olor inundara mi apartamento. ¿Recipiente de qué? De cosas no buenas. Me limpiaba mis zonas íntimas, y en ocasiones hacía pis.

El agua tardaba mucho tiempo en desaparecer hasta que un día el bidé perdió por completo la funcionalidad de evacuar líquido.

Trataba a aquel bidé con odio y furia, llegando a mear violentamente en él en momentos de borrachera. Echaba en él cualquier resto de maquillaje u otra sustancia de la que no pudiera librarme rápidamente, como puntas de lápices de ojos o el pelo que me quedaba en la mano después de peinarme. Mi lógica me decía: Este bidé está atascado ¿Quieres tirar ciertas cosas al váter o lavabo y que se atasquen también? ¡Claro que no lo deseaba! Por lo que utilicé el recurso atascado como recipiente de mierda, así en resumen. Una lógica cojonuda la mía, lo sé, no estoy orgullosa.

Aquel bidé estaba totalmente marginado, lo tenía tapado con una toalla y en mi mente sólo existía cuando comenzaba a oler mal. Era entonces cuando aceptaba que aquello era una realidad y lo llenaba de colonia barata.

Aquel bidé no era un problema pero claro, llegó el momento de cambiar de apartamento. Entonces me di cuenta de que tenía que solucionar aquel problema, no podía entregar las llaves de mi apartamento con un bidé lleno de pis, pelo y otras sustancias que habían estado allí estancadas durante casi un año.

Se me pasaron muchas posibles soluciones por la cabeza, pero sólo me quedé con la

mejor. Yo vivía en un edificio de 4 plantas y cada planta contaba con 20 apartamentos. Todos los apartamentos de cada planta daban a un largo pasillo en línea recta al final del cual teníamos un armario donde guardábamos en común las fregonas, escobas y aspiradoras.

Cogí una escoba, una fregona, una de las aspiradoras y empecé a recoger mi apartamento. Tenía el apartamento completamente limpio, estaba todo impoluto menos el bidé. El bidé me estaba jodiendo todo el plan pero yo contaba con un arma que él desconocía: La aspiradora.

Encendí la aspiradora, destapé el bidé, le dediqué una mirada desafiante, hundí la boca de la aspiradora en el agua y comencé a evacuar el agua.

No sé si lo que había allí se podía categorizar como agua, pero nos referiremos al ente como agua por ahora. Sentí un alivio brutal viendo como el agua cada vez era menor, vi después de meses, la cerámica vieja del bidé y aquello por algún oscuro motivo me satisfizo.

Terminé de aspirar el agua y poco antes de que pudiera desenchufar la aspiradora, el enchufe explotó y me quedé sin luz en mi apartamento. Pensé que sería normal por el contacto del agua con la electricidad y que la luz volvería pronto.

Así que con el móvil alumbré mi camino para poder devolver a su sitio la escoba, la aspiradora y la fregona. Abrí la puerta de mi apartamento y mientras con una mano sujetaba mi móvil, con la otra arrastraba la muy pesada aspiradora, debido a todo el agua que llevaba dentro.

Cuando decidí alumbrar hacia los lados, vi a todos mis vecinos en las puertas de sus respectivos apartamentos, preguntándose los unos a los otros cual sería el motivo de que la luz se hubiera ido en todo el edificio.

Uno de ellos miró la aspiradora que yo cargaba y comentó algo con su vecino de puerta, poco a poco empecé a sentir que estaban hablando de mí, por lo que me di prisa y dejé todos los utensilios en el armario lo antes que pude. Al darme la vuelta y alumbrar el camino hasta mi apartamento, vi como todos mis vecinos de planta me estaban mirando. Algunos me estaban hasta alumbrando con sus móviles. Miré hacia abajo y entonces vi el rastro de agua marrón que había dejado la aspiradora desde la puerta de mi apartamento hasta el armario.

Sé que hace 20 kg hubieran pensado «Se la habrá roto» o «No se habrá dado cuenta» pero en cuanto pisas el umbral del sobrepeso eres automáticamente y por definición una cerda.

No me devolvieron la fianza.

LADY EYRE

85 KG

«Joder que asco» Me dije a mí misma. Aquel nuevo apartamento estaba lleno de polvo y trozos de pintura seca que inundaban la poca superficie de suelo.

¿Alguna vez has sentido algo especial al ver algo por primera vez? Aquel apartamento tenía algo especial para mí, lo sentí la primera vez que fui a verlo. A tan solo unos pocos metros de Pont Neuf, con una ventana enorme que daba a la calle Dauphine y desde la que podía ver parte del Museo del Louvre.

Aquel apartamento enano me hacía sentir algo especial, como si algo maravilloso hubiera pasado o fuera a ocurrir entre aquellas 4 paredes. No entendía muy bien las aventuras que me depararía mi vida en París pero mi vida allí empezaba a asentarse y a tener sentido.

Terminé mis estudios y comencé a trabajar en una empresa de apartamentos de lujo como encargada de Marketing. Lo sé, todo muy irónico, cada día veía fotos de apartamentos en los que no podría vivir jamás. Pero París era, con sus desventajas y maravillas, parte de mí y no tenía ninguna duda de que estaba donde debía estar.

No había sido fácil sobrevivir con dignidad a los meses de estudio y la consecuente falta de fondos pero aquel trabajo me permitió vivir en una zona en la que podía disfrutar más de la ciudad, engordar un par de kilos y ponerme al día con el pufo de los cheques. Por fin tenía una cama de matrimonio, un baño con puerta cerrada que funcionaba a la perfección y además, tenía intención de mantenerlo así: funcional.

Después de 3 viajes en metro cargando con más de 5 bolsas en cada viaje y después de darle muchos motivos de manifestación a mi espalda, llegué al nuevo apartamento con la intención de quedarme.

Moví la cama para ponerla justo debajo de la ventana, quería despertarme cada día con luz natural mirando al Sena. Después de montar algunos muebles y organizar mis cosas bajé a la calle e intenté asimilar que iba a vivir en el corazón de París. 900€ al mes por 23 m² de madera vieja, paredes mal pintadas y olor continuo del restaurante turco que tenía bajo mi ventana. Aquel apartamento era perfecto.

Conseguí hacer de aquel rinconcito mi hogar desde el día en el que llegué. Coloqué mi nórdico, mis jarrones, mis flores, mis velas y la primera vez que llené la nevera, lo hice con una

compra nutricionalmente equilibrada. Si, la lechuga se pudrió virgen y el queso Brie no aguantó vivo ni 12h.

La entrada al piso era bastante cutre, la puerta era vieja, estrecha y si te soy sincera, aquella puerta no sé si me protegía mucho de cualquier persona que se propusiera entrar, pero pensé «¿Qué me van a robar? ¿El vino?»

Según entraba tenía a mano derecha mi pequeña cocina, con una encimera de unos 3 metros seguida por un baño cerrado que además hacía la función de separar el dormitorio de la cocina. En la parte izquierda del piso contaba con varios armarios, una mesa y al fondo del piso, tenía una ventana enorme. Mi nuevo apartamento estaba siempre iluminado y aquello era todo lo que necesitaba y todo lo que quería.

Cada tarde llegaba a aquel pisito, me quitaba la ropa, me tiraba bajo la mejor ventana de la ciudad y escuchaba música mientras soñaba despierta. Poco a poco me fui acostumbrando a mimarme, a mantener mi mente tranquila con un orden en mi vida, en mi trabajo y en mi hogar. Tampoco idealicemos las cosas, que todos nos manchamos la mano cuando nos limpiamos después cagar.

A lo que me refiero es, que vivir allí, me hacía sentir orgullo de poder permitirme un piso céntrico sin sacrificar mi estilo de vida. Todos los domingos acudía al mercado de las flores y cogía dos ramos que intentaba mantener vivos hasta el próximo domingo. Y así, prestando atención a todos aquellos detalles y costumbres que me hacían feliz fui enamorándome perdidamente de aquella ciudad que meses atrás juré odiar.

Los días parecían tener otro color, tenía ganas de prestar atención a las personas y a los paisajes. Solía detenerme mucho para observar, para vivir y absorber toda la belleza que París ponía delante de mí. Empecé a sentirme orgullosa de ser mujer, de aceptar y entender que ser femenina no tiene porque significar lo que había significado en la casa de mis padres. Comencé a no tener miedo de demostrar mi feminidad y a disociar términos como docilidad, dependencia, irracionalidad o inestabilidad emocional de la palabra feminidad.

Me fui enamorando de mí misma, de todo lo que había conocido, de todas las veces que me reía a carcajadas sola en casa después de echarme pedos de más de 4 segundos, de todos los relatos que escribía sentada en mi ventana y de cómo aquello me hacía sentir. Vivía por y para las juergas con los compañeros de trabajo. Consumíamos cantidades industriales de vino y desde la calle se acababan escuchando las carcajadas del 5º piso del número 11 de la calle Dauphine, mi hogar.

Comencé a sentirme libre de muchas maneras que jamás hubiera comprendido: eduqué mi mente, aprendí a aceptar la belleza de mi cuerpo desnudo y cada uno de sus pliegues, acepté

mi admiración por la repostería francesa y cogí como costumbre premiarme cada sábado con un desayuno al más puro estilo parisino. Mi mente comenzó a abrirse y descubrí una nueva dimensión de lo que significa sentir y pensar, cuestionándome incluso, si todo aquello que empezaba a comprender era nuevo para mí o si simplemente no lo había conocido antes.

Empecé a experimentar con mi vestuario, buscaba algo que me hiciera sentir ilusión por vestirme cada mañana, algo con lo que me sintiera identificada cada vez que me mirara al espejo. Y de la manera más natural comencé a incorporar lazos blancos a mis recogidos, camisas con volantes en los puños y vestidos florales con vuelo.

Algunos días el cuerpo me pedía ponerme un vestido ceñido para salir a llamar la atención o meterme en unos vaqueros para perderme en los Jardines de Luxemburgo. Comencé a escucharme porque me sentía libre para poder hacerlo. Comencé a entender mejor mi cuerpo y sus necesidades, comencé también a tener una rutina interesantemente saturada de masturbaciones diarias. Gracias a todo esto pude descubrir lo que me gustaba y cómo me gustaba.

Dejé de tener vergüenza cuando hablaba de lo que sentía o de lo que me gustaba. No volví a sentirme avergonzada por querer hablar de sexo o de todas aquellas cosas que comenzaba a experimentar como: sentirme mimada por mi misma cuando me encendía un par de velas o me hacía chocolate caliente en casa; sentirme deseada y sexy cada vez que me mojaba los dedos y los introducía en mis bragas.

Recuerdo largas horas de conversación con Sandra, sentadas en la Place de l'Hôtel-de-Ville, riéndonos, comiendo pipas, hablando de posturas sexuales y evaluando a los amantes que habíamos tenido. Sandra estaba llena de sueños y tenía la risa más fácil y contagiosa que había conocido nunca. Cada vez que quedábamos, ella pasaba la mitad del tiempo riendo y claro, yo reía con ella.

Los regresos a pie hasta mi casa se fueron convirtiendo en placeres diarios a los que no quería renunciar y de esa manera dejé que París me conquistara con sus rincones, sus secretos, sus maravillas y sus facetas más crudas.

“Lady Eyre” era un concepto que rondaba a menudo mi cabeza ¿Debía incorporarlo a mi blog? Nunca quise parecer una ególatra empedernida pero aquel concepto era algo que definía bien la manera en la que me sentía y cómo me trataba a mí misma. Me dedicaba largas sesiones para cuidarme por dentro y por fuera e invertía mucha energía en dar salida a mi creatividad de mil maneras. Cada uno de los pasos que daba me alejaba de los miedos absurdos, de las inseguridades o de situaciones comprometidas que no tenía porque tolerar.

Encontré un bonito y cómodo equilibrio entre la dedicación a mi trabajo y la dedicación a

mi vida. Después de idas y venidas con Gabriel o después de la historia de Jacques, conocí lo que era estar sola y disfrutar de ello. No necesitaba a nadie y por más que pensara en Gabriel y en nuestros recuerdos, me sentía plena cuando aceptaba que aquella aventura que estaba viviendo era sólo mía.

Inventé un par de recetas, bueno a ver, probablemente no las inventara yo, pero quiero pensar que sí. El caso es que inventé un par de recetas que jamás debería haber puesto en práctica pero que me hacían sentir bien. Disfrutaba de esa parte de la vida, por primera vez, de una manera sana y comedida. Eso sí, no inventé ninguna receta sana, ni una.

En una pequeña cazuela vertía un poco de leche, una cuchara cargada con Nutella y otra con crema de cacahuete. Removía la mezcla sin parar hasta que la leche hervía y entonces, me lo servía en una taza de porcelana al más puro estilo Marie Antoinette.

El momento que dedicaba a tomarme el chocolate en aquella taza, con música de Nina Simone, sentada en el marco de mi ventana y contemplando el Museo del Louvre era sin duda el mejor momento de la semana. Me hacía sentir especial y única en aquella ciudad donde todo se confundía bajo un mismo nombre: rutina.

HAZME EL AMOR

80 KG

Hacía muchos meses que no le veía. Fueron meses de distancia, de crecimiento personal y de echarle de menos todos los días.

No pudimos mantener nuestra relación a distancia, dejamos de sentir el calor que existía entre nosotros y comenzamos a perdernos en las inseguridades, los celos, la frialdad y todas las cosas que nunca fueron nuestras. Nosotros nunca habíamos sido así, pasábamos eternas horas al teléfono, nos grabábamos cantando canciones para el otro, yo le escribía todo el tiempo y él tocaba todo el tiempo para mí. Así éramos nosotros hasta que la distancia se convirtió en nuestra peor pesadilla.

«Te necesito hoy, realmente te necesito Eyre» Me contaba Gabriel desde París antes de que dejáramos de ser una historia. Nos habíamos visto todos los días en los últimos años, íbamos juntos a la universidad, salíamos en el mismo grupo de amigos y pasábamos mucho tiempo juntos. La distancia nos mató y aunque cada uno intentaba hacer su vida sin el otro siempre nos quedó la esperanza de poder encontrarnos de nuevo en algún momento.

Nuestras vidas habían tomado rumbos distintos y por más que Gabriel y yo hubiéramos sido una misma realidad durante muchos años, esa realidad se había quebrantado a tiras. Con el paso de los meses y las apariciones de terceras personas nos fuimos enfriando y por el bien común, decidimos crecer por separado. Esta es quizás la versión más digna que te puedo dar, porque la realidad es, que Gabriel no quería mantener una relación monógama con tantos kilómetros de distancia y yo no quería ser una cornuda de mierda.

«Estás en Bilbao ¿Verdad? Necesito verte» Me escribió Gabriel. Media hora más tarde ya me tenía en la puerta de su portal. Así es como Gabriel creaba la magia, aparecía con una botella de vino, su eterna media sonrisa, su melena rubia y su barba rojiza.

«Llévame a las estrellas» Me dijo mientras sonreía, así que arranqué el coche y nos fuimos a ver el atardecer. Nos sentamos en el monte, desde allí podíamos ver gran parte de la ciudad. Saqué dos vasos de plástico y una botella de vino mientras nos mirábamos con cierto recelo. Era complicado mantener una conversación fluida, habíamos vivido más de 4 años de amor y Gabriel aún me aceleraba el corazón cada vez que clavaba su mirada azul en la mía.

Los dos sabíamos que quizás en parte, nos necesitábamos, pero también éramos conscientes de que habíamos estado con más personas, de que estábamos creando nuestras vidas

por separado y que quizás era ese el camino que debíamos mantener.

«No he dejado de desearte ni un solo día» Me dijo con cara entristecida mientras interrumpía nuestra conversación sobre los precios de los pisos en París.

Se levantó, yo permanecí sentada mientras le veía girar sobre sí mismo: una gabardina beige, unos vaqueros y una camisa de cuadros azules. Gabriel siempre había tenido mucho estilo, su pelo largo y barba complementaban sus looks de una forma única.

«No está siendo fácil» Le dije y entonces me levanté, le miré a los ojos y él me agarró la barbilla con su mano derecha. Gabriel empezó a susurrarme la letra de "Half of my heart" de John Mayer y apoyó su frente contra la mía. Sentí su mirada sobre mi boca, sentí como su voz se colaba entre mis oídos y llegaba directamente al centro de mi corazón. Antes de que quisiera darme cuenta nos encontrábamos bailando lentamente al ritmo del último abrazo que no pudimos darnos. (¡Oh! Qué bonito)

Sentí sobre mi piel el escaso calor de un sol que empezaba a desaparecer y apenas tenía palabras para poder explicarle lo mucho que le quería. Él lo era todo y por más consecuencia de palabras que creara, no había ninguna combinación que pudiera utilizar para hacerle entender lo que me hacía sentir cuando me miraba. No necesitaba nada más que una mirada, no necesitaba más que aquello para recordar todo lo que habíamos sido y todo a lo que estábamos renunciando.

«Te amo, no sé lo que significa y no te miento si te digo que no representa ni la mitad de lo que me haces sentir» Me exasperó mientras seguíamos moviéndonos lentamente.

Los labios le sabían a vino y la respiración a miedo, pero no podía dejar de besarle. Inesperadamente comencé a sentirle llorar «Dime que no te estoy perdiendo, ya no te siento y no sé dónde estás» Me dijo entre lágrimas. «Estoy aquí, siempre he estado y siempre lo voy a estar, eres el amor de mi vida Gabriel, mírame...» Le dije mientras puse su mano sobre mi pecho. «Somos tu y yo, este es otro capítulo de la historia, pero sigue siendo nuestra historia» Le dije con una voz entrecortada. Él me miró, deslizó mi pelo hasta detrás de mi oreja y me besó.

Era pleno noviembre y las noches eran frías, decidimos entrar en mi coche y comencé a contarle mi vida en París, todo lo que estaba aprendiendo, todo lo que estaba viviendo, él me miraba atento hasta que me dijo «Sabía que París iba a ser tu ciudad, lo sabía»

Él había vivido un año en París y sabía de lo que hablaba, me comprendía a la perfección y no dejaba de repetirme «París te cambiará para siempre» Déjame decirte que no se equivocó.

Reclinamos los asientos delanteros del coche y nos tumbamos de lado, uno frente al otro mientras hablábamos de todo y de nada, me contó los planes que tenía con la compañía, los dos papeles que tenía en perspectiva y todas esas ideas locas que Gabriel siempre tenía bailando por

su mente. Me llenaba de felicidad oírle hablar de sus obras, se le iluminaba la mirada, sus ojos parecían más azules y me miraba como si tuviera el universo a sus pies. Llevábamos horas hablando cuando empezó a sonar nuestra canción "I don't want to miss a thing" de Aerosmith. Los dos nos quedamos en silencio, nos miramos y sonreímos, no dejé de mirarme a los ojos ni un segundo en los siguientes 30 minutos y es que a media canción, se puso de rodillas sobre su asiento, se inclinó sobre mí para poder besarme y me agarró la cara con sus dos manos. Yo comencé a quitarle las botas.

Me desnudó muy despacio mientras no dejaba de mirarme. Teníamos frío, los dos teníamos la piel de gallina y entonces él se puso encima de mí, continuó mirándome y empezó a penetrarme. Yo no podía apartar mi mirada de la suya, le susurré cada palabra de la canción porque aquella era nuestra canción. Cuando creía que aquel momento era el propósito de mi vida entera y que no viviría nada igual, me cogió la mano, la colocó en su pecho y sentí como latía su corazón.

«Nunca volveremos a vivir esto» Me dijo convencido y como tantas veces, Gabriel tuvo razón. No entiendo qué creamos aquella noche en mi coche, pero sé que aquella noche hicimos el amor. Nunca lo había experimentado hasta entonces y nunca lo he vuelto a experimentar, pero sé que aquel momento que vivimos fue único y mágico para los dos.

Sus ojos azules mirándome, sus labios entre abiertos mientras escuchábamos Aerosmith y Oasis, sus manos acariciando lentamente cada centímetro de mi cuerpo mientras sentía como me penetraba. Gabriel creó algo maravilloso, una energía que me recorrió todo el cuerpo haciéndome sentir cada palabra, cada respiración y cada movimiento. Todo mi cuerpo le deseaba, cada poro de piel deseaba ser tocado por él y mi corazón, mi corazón estaba en paz porque sabía que aquel hombre era la persona con la que deseaba envejecer, aquel hombre me llenaba de inspiración, de adoración, de deseo y de amor incondicional. Me hacía sentir la mujer más interesante del mundo y la adoración que teníamos el uno por el otro nos permitía crecer y a desarrollarnos de una manera artística única.

Dejó de penetrarme, empezó a mirar cada detalle de mi cuerpo, sin tocar ni un solo centímetro. Yo le sonreí y le pregunté «¿Foto mental?» Él me sonrió de vuelta y afirmó con la cabeza. Muchas veces las palabras o los gestos de Gabriel parecían sacados de una comedia romántica, pero se clavaban directamente en mi corazón. Sabía perfectamente qué decirme y cuando para hacer que perdiera la cabeza por él.

Los dos nos dimos cuenta de que la espera, el amor y la adoración nos habían puesto en aquel lugar y el destino nos estaba regalando una experiencia que jamás olvidaríamos. «Hazme el amor otra vez» Le pedí entre susurros.

Aquella noche propició más encuentros que nos animaron a retomar la relación y aunque los kilómetros entre París y Barcelona eran muy difíciles de salvar, Gabriel invirtió en venir mucho a París.

Cada vez que estábamos juntos reafirmaba que estábamos hechos el uno para el otro y así, visita tras visita fuimos recuperando la ilusión, la confianza y los planes de futuro. El mundo se paraba cada vez que me visitaba y desde la ventana de mi minúsculo apartamento parisino podía cantarle, respirarle y soñarle cuando no estaba.

«Despierta princesa» Me susurró mientras me retiraba el pelo de la cara. Sentí como se levantaba de la cama, podía oír la fricción de su piel contra la madera del suelo de mi viejo y muy pequeño apartamento parisino. Apenas había unos pasos de mi cama a la cocina pero empecé a sentir que esa poca distancia ya era demasiada para mí, mis manos tenían ansiedad por tocarle. Le escuché abriendo la nevera, sacando dos tazas y tatareando “Sexy Thing” de “Hot Chocolate”.

¿Existe algún universo en el que aquello no me hubiera hecho sonreír? Me senté en la cama, mis ondas rubias pretendían desafiar la poca dignidad de un despertar tras dos botellas de champagne, pero llevaba puesta su camisa del día anterior con los botones a medio abrochar y aquello me bastaba. Podía sentir como me miraba desde la esquina de la cocina mientras me ponía unos calcetines muy largos y calentitos. Miré por la ventana, intuí que no serían más que las 10 de la mañana, la luz entraba sutilmente por mi ventana e iluminaba todo el apartamento hasta llegar a la cocina, donde le oía cantar en calzoncillos mientras preparaba huevos revueltos.

Abrí la ventana, coloqué las manos en el marco y con la mirada perdida en los tejados parisinos respiré muy profundo antes de acercarme a la nevera. La puerta de la nevera estaba fría, el suelo caliente y antes de que pudiera darme la vuelta sentí como Gabriel me abraza desde atrás e intentaba hacerme bailar mientras me susurraba «You sexy thing» Me di la vuelta, coloqué las manos en su cuello, le besé y comencé a cantar con él mientras bailábamos. Él me agarró de la cintura empujándome hacia él y yo no podía dejar de sonreír.

«¿De qué te ríes?» Me preguntó después de un beso. «Se te están quemando los huevos» Le contesté «¡Mierda, los huevos!» Gritó mientras yo me reía. Retiró la sartén del único fuego que tenía aquella cocina, se quedó observando cómo me reía de la situación y entonces me apoyó contra la encimera, comenzó a imitar mis carcajadas y continuó besándome.

Sentía como la luz de París entraba por mi ventana, sentía como nos daba calor y le sentía a él, sobre todo a él. Sus manos sujetándome los laterales de la cara y sus labios besándome la nariz. Abrí los ojos e intuí a contra luz, sus largos mechones rubios, sus ojos azules clavados en mí y no podía evitar preguntarme: ¿Cómo 4 años después seguía pareciéndome el ser más

maravilloso de la faz de la tierra? Y yo misma me solía contestar: Porque lo es.

Aquella mañana hubiera firmado porque siempre hubiera sido así, él y yo en aquella vieja cocina.

Estaba completamente ciega, ciega por él, por quererlo todo con él. Pusimos el universo a nuestros pies creyendo en nosotros, creyendo en la verdad de nuestra historia y nos convertimos en una familia de dos soñadores que apostaba todo por un destino de mil maravillas y aventuras.

Una vez oí «En este mundo hay soñadores y realistas. Lo lógico es que los soñadores se juntasen con los soñadores y los realistas con los realistas. Pero muchas veces pasa lo contrario. Veréis, los soñadores necesitan a los realistas para impedirles volar demasiado cerca del sol, y los realistas... pues sin los soñadores podrían no despegar jamás»

Gabriel y yo éramos incapaces de poner los pies en el suelo. Cada vez que estábamos juntos salíamos volando por los aires y no podíamos aterrizar hasta que nuestros caminos se separaban. Era mágico.

La convivencia estaba muy cuidada, no existían ni los pedos ni los eructos ni los días de mal humor entre nosotros. Respetamos hasta el último día el espacio que habíamos construido para los dos y claro que había cosas malas, no nos engañemos, pero el apoyo incondicional nos obligó a aprender a no juzgarnos y a no construir expectativas sobre la otra persona. Yo buscaba explorar lo mejor de mí y construir sobre ello, porque estaba centrada en mí y sabía que tenía a mi lado a una persona que también me apoyaría.

Cada vez que Gabriel se iba de París pasaba 2 días sin poder sentarme aunque deseaba perseguirle con la mirada desde mi ventana. Recuerda bien esta anécdota para cuando te digan que el tamaño no importa, claro que importa que no te engañen. Si pasas un fin de semana follando con una polla como un puño de gorda, pasas el resto de la semana medio en coma. “El dulce precio de la abundancia” piensa una al principio, pero según pasan los días y los años te darás cuenta de que las pollas gordas están muy sobrevaloradas. Palabrita de Eyre.

CÁSATE CONMIGO

85 KG

«Hay muchas cartas que todavía no has leído y que nunca leerás, no te creas tan importante en mi vida» Le dije mientras le guiñaba un ojo.

Eran las 8 de la mañana, era julio en París y en nuestra cama. Me cogió de la muñeca para tirarme a la cama mientras con la otra mano sujetaba la cámara de fotos y me pedía una sonrisa. Le solté la mano entre carcajadas, me coloqué bien la camiseta, me puse una coleta y me levanté de la cama dándole la espalda.

«¡Eh! Me debes una sonrisa» Me gritó. Me di la vuelta fingiendo ser una bailarina de ballet y antes acabar la vuelta completa, me agarró por la cintura y me tiró a la cama con él.

No era la primera vez que me enamoraba, me había enamorado de Gabriel cada día desde hace más de 4 años. Aquella mañana debió ser una de las muchas veces que le miré a los ojos sin poder decirle nada y diciéndoselo todo.

Me puse unos vaqueros, unas bailarinas, una camisa blanca con mangas abullonadas y volantes en el pecho, una coleta alta con un lazo blanco, cogí de la nevera un plátano y abrí la puerta.

«Creo que te olvidas algo, señorita» Oí desde el final del apartamento. Me di la vuelta y le vi sentado en la cama con los codos apoyados en el marco de la ventana, solo podía ver su silueta desde la puerta. Me paré a pensar en que le tenía en mi cama, en mi ciudad, por y para mí. No podía ni preocuparme de cuantas mujeres pasarían por su cama cuando se fuera de París. Aquella mañana solo podía pensar en lo afortunada que era y en lo mucho que mi realidad superaba a cualquiera de mis mejores sueños.

Corrí hacia él, le di un beso, me dio una palmadita en el culo y me fui al trabajo. Abrí la puerta de mi portal, olía a pan recién hecho, el sol me cegaba, pero yo ya me sabía el camino y mientras me camuflaba con el resto de personas no podía evitar sentirme el ser más afortunado del mundo. Nadie lo sabía pero debía ser obvio, aquella mañana todo brillaba por sí solo y mientras caminaba hacia mi trabajo miraba a mi alrededor, al resto de parisinos, algunos con prisa, otros enfadados, otros se reían y yo pensaba: No hay nadie en esta ciudad que hoy pueda ser más feliz que yo. Me miré la mano izquierda, sonreí y aceleré el ritmo.

Recordé aquellos días en los que me camuflaba entre el público buscando su mirada y

recordé por un momento todas las obras en las que le había visto actuar, en castellano, inglés o francés, admiraba cada célula de su cuerpo cada vez que se sentía orgulloso de ser él mismo, de poder vivir de su talento y del silencio que siempre precedía a una de sus escenas. Le recordé con aquel traje de soldado nazi, con su camisa blanca recitando poesía, tocando el piano o dando botes con un sombrero de copa en algún musical. Gabriel era el hombre de las mil maravillas, de los mil talentos y de las mil sonrisas. Aquel hombre al que tanto admiraba era el amor de mi vida y por más que abriera bien los ojos aquello no parecía ser un sueño.

Caminé durante 30 minutos hasta que subí a la oficina. Al abrir la puerta me encontré a mis compañeros esperándome para abrazarme y darme la enhorabuena. Aquella realidad sólo había estado en mi cabeza hasta aquel momento, nadie más lo había celebrado conmigo, sólo lo sabíamos Gabriel y yo. Aquella mañana descubrí que es que te cojan la mano izquierda 6 personas a la vez para ver de cerca un diamante y por primera vez, sentí como otras personas eran capaces de celebrar conmigo la noticia. Fue un momento muy especial, nos abrazamos, les conté todos los detalles y ellos me explicaron todo lo que habían hecho por hacer la pedida posible.

«No tengo palabras, muchas gracias chicos» Les dije una y otra vez. La empresa en la que trabajaba, gracias a mis compañeros, le dejó a Gabriel uno de los apartamentos más lujosos de París. Aquel apartamento tenía vistas a La Tour Eiffel y Les Invalides, era un ático impresionante que estaba lleno de peonías. Yo en mi mundo de practicidad, me preguntaba como habrían hecho señoras de la limpieza para recoger tantísimos pétalos de flores en tan poco tiempo.

Jamás olvidaré aquella noche, el olor de aquellas escaleras de mármol frías mientras y la cantidad de bombones que había por todo el apartamento. Cuando estábamos de camino yo pensaba «¿Qué tipo de actor muerto de hambre vive en edificio como este?» Pero claro, con Gabriel no sabía qué esperar y aquella noche volvió a demostrar que después de 4 años, aún era capaz de sorprenderme y dar la vuelta a mi mundo.

«Quiero que todos los días acaben así, tú y yo, nada más» Me dijo mientras me besaba el hombro. Yo también lo quería y deseaba pasar el resto de mi vida con él, no tenía ninguna duda. Aquella noche follamos como si nunca hubiéramos follado antes, como si el mundo se fuera a acabar.

Las luces de La Tour Eiffel iluminaban la habitación en la que aún a oscuras podía intuir las siluetas de nuestros cuerpos moviéndose lentamente entre aquellas sábanas de seda.

Sentí como su mano se deslizaba sobre el perfil de mi cintura mientras me besaba el cuello, me retiró el pelo y comenzó a cantarme “I don’t want to miss a thing” de Aerosmith. No

sé cuántas veces me cantó esa canción a lo largo de nuestra historia pero cada vez que lo hacía, me enamoraba desesperadamente de él.

No la considero la noche más especial de mi vida, pero aquella visita de Gabriel se convirtió sin duda en uno de los mejores momentos de nuestra relación. Las flores, las miradas... nos convertimos expertos en darnos momentos únicos, en darnos momentos que reflejaran todo lo que siempre habíamos querido de una relación y todo lo que debíamos ser el uno para el otro.

Fue tan intenso y tan bello que me olvidé por completo de la realidad de nuestra historia. Me agarré a lo bueno como si fuera lo único que teníamos y por un momento me olvidé de todas las mujeres que me habían contactado, enfurecidas y despechadas para contarme sus aventuras con Gabriel. Me olvidé de la ansiedad que había sufrido durante años intentando competir con todas aquellas muñequitas de talla 36 que solían acercarse a Gabriel. Por un momento conviví con una Eyre sin inseguridades y si, por un pequeño instante, me sentí libre.

Cuando la noche acabó, volvimos a mi apartamento paseando por las calles iluminadas de París. Recuerdo como deslizaba sus dedos entre los míos y apretaba mi mano de vez en cuando, pidiendo al mundo que se parara. Recuerdo las intermitentes miradas mientras caminábamos, las medias sonrisas y todas las bromas relacionadas con el compromiso o el matrimonio. Nunca fuimos una de esas parejas que piensan en casarse, jamás pensé en ello y tuvimos muchas conversaciones acerca de que seríamos eternamente solteros. Aquella pedida de mano, fue para mí una sorpresa en muchos sentidos y creo que fue la única manera que Gabriel encontró de contarme lo que yo significaba para él.

Nos abrazamos más de 30 veces en aquel trayecto. Cuando abrí la puerta de mi portal, me besó, me empujó contra la pared y comenzó a desabrocharme el vestido. Llegué a mi apartamento riendo y corriendo completamente desnuda bajo su abrigo.

LUCES Y ACCIÓN

80 KG

Se había convertido en parte de mi rutina: un par de cojines en el suelo, mi ventana abierta de par en par y la Canon 700D haciendo malabarismos en el marco de mi única ventana. Era parte de mi vida, parte de mi bienestar y de mi economía, para qué engañarnos.

Llevaba algo más de un año con un blog en el que hacía reviews de productos de belleza, moda y accesorios. También hablaba de París y solía subir muchas fotos de la ciudad. Era mi manera de hablar de las cosas que más me gustaban en aquel momento.

Me sacaba fotos antes y después de haber utilizado productos para la piel, creaba looks de maquillaje con productos nuevos en el mercado y ponía a examen muchos cosméticos. Me gustaba mucho poder escribir sobre algo que me motivaba y sobre todo, era la excusa perfecta para volverme loca comprando cosméticos.

Cada domingo me despertaba muy pronto, me duchaba, me hacía el pelo, me preparaba un americano mientras escuchaba Ella Fitzgerald, abría la ventana de mi apartamento y colocaba mi cámara en el filo de la ventana mientras yo me sentaba en el suelo.

La luz de la mañana en París era una maravilla, podía escuchar el abrumador silencio de una de las ciudades europeas más transitadas y en primavera, podía oler los jardines en flor. Muchas noches me sentaba en el marco de mi ventana con un café y una camiseta vieja, respiraba profundo y me sentía formar parte del mundo, parte de París y parte de la belleza de aquella ciudad.

Disfrutaba cada parte, el set-up, sacar las fotos, editarlas y más aún la parte editorial de cada post. Había creado un filtro personalizado para editar mis fotos y cada una de mis fotos tenía la misma luz y el mismo tipo de edición. Esto no lo aplicaba cuando necesitaba mostrar la textura o el color real de algún producto. ¡Mírame, toda una profesional!

Llevaba un año compartiendo contenido desde mi blog y entonces me empezaron a contactar marcas. Muchas de estas marcas eran chinas, pero aun así, que mi blog me proporcionara ingresos me hacía sentir muy alagada. Solían mandarme productos para que los probara y además me ingresaban 200€, vía Paypal. Ese era mi precio: 200€ + envío de producto. Yo me comprometía a probar lo recibido, pero si el producto no me gustaba no lo compartía. He de decir, que en la mayoría de casos, hablé del producto aunque se tratara de bisutería barata o bolsos de plástico malo.

Yo aparecía en muchas de las imágenes, siempre he sido muy fotogénica y para mí el tener un blog en el que saliese siempre guapa y perfecta, era una manera de convencerme a mí misma de que era atractiva, sexy y en definitiva: válida.

Tenía control absoluto sobre la imagen que mis lectores tenían de mí. Además de ser yo la fotógrafa era yo la editora y créeme: haría lo que fuera para que las imágenes cumplieran con todas mis expectativas y nunca fueron pocas.

Aquel blog era un importante pilar de autoestima para mí, era algo de lo que me sentía orgullosa, me permitía tener una audiencia que leyera lo que yo tenía que decir (Como si tuviera muchas cosas interesantes que decir).

Mi blog no era más que una expresión aumentada del poco ego que tenía pero de alguna manera lo disfrutaba mucho. Creo que el punto de mayor éxito fue cuando una rrrpp de YSL me invitó a que una maquilladora oficial de la marca me maquillase y pudiera de esa manera, probar sus nuevos productos.

Nunca había pensado que algo así podría sucederme a mí, pero cuando llegué al Sephora de Champs-Élysées me encontré con un ramo de flores y un set up precioso. Habían puesto champagne y pastelitos, menuda maravilla de presentación. Yo no era de ese tipo de persona, bueno, no me malinterpretes, soy de champagne y pastelitos, no soy tonta. A lo que me refiero es, que no soy el tipo de persona que necesita esas atenciones para disfrutar de la experiencia. Yo miraba a mí alrededor y no podía dejar de sentirme algo avergonzada por acudir a la sesión de maquillaje en sudadera y vaqueros.

Me hicieron un maquillaje artístico en tonos azules, verdes y blancos. No sé hasta qué punto aquello me favorecía, pero la maquilladora era un encanto, me regalaron muchos productos y me saqué varias fotos para compartir el look. El post gustó mucho, fue algo distinto fuera de lo habitual en mi contenido y las personas que me seguían aceptaron muy bien el cambio de estilo.

Durante aquella época me invitaron a varias entregas de premios y a eventos relacionados con el mundo de la cosmética. Gracias a estos eventos conocí a varias bloggers americanas, una australiana y otra mexicana. Hicimos un pequeño grupo de bloggers, las 6 vivíamos en París y hablábamos mucho de la ciudad, de dónde podíamos sacar buenas fotos y en muchas ocasiones nos ayudábamos las unas a las otras a hacer sesiones de fotos.

Es curioso cómo puedes sacarte fotos en bragas tirada en el suelo de tu habitación y esas fotos o comentarios pueden llevarle a alguien a considerar probar un producto concreto.

Ojalá hubiera sido más franca y menos superficial con mi contenido, nunca hablé de mi

eterna batalla con los kilos, de mi constante trabajo por intentar controlar mis inseguridades, ni de lo complicado que era poder apreciar mi propio brillo estando a la sombra de una pareja que brillaba mucho más que yo. Aquellas eran realidades que trataba de esconder a toda costa. Si en alguna foto daba la sensación de que tenía algo de sobrepeso o el pelo encrespado, descartaba la imagen.

Gracias a mi blog pude reflejar todas mis etapas Parisinas, mis meses grunge de eternas Dr. Martens o mis largos meses al más puro estilo Bardot. Pasaba por eternas horas de edición para hacer cosas como quitar del plano un sujetador usado que tenía debajo de la cama.

Salir con los auriculares, con la música a todo volumen y la cámara de fotos era mi hobby favorito. Ver la ciudad acompañada de música me hacía querer sacar mil fotos. Me convertí en una pequeña cazadora de belleza, salía a las 7 de la mañana en pleno febrero para poder capturar el amanecer. Estuve durante un mes pasando por Île de Saint-Louis a diario para saber qué día estarían los cerezos en flor e ir a sacar fotos.

París se convirtió en mi alma gemela, en mi compañero, en mi inspiración y en mi ilusión. Todo aquello podía contárselo al mundo entero desde mi blog sin importar cuánto chocolate hubiera comido, la cantidad de celulitis de mis muslos o si aquel mes no había limpiado el baño. Todos aquellos problemas no importaban nada cuando alguien veía mis fotos y eso me ofrecía seguridad y protección.

EH LADY GAGA

80 KG

En algún momento entre lo inevitable y los sueños, Jaime y yo tuvimos un París. Tuve la oportunidad de compartir mi París con él y enseñárselo bajo mi propia perspectiva de soñadora empedernida.

Fue perfecto, simplemente perfecto, los despertares y los anocheceres. Mi mejor amigo enamorándose de la ciudad que me tenía conquistada y escuchándole admitir que no había visto nada igual.

París te predispone a perder la cabeza, te predispone a abrir tus sueños y deseos. Quizás de alguna manera necesitaba o buscara ese momento con él. Debió ser así cuando Jaime y yo empezamos a cogernos de la mano al caminar, cuando nos dormíamos abrazados, cuando nos mirábamos a los ojos y nos reíamos.

¿Qué estaba pasando? Aquello no tenía sentido alguno, yo sólo tenía corazón para una persona, no concebía a nadie más metiéndose en mis sueños, pero Jaime me daba algo de lo que carecía, Jaime me ofrecía lealtad incondicional más allá del arte, del sexo, o de las sensaciones únicas que me ofrecía Gabriel.

Jaime era el amigo con el que hacía concursos de pedos, me cortada las uñas de los pies y era capaz de mirarme como un golden retriever, porque el conjunto de mí, aún en los momentos más escatológicos, le había encantado desde hace más de 10 años.

El primer día que Jaime llegó a París se pasó 30 minutos frente a la Ópera Garnier, entusiasmado y sin poder decir más de 10 palabras seguidas. 125 kg de hombre y muy pocos gramos de pelo, mirando fijamente mi edificio preferido de la ciudad. Aquello me recordó, inevitablemente, a mis primeros días en París.

Pasó a recogerme a mi oficina y fuimos a tomar un café a un bistrot, probó conmigo por primera vez el sushi y fuimos poco a poco caminando hasta mi casa por la ruta más larga posible. Aunque él me odiara por ello, quería que viera el puente Alexandre, el paseo hasta Saint Michel y Pont Neuf. Cada día le hacía andar por lo menos 15 kms, pero él era feliz descubriendo París y viéndome vivir en un sueño. Yo era feliz contándole detalles de la ciudad mientras él me repetía «Nunca te he visto tan feliz». No le faltaba razón, París tenía ese poder sobre mí, me hacía feliz y poder compartir esa sensación con alguien me hacía sentir afortunada.

Con Jaime tenía la seguridad y la confianza como para llevarle a mi apartamento, aunque fuera pequeño, sabía que nos las arreglaríamos y que podríamos convivir sin problema.

Teníamos una confianza que no compartía con nadie más y aquello me hacía querer tenerle en mi casa y que experimentara mi París. La primera noche que pasamos juntos fue maravillosa, cuando llegamos a mi apartamento, el dejó la maleta en una esquina y se metió al baño.

Saqué de la nevera un bote grande de hummus y pan de pita, nos sentamos los dos en mi cama y empezamos a charlar mientras untábamos pan en el hummus. Jaime nunca había probado humus ni pan de pita y estaba muy entusiasmado con las dos cosas, tanto que en un solo movimiento de muñeca acabó con medio envase, entre risas le pedí que dejara algo para mí, pero Jaime solo tenía ojos y oído para el hummus.

Comenzamos a hablar de todo y de nada mientras le pedía repetidamente más y más abrazos. Los abrazos de Jaime siempre habían sido calentitos y cada vez que me sumergía en su pecho me sentía en casa. Es muy complicado que pueda explicarte lo que era Jaime para mí, porque no tuve hermanos, pero creo que si hubiera tenido un hermano mayor con el que me gustara compartir tiempo y además fuera mi amigo, nuestra relación hubiera sido muy parecida a la que tenía con Jaime.

Me levanté, me quité la ropa, me desmaquillé, me peiné y me metí a la cama mientras él se daba una ducha antes de ir a dormir. Jaime salió del baño, se acercó lentamente y abrió las sábanas para meterse dentro. «¿Pero qué cojones? ¿Te has cagado? ¿Pero qué es esto?» Me gritó mientras se reía a carcajadas.

Yo había aprovechado el momento en el que Jaime estaba en el baño para descargar mi dosis de metano diaria y aunque aquello era como un pequeño Chernóbil nos estuvimos riendo un buen rato, después me abrazó y nos quedamos dormidos.

Cada mañana nos levantábamos con una rutina matutina digna de competición. Él se tiraba un pedo corto pero muy contundente y yo uno muy agudo y largo. Después de los trompetazos de salida, ya estábamos listos para conquistar la ciudad.

Tenía todos los días planificados, estaba entusiasmada porque Jaime viera todo lo que, para mí, era especial. Quería que sintiera la magia de la ciudad, le llevé a mis rincones especiales, hicimos picnics en la orilla del Sena, en el jardín de Luxemburgo y probamos los mejores dulces de la ciudad. Pasábamos los días caminando entre las calles de París, riéndonos de cualquier tontería y de nuestra gula incesante por las crepes de nutella.

Yo me había convertido con el paso de los meses en mi propio sueño, 80 kg de vestidos

interminables de volantes y encaje, el pelo recogido a lo Bardot con grandes lazos de colores y una obsesión intensa por las flores. Pasaba cada tarde soñando, mirando al horizonte desde una de las orillas del Sena, escribiendo en mis cuadernos o dibujando bocetos de flores.

Pensaba en Gabriel todos los días, a todas horas, a menudo intentaba dibujar su perfil, sentir de alguna manera su pelo entre mis dedos y más allá de la nostalgia podía sentir una gran luz en mi interior, como si alguien hubiera metido una luz en mi pecho que cada día me permitía sonreír sin ninguna razón o bailar por las calles de París de vuelta a casa.

Salimos de mi casa, yo llevaba un vestido azul pastel de mangas abullonadas, cintura fruncida y mucho vuelo, me recogí el pelo en una coleta muy alta y me coloqué un lazo azul sobre la misma.

Era abril, la temperatura era buena y Jaime se puso unos pantalones por la rodilla y una camisa. Desayunamos en una cafetería de Place Dauphine y decidimos subir al Sacre Coeur. Comenzamos a andar por la ciudad mientras hablábamos de mil historias, no parábamos de reírnos. De vez en cuando él chocaba su cadera contra la mía y entonces yo corría contra él para empujarle y los dos nos reíamos porque era incapaz de moverle.

Subimos a un metro lleno de gente, el olor era desagradable, los colores también lo eran y allí estábamos Jaime y yo, dejando nuestras huellas dactilares en la barra de metal del metro, balanceándonos al ritmo de los raíles, inventándonos posibles historias sobre las personas que iban en nuestro vagón e imitando los gestos que hacen los franceses al hablar.

«Pareces una muñequita» Me dijo mientras agarraba el lazo de mi coleta. Yo le sonreí y fingí una reverencia mientras me abría el vestido.

Veíamos ya cerca el Sacre Coeur, nos estábamos aproximando y entonces Jaime abrió los ojos más de lo normal, me miró y me dijo «¡Eyre, esto es precioso!».

Yo le miré, le sonreí y acerqué mi mano a la suya lentamente. Nunca nos habíamos cogido de la mano al caminar, pero cuando yo acerqué mi mano y agarré uno de sus dedos el me agarró la mano entera y no la volvió a soltar hasta que abandonó la ciudad.

Le quería de una forma única, era mi amigo, mi confidente, era la persona que siempre estaba de mi lado, pasara lo que pasara Jaime siempre estaba en mi equipo. Siempre creyó en mí hasta cuando no era capaz de prestar atención en la universidad o cuando todo me hacía sentir miserable, Jaime llevaba en mi vida casi 10 años ofreciéndome una visión de mí misma que solo la pude entender en París.

Cuando él me cogía de la mano, sentía que podíamos conquistar el mundo, que todo estaba a nuestros pies. Podíamos hablar de todo, de nuestros mayores miedos, de nuestras

inseguridades, de mis problemas con Gabriel o de sus intentos fallidos de ligar con chicas que no le merecían. Mi vida era mejor porque Jaime estaba en ella y el poder darle un trozo de mi París me hizo sentir afortunada, sentí que le estaba devolviendo algo que nunca supe si podría compensar.

Según caminábamos cogidos de la mano hacia Sacre Coeur las cosas absurdas a las que tanta importancia solía dar, dejaron de tener sentido y empecé a sentir el ahora, el momento.

«¿Te imaginas como sería tener este nivel de confianza con Gabriel?» Me pregunté en varias ocasiones. No quería contaminar mi relación con Gabriel con pedos o risas acerca de los cerdos que podíamos llegar a ser, no me veía haciendo el cuenco con Gabriel. ¿Sabes lo que es hacer cuenco? Te lo explico.

La gran y soberana práctica del cuenco se trata de: poner la mano en forma de cuenco, meter la mano entre las nalgas lo más cerca posible del ano y recoger rápidamente en la mano el pedo recién salido para posteriormente dárselo a oler al otro.

Todas esas cosas eran asquerosas, como animarnos el uno al otro como si estuviéramos corriendo un maratón mientras cagábamos. Yo me sentía cómoda en esa dinámica, me hacía sentir en casa y era uno de los muchos motivos por los que sentía que a Jaime siempre podría confiarle todo, siempre podría compartirme con él en mi totalidad más marrana. Siempre supe que, si tenía un problema, Jaime estaría ahí para mí y siempre acudía a él en cualquiera de mis situaciones. Me hubiera gustado tener ese nivel de complicidad con Gabriel, siempre lo pensé.

Le di mil vueltas a esta idea mientras caminábamos de la mano por el Jardín des Tuileries. Aquella tarde se acercó un senegalés de 150 kg e intentó llamar nuestra atención gritándome a pleno pulmón «Eh Lady Gaga» Volteé la cabeza con mirada agresiva y Jaime empezó a reírse a carcajadas.

Entonces el senegalés gritó «Eh Bud Spencer». La cara de Jaime cambió en un segundo y me preguntó con cara de indignación «¿Pero has oído eso?»

Yo no podía dejar de reírme aunque él me pidió repetidamente que no lo hiciera mientras me daba pequeños empujones en el hombro.

Los días con Jaime siempre fueron así, nos reíamos mucho y teníamos una complicidad única que después de tantos años de amistad nos hacía sentir en familia. Cuando los días acababan, la ciudad nos veía volver caminando de la mano bajo un atardecer único. Recuerdo con especial cariño aquella visita, aquellos días que nos regalamos en París y que nunca volvimos a vivir.

Volvió a visitarme semanas después, persiguiendo esa magia que él estaba confundiendo

con amor, pero yo sólo era un sueño.

Jaime me miraba como si yo pudiera ser una buena historia, como si mereciera la pena, como si mi cuerpo o mi alma no pertenecieran a nadie, como si pudiera regalarle una fantasía hecha realidad.

Ya me habían comprado antes, compraron lo que creían que podría ser, la fantasía, la magia de una persona sin planificar, la inocencia de una persona con el corazón en la mano y el cerebro bajo llave. Compraron todo aquello que vieron sin pensar que no podría ser suyo, compraron la novedad del jazz y el vino, la escatología, los dibujos a carboncillo a orillas del Sena, el calor de un beso a medio dar y la fotografía de una historia de amor única...pero nunca pensaron que esa historia no sería la suya.

Fui culpable y me arrepiento de haberme regalado a su atención, a las promesas de un abrazo, a viajes de sabor con el único objetivo de poder viajar de vez en cuando y recuperar aquellos paisajes que un día me llenaron de calor.

Mala o buena, larga o corta, mi historia de amor con Gabriel era de verdad, llanamente utópica, románticamente arrugada y complicadamente sencilla en su forma más bella. Allí me vi, con el corazón triste y confundido, frente a mi mejor amigo mientras él me pedía que le quisiera.

Quería esa historia para él, ojalá hubiera podido serlo. Quería perder mi mano en su pelo y que eso fuera suficiente para transportarme, morirme por dentro cada vez que se marchara, dejar que me tiñera la vida sin importarme si me dejaba la realidad a brochazos, quería desesperadamente que Jaime viviera esa historia.

Sin olvidar el importante detalle de que esa historia no podía ser nuestra. Hubiera sido perfecto enamorarme de mi mejor amigo, hubiera dado todo por que pasara.

«¿Tan malo sería sentir esa magia por una persona que siempre estará a tu lado?¿No te das cuenta de que te aferras a una persona para la que no eres nada y para mí lo eres todo?» Me dijo Jaime mientras me miraba con cara entristecida.

PLAZA DAUPHINE

85 KG

Yo no era más que una visión, una pequeña visión llena de color en el horizonte que paseaba de lado a lado del puente Pont Neuf. Me corté el flequillo a lo estilo Bardot y era imposible verme sin mis vestidos de flores y mis bailarinas.

Gracias a mis años en París pasé de ser un ser oscuro a estar enamorada del mismo oxígeno que me rodeaba. Pasaba mis días deambulando como la loca de las flores, escuchando música, dibujando y expresando mi creatividad en general. Por primera vez en mi vida pude mantener una rutina de higiene personal adecuada, mi pelo siempre estaba peinado y mi ropa planchada. Increíble pero cierto.

Creo que ya lo sabes, pero llevaba el marketing digital de una empresa parisina, organizaba eventos y tenía trato a diario con bloggers e influencers. Tenía el placer de codearme con las personas más creativas de la ciudad y poco a poco fui sintiendo la necesidad de explorarme a mí misma.

Algún talento debía tener y si aún no lo conocía, lo descubriría. Todas aquellas personas de las que me rodeaba vivían de su pasión, de ser buenos en algo.

Siempre me decían que escribía bien y que era muy guapa, pero claro, ya tenía un blog, que era la manera más efectiva de explotar esas partes de mí. Entonces recordé que siempre había sido una soñadora empedernida, la princesa de las historias y los cuentos de hadas, por lo que decidí convertirme en la mayor soñadora de la ciudad.

Mis amigos me inspiraban, mi propia vida me inspiraba, acababa cada día en algún evento de micrófono abierto o conciertos improvisados al aire libre. París me cambió, despertó en mí una sensibilidad que no conocía. Nunca me habían gustado los bralettes de encaje ni los lazos, y créeme, me convertí en la reina de los lazos, las gafas de pasta y los ramos de peonías. Por una vez en mi vida empecé a sentirme cómoda en mi piel, cómoda siendo mujer y cómoda siendo femenina.

Creo que esto ya te lo he contado, pero siempre había relacionado la feminidad con inseguridad, con debilidad o con poca inteligencia pero París me permitió ser una Eyre femenina, cercana y entregada. París me permitió sentirme lo suficientemente segura como para explorar dimensiones de mi persona que no conocía.

Escribía todo el tiempo, dibujaba y todo ello me hacía mejor en mi trabajo. Llevé mi creatividad y mi sensibilidad artística a niveles que desconocía y me sentí orgullosa de verme aplaudida por

otras personas que yo consideraba artistas en potencia.

«Quédate quieta, sonrío, no... ¡Espera! ¡Coge una flor!» Me dijo Aless mientras intentaba dibujarme. Aless fue una de esas personas que cambió mi vida cuando entró en ella. Un profesional en el sector del marketing que además de ser un fotógrafo genial, tocaba la guitarra, cantaba, componía y trabajaba para un teatro independiente en Le Marais. Un sarcástico empedernido con muchos tatuajes y la típica media sonrisa que me hacía preguntarme: ¿Cuántos hombres pasarán por sus sábanas cada semana?

Pasábamos muchas tardes juntos: salíamos de la oficina y teníamos como rutina inventarnos una historia que nos contábamos el uno al otro e íbamos componiendo juntos hasta mirarnos y dejar de andar: «¡Eso es! La tortuga debía ser lesbiana ¿Cómo podría tener sentido si no?»

Él me recibía con una reverencia y yo fingía ser una bailarina de ballet. Tomábamos vino mientras y hablábamos del sufrimiento del proceso creativo, de la felicidad y la depresión por la que pasas de manera intermitente cuando estás dando a luz a algo veraz. Hubo ocasiones en las que las conversaciones eran tan introspectivas que perdía perspectiva, construía frases metafóricas sin conocer su significado y él fingía entenderme.

Éramos auténticos empedernidos al servicio de nuestros delirios de grandeza, esclavos de la creación, de la belleza y sobre todo de la inspiración. Un «He llegado a casa y no puedo dejar de componer» era mucho más excitante que cualquier intento de sexting, era sin duda uno de los mejores cumplidos que una persona como Aless podía hacerte.

No sé si éramos únicos o simplemente éramos dos amigos que deseaban sentir más intensamente de lo que siente el resto de la humanidad. Queríamos buscarle el color o el olor a cada palabra y se nos daba de miedo.

Recuerdo interminables tardes en La Place Dauphine con un café americano y mis lápices de colores. Mi mundo interior por aquel entonces vivía por sí solo, solía disfrutar de la soledad, de escucharme a mí misma y de sentir todos los estímulos que me permitían seguir creando, fuera lo que fuera.

Tampoco nos vamos a venir arriba: nunca fui Picasso ni Aless era Silvio Rodríguez, pero disfrutábamos muchísimo intentado materializar la belleza que nos rodeaba a través de nuestra creatividad. Además, era maravilloso sentirse especial y magnética por una infinidad de razones que no tenían nada que ver con mi admiración por el queso.

Nunca estuve totalmente orgullosa de ninguna de las cosas que empecé, pocas veces llegué a terminar alguno de mis dibujos o alguno de mis relatos. Normalmente utilizaba la propia creación como herramienta para hacerme sentir, para llevarme hasta el límite y provocar

emociones en mí. Una vez que esas emociones cumplían su cometido abandonaba la creación de lo que estuviera haciendo.

Y entonces, cuando mi vida allí había alcanzado su momento más glorioso, decidí marcharme, cambié mi eterno París por una Barcelona ordinaria y sucia.

Dicen que Barcelona es una de las ciudades más artísticas de Europa, pero desde que viví en las dos, creo que París te ofrece todo lo necesario para que te conviertas en la mejor versión de tu talento, mientras Barcelona sólo guarda y expone todo ese talento.

Poco a poco se fue apagando mi luz, deseaba sentir esa electricidad en mi interior, esa corriente que recorría todo mi cuerpo cuando me sentaba a las orillas del Sena. Era incapaz de recuperar aquellas sensaciones.

Fueron pasando las semanas y mis vestidos se convirtieron en pantalones más adecuados para trabajar, mis lazos se fueron convirtiendo en moños de 1 minuto sin espejo en el metro, las copas de champagne y las canciones a medio susurrar se fueron convirtiendo en cervezas y música electrónica.

Cuando quise darme cuenta, París me había abandonado. Me había prometido muchas veces que no dejaría París atrás, pero lo estaba sustituyendo por algo que ni si quiera había elegido yo. Ahora te lo cuento.

Aún recuerdo la cara de Aless cuando vino a visitarme «¿Aun escribes?» Me preguntó preocupado a lo que le contesté «No tengo tiempo Aless, tengo 2 trabajos y estoy haciendo un máster» En realidad, no era cuestión de tiempo, el problema era que mi vida había tomado un rumbo fácil y cómodo. Poco a poco me estaba convirtiendo en el tipo de persona que Aless y yo decíamos que nunca seríamos.

Compartimos un fin de semana increíble: nos despertábamos todas las mañanas con música de Edith Piaf, nos hacíamos café negro, lo saboreamos desde mi balcón, él me contaba sus proyectos y sueños mientras yo le escuchaba fascinada.

La esencia de lo que fui me permitía oler aún de lejos lo que tanto echaba de menos. En algún momento de nuestra existencia, Aless y yo, formamos un equipo único y desde que abandoné París, ese equipo y todas las cosas que me definían comenzaron a quedarse en el olvido. Todo fue desapareciendo hasta llegar a un punto en el que no sabía quién era, lo que quería ni donde quería estar.

Algunos días intentaba escribir o intentaba dibujar, pero no conseguía sentir lo que necesitaba sentir, para que algo realmente único y grandioso saliera desde lo más profundo de mí. Se me fueron las ganas, la inspiración y el poco talento que tenía se escondió de mí.

LLORA EYRE, LLORA

90 KG

¿Qué había de malo en marcharse? Muchas personas cuestionaron la decisión que tomé cuando anuncié mi mudanza a Barcelona.

«No sé, te veo tan feliz en París y ahora te vas, no lo entiendo» Me comentaba Jaime. No le faltaba razón, había hecho de París mi hogar, mi bienestar, mi fuente de inspiración y mi felicidad pero los planes de futuro con Gabriel sugerían que me mudara a Barcelona. Una vez más, iba a dejar atrás una vida que había construido por el amor de mi vida y aquella fue una decisión que tomé sin pestañear y sin dudar.

Quería estar con Gabriel, vivir juntos, casarnos y tener una vida a su lado, si el precio de todo lo que deseaba era dejar París, era feliz dejando atrás la ciudad de mis sueños. Iba a hacer un máster en comunicación y marketing para el que había conseguido una beca, me instalaría en Barcelona por mi cuenta ya que Gabriel compartía piso con sus amigos y cuando yo estuviera instalada, Gabriel se mudaría conmigo.

Los días pasaron muy rápido y aunque disfruté mucho del proceso de mirar pisos en Barcelona, hacer visitas virtuales, elegir la nueva decoración o pensar en la emocionante aventura que me esperaba al lado de Gabriel, había algo dentro de mí que sabía amargo. Sentía como si un agujerito se hubiera abierto en mi felicidad y día tras día, cuando llegaba a mi piso parisino y pensaba en que tendría que marcharme, se hacía más y más grande. También he de puntualizar que intentaba quitarme 5 kg antes de llegar a Barcelona y la ausencia de pains aux chocolats creo que no ayudó a mantener la ansiedad a raya.

Me dolía que mis amigas o amigos cuestionaran mi decisión, nadie me apoyó y por más que tuviera dos razones de peso como un máster o un matrimonio, la mudanza a Barcelona fue una decisión muy discutida en mi ámbito más cercano.

La cuenta atrás cesó y llegó el 1 de Octubre de 2013: el día que dejé París. Me desperté en mi apartamento, con todas mis cosas ya metidas en bolsas, cajas y maletas. Mis padres llegaron al de poco tiempo, les invité a un último desayuno en la cafetería de Saint-Michel y juntos bajamos de mi piso todas mis pertenencias. Recuerdo lo que sentí cuando saqué la última caja de mi apartamento, salí por la puerta, me di la vuelta y miré el apartamento vacío. El propietario estaba allí y me miraba fijamente mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

«He sido muy feliz aquí, no te puedes imaginar cuanto» Le dije con la voz temblorosa, él

se aproximó y me abrazó. «Volverás» Me dijo mientras me sonreía. Le entregué la llave del piso, me di media vuelta y no volví a mirar atrás.

Aquel día perdí una importante parte de mí, algo que me hacía feliz a diario, algo que me permitió tener una vida plena. Lo sacrifiqué todo, lo sacrifiqué todo, por segunda vez por Gabriel. Aquel sacrificio no sabía como el primero, aquella pérdida me arrancó algo del alma, me dejó desgarrada y mientras pensaba que aquel dolor cesaría en las próximas semanas había una parte de mí que sabía que aquello no iba a ser algo de lo que me fuera a recuperar rápido.

Subí al coche con mis padres, nos esperaba un largo viaje de más de 8 horas y yo quería sentir ilusión por un nuevo comienzo en Barcelona, pero la verdad es que no pude.

Cuando mi padre arrancó el coche y avanzamos por las calles de París, me fijaba en las calles que recorríamos y me acordaba de todos los momentos que me había dado aquella ciudad en los 2 años y 4 meses que pasé allí. Comencé a llorar y no puede dejar de llorar y sufrir en todo el viaje. Mi madre me miraba desde el asiento del copiloto y mi padre me observaba desde el retrovisor.

«Nena, ahora vas a una ciudad preciosa también, vas a hacer un máster, vas a un piso más grande, en Barcelona los precios son más asequibles y podrás permitirte ir a un endocrino bueno» Me dijo mi madre.

Era imposible, no había manera de consolarme y mucho menos con la promesa de una dieta. Muchas veces me preguntaba «¿Pero qué tipo de madre tengo? ¿Qué es? ¿Una villana de Marvel?»

Gabriel me escribía a menudo para saber qué tal iba el viaje pero yo era incapaz de contestarle. A cada kilómetro que me alejaba de París mi dolor era más y más intenso así que me hice un plan de futuro que me permitiera mantener la esperanza y aliviara mi sufrimiento.

«Ya sé, haré el máster en Barcelona, pasaré como mucho 2 años allí y volveré a París con Gabriel» Me susurró a mi misma mientras miraba por la ventana.

Aferrarme a esa opción me dio un poco de tregua y aunque una parte de mí sabía que aquello no pasaría, esa idea me alumbraba y me sacaba de la oscuridad en los momentos más dolorosos.

Pasé dos días en Bilbao en los que puse lavadoras, compré y tiré ropa mientras pasaba mucho tiempo con Jaime. Cuando aquellos días llegaron a su fin, me preparé de nuevo para la mudanza a Barcelona.

Recuerdo mi llegada a Barcelona, a una ciudad con bloques de pisos feos, viejos y palmeras en las avenidas. Odié la ciudad nada más verla, la odiaba y la odié hasta que me fui de

allí. Llegué a la zona de Gràcia, la zona donde yo había cogido el piso, la comercial de la inmobiliaria me dio las llaves y dejé todas mis pertenencias allí.

El piso no estaba nada mal, eran unos 43 m² de apartamento, con dos amplias ventanas que mantenían el apartamento iluminado durante toda la mañana, un baño renovado, una cocina abierta y una cama de 1.60 m. Todas las estancias tenían algo que las separaba, o un escalón o un sofá. Me gustaba que fuera todo blanco y que además solo me costara 450€ al mes.

Mi primer día en Barcelona fue agotador, tuve que llevar todas las cosas al piso, hacer una compra grande de comida y productos de limpieza, ir al metro a sacarme el billete y quedar con la comercial de la inmobiliaria para firmar todo. Mis padres me ayudaron con todo, esperaban ver a Gabriel en algún momento, comer todos juntos o al menos saludarle. Intenté que así fuera, pero Gabriel estaba tirado en su cama con una resaca monumental.

Cuando dieron las 7 de la tarde, mis padres volvieron a subir al coche y pusieron rumbo a Bilbao. Allí me quedé, en una ciudad en la que no quería estar, en un apartamento con un desorden monumental y con un novio que se había despertado a las 15h y volvía a irse de fiesta a las 22h.

Tardó 3 días en aparecer.

Se me había olvidado cómo era tener una relación con Gabriel, durante muchos meses habíamos estado viéndonos 1 o 2 veces al mes y cada vez que estábamos juntos lo que teníamos cobraba color, brillo y las sensaciones eran intensas y únicas. Por un momento pensé que cuando estuviera en Barcelona con él, sería así siempre hasta que la realidad me pegó de lleno en la cara y me acordé de la volatilidad, la falta de compromiso y la incertidumbre.

Todo aquello era algo con lo que podía lidiar porque tenía muchas cosas en la cabeza: comenzar mi máster, continuar con el trabajo de la empresa de París a distancia, trabajar en mi blog, decorar mi piso o descubrir la ciudad.

No tener mi principal foco de atención y apoyo puesto en Gabriel me permitió aceptar que estaba sola y en realidad, siempre lo había estado. Tener una relación con Gabriel era tener una vida en solitario hasta que él decidía premiarte con su atención y aquello, para mí, no era un problema. Lo que me dolía era, haber basado mi decisión de mudarme a Barcelona teniendo una imagen irreal de lo que sería mi vida con Gabriel.

Durante las dos primeras semanas me vine abajo muchas veces porque a pesar de llevar un anillo de compromiso en el dedo, no podía contar con Gabriel para nada. «No me pasa nada Eyre, sólo necesito organizarme y ahora estoy un poco agobiado» Me repetía a menudo.

La primera noche que le vi apareció en mi apartamento con una botella de vino blanco, su

pelo rubio recogido en un moño alto, unos vaqueros claros, una camisa verde botella de hilo y unos mocasines de terciopelo beige.

Hacía más de un mes que no le veía y me había imaginado tantas veces cómo sería mi llegada a Barcelona y cómo me recibiría que no pude evitar sentirme decepcionada. Cuando le vi, no sentí ni el impulso natural de abrazarle.

Entró en mi apartamento, lo examinó y me dijo que estaba precioso, saqué dos copas, nos sentamos descalzos en el suelo de mi pequeño salón y comenzamos a hablar en francés. Quise saber qué le estaba pasando, si estaba huyendo de lo que él me había dicho que quería o si se negaba a aceptar que me había dado un anillo y ahora necesitaba huir. Por más que hablamos no encontré nada a lo que poder agarrarme o alguna razón de peso que me permitiera confiar en él.

Como siempre, Gabriel parecía emocionado por sus obras, por los bolos que había cerrado para las próximas semanas, no dejaba de contarme sus planes y entonces me di cuenta de que yo no era parte de su presente, no conocía ni el 40% de su vida, no conocía a los millones de amigos que él tenía en Barcelona y no conocía ni formaba parte de su rutina.

Todos esos planes e ilusiones de Gabriel sólo le incumbían a él, eran su futuro y en ningún momento o de ninguna manera yo tenía mi lugar en ese futuro del que él me hablaba.

«He pensado en irme a Berlín unos meses» o «La obra que tienen montada en Liverpool es brutal y me han ofrecido un papel» Eran comentarios que oía una y otra vez. Me hablada de muchas oportunidades con una ilusión que le iluminaba la mirada mientras yo me estaba deshaciendo por dentro.

«Pensaba que íbamos a vivir juntos y luego tenemos la boda en mayo» Le susurré mientras me miraba las manos.

«Por supuesto, eso es lo que quiero, sólo haré cosas por aquí y alguna cosa que me salga por Europa pero quiero estar contigo, tu eres mi prioridad» Me aclaró mientras me sujetaba la barbilla y me miraba fijamente a los ojos.

Me estaba mintiendo, conocía a la perfección su manera de mentir al igual que él conocía la mía y aquel era un Gabriel que por un momento no era capaz de reconocer.

Él tenía todas estas oportunidades sobre la mesa y yo sólo era un ancla que haría que su vida tomara un rumbo que él no deseaba. Yo tenía que terminar mi máster y trabajar, tenía que estar en Barcelona mientras él sólo pensaba en marcharse de allí. Enseguida me di cuenta de que ya se había cansado de la ciudad y que estaba buscando un nuevo rumbo. No podía dejar de pensar «Si no se ha ido ya, es porque no quiere marcharse antes de mi llegada y repetir lo que pasó cuando decidí mudarme a París»

Se me llenó el corazón de miedo y me sentí completamente gilipollas. Le quería como nunca había querido a nadie pero la vida que yo iba a tener no era compatible con el futuro de Gabriel y no podía permitirme ser el motivo por el cual Gabriel rechazara todas aquellas oportunidades. No podía volver a perseguirle por el mundo, ya me había mudado dos veces por él y necesitaba afianzar mi carrera, especializarme, coger experiencia en mi sector y desarrollarme profesionalmente. No podía ni quería ser la mujer de un actor de teatro que le persigue por medio mundo, quería ser la protagonista de mi vida, tal y como lo era en París.

La conversación derivó en varias preguntas mediante las cuales intenté averiguar si mi mudanza a Barcelona había sido en vano a las cuales contestó lo que yo deseaba oír.

Gabriel me mintió una y otra vez durante la noche porque se sentía acorralado, habíamos dado pasos hacia una vida que él no quería tener y se veía atrapado entre la incapacidad de dejarme ir y el deseo de perseguir su sueño.

Yo no entendía nada, habíamos vivido una historia preciosa durante muchos de los meses que yo había estado en París, nunca tuve la necesidad de comprometerme ni casarme con él, era feliz con una relación a distancia, era feliz con lo que teníamos y era muy feliz viviendo sola en París. La razón por la cual Gabriel había orquestado aquel compromiso y mi mudanza a Barcelona empezó a parecerme una broma de mal gusto.

Quise preguntarle si al menos se mudaría conmigo, a lo que me contestó con ilusión «Tengo muchas ganas de despertarme cada día a tu lado, lo que no sé cómo vamos a gestionar es el tema de otras personas» «¿Pero qué otras personas? ¿De qué me hablas?» Le pregunté muy enfadada. Cuando tuvimos la conversación en la que yo le pedía seguir a distancia y él me pidió que me mudara a Barcelona y nos casáramos pronto, acordamos que nuestra relación no sería abierta. Yo le dije muchas veces que era algo que no podía sobrellevar de una manera sana. «Ya sabes que yo no soy muy fiel Eyre» Me respondió con media sonrisa.

Obviamente, aquella noche no follamos, me bebí la botella de vino y acabé llorando desesperada de impotencia.

«¿Pero qué he hecho Gabriel? ¿Por qué me has pedido que venga? ¿Por qué me has pedido que me case contigo?» Le lloraba mientras él me abrazaba. Me aseguró mil veces que al día siguiente lo entendería todo mejor y quise creerle, pero amanecimos tirados en mi cama, con toda la ropa puesta y sin ni una sola palabra para decírnos.

De alguna manera yo aún tenía la esperanza de que aquello no estuviera pasando de verdad pero me volvían a la cabeza las palabras y los temas que Gabriel ponía sobre la mesa: cuestiones que yo no podía seguir aceptando. No podía evitar sentir que me estaba intentado dejar pero no tenía el valor para hacerlo de una manera rotunda y clara.

Se decepcionó cuando vio que no tenía ganas de besarle, cuando buscó la mirada que tantas veces le había dedicado y ya no podía dársela. Tenía el corazón roto y apenas podía imaginar qué tipo de futuro me esperaba a su lado, qué tipo de hogar íbamos a construir, para serte sincera, no creía ni que aquello fuera a suceder.

Aquella mañana se enfadó cuando le pedí que volviera a su piso por qué necesitaba estar sola y no reparé en echarle en cara muchas cosas: el hacerme cambiar mi vida por él, el sufrimiento que acarreaba desde que salí de París, todas mis inseguridades o mis miedos. Cargué sobre sus hombros todos los motivos por los cuales no podía dejar de llorar y rompió a llorar conmigo cuando le dije rotundamente «Te odio Gabriel, te odio»

«Sé que quieres estar sola así que esperaré a que me llames y cuando eso suceda espero que podamos hablar y luchar por nuestra historia» Me dijo mientras intentó abrazarme sin éxito. Después de un par de suspiros, se dio media vuelta y desapareció escaleras abajo.

No te voy a mentir, gran parte de mí creía que aquello estaba pasando porque, yo ya no tenía 20 años ni pesaba 65 kg. Sabía con qué tipo de chicas se rodeaba Gabriel y yo no era una de ellas, a mí me rozaban los muslos en verano, no me cabían los anillos de tallas normales y no podía meter mi trasero en una talla menor a la 42. Sé que quizás eso no tenga mucho que ver, pero dentro de mí podía oír la malvada voz de mi madre gritándome: «Si hubieras pesado 20 kg menos, Gabriel querría estar contigo»

Cerré la puerta, me metí en la cama y lloré durante todo el día hasta que me entró hambre. Pedí dos pizzas medianas de carne y pollo, un litro de helado de chocolate y una docena de galletas con pepitas de chocolate. ¿Todo? Sí, me lo comí todo mientras empujaba cada mordisco con vino.

Hacía meses que no tenía un episodio de atracones, París me había ayudado a deshacerme de aquel fantasma que llevaba toda mi vida acompañándome, pero aquella noche recaí con todo, quise dar solución a mi ansiedad y comí hasta que acabé con todo, la cabeza me dejó de funcionar y caí dormida.

ORGASMOS EN BARCELONA

85 KG

Hacía dos semanas que había llegado a Barcelona. Me había instalado en mi apartamento y comparado con mi nidito parisino sentía que tenía plena libertad para invitar a mis amigos y ofrecerles alojamiento. Claro, 43 m² no dejan de ser 43 m² por más que los compares con la menor talla posible de apartamento. Una vez que mis amigos llegaron, tuvimos que decidir cómo íbamos a dormir tres personas en un espacio tan pequeño.

Jaime y Mai habían decidido venir a visitarme y pasar el fin de semana conmigo. Yo estaba muy contenta por poder tenerles conmigo, pero ligeramente molesta por renunciar a un fin de semana con Gabriel. Hacía poco tiempo que había llegado a Barcelona y aún estábamos intentando averiguar cómo íbamos a vivir mientras intentábamos recuperar algunas de las cosas buenas que habíamos tenido. La situación no era fácil ni sencilla.

Jaime y yo llevábamos más de 10 años siendo amigos, habíamos dormido juntos muchas veces y tenía más sentido que compartiera mi cama con él y que Mai durmiera en la cama hinchable.

Dormir con Jaime era una maravilla, era un chico blandito, calentito y siempre me abrazada como si quisiera protegerme del mundo. Si en algún momento pudieras entender la adoración que Jaime demostraba por mí, no tengo duda alguna de que me hubieras empujado hacia él. Jaime llevaba años estando a mi lado y sin yo saber hasta qué punto le fascinaba, era una persona a la que siempre acudía cuando buscaba apoyo o ayuda. Yo no lo supe o quise ver, pero Jaime llevaba queriéndome de la única manera que yo le dejaba quererme desde los 15 años.

Esperaba aquellos días con muchas ganas. La única persona con la que podía hacer planes en Barcelona era Gabriel y por más que yo lo intentara, Gabriel estaba muy ocupado intentando polinizar la población femenina con sus dotes teatrales. Estar en Barcelona aún significaba estar sola y por más que disfrutara de la soledad, me sentía abandonada en aquella ciudad que no conocía y que no había elegido.

Barcelona era horrorosa, no era más que la hermana fea en una familia de 9 y yo venía de vivir en la puta Miss Universo.

Pasamos un día genial, Jaime siempre fomentaba que me sintiera como en casa, me sentía libre para hablar de lo que quisiera y para dar rienda suelta a mis deseos de gorda infame.

Éramos dos gordos felices que cuando se juntaban no dejaban de comer y reír. Y si, puede que estuviera en mi peso, pero siempre fui una gorda. Déjame decirte, que gordo se nace y una vez que naces gordo puedes tener episodios de delgadez, incluso mantenerte delgado toda tu vida, pero siempre serás un gordo en potencia.

La convivencia con Mai no me motivaba demasiado, se sentía con plena libertad para despelotarse en medio de mi salón sin importar quien estuviera delante. Es cierto, yo vivía en un pequeño loft y quizás nadie fuera capaz de diferenciar mi dormitorio del salón, pero aun así, ese tipo de gestos me hacían sentirme incómoda en mi propia casa. Enserio, nunca lo he entendido ¿Por qué tengo que verle las tetas a alguien si no quiero? ¿Soy yo o esos gestos son invasiones de mi privacidad? ¿Tú qué opinas? ¿Crees que soy una exagerada?

Aquella noche decidimos salir de fiesta, así que nos preparamos, nos pintamos los morros de rojo y cogimos el metro. Mientras esperábamos en el andén vi al otro lado de las vías a Gabriel, sentado junto a una chica, acariciándole el pelo. En una ciudad con más de 50 paradas de metro y más de 40 servicios tuve la gran suerte de encontrármelo con otra chica. Se me rompió el corazón.

Las aventuras de Gabriel eran tan numerosas que ya no me quedaba un trozo de corazón entero. Mientras sentía que el último pedazo de mi alma se rompía, allí estaba él, sin poder verme porque tenía su atención totalmente volcada en una tía cualquiera mientras yo llevaba nuestro anillo de compromiso.

Fueron tantos momentos en los que sentía que el mundo se derrumbaba sobre mí que este tipo de situaciones ya no me afectaban como al principio, pero se trataba de Gabriel, la persona de la que llevaba enamorada desde la universidad. Gabriel era la única persona que me había fascinado y que captaba todo mi interés y atención. La única persona con la que podía pasarme un domingo entero en una cama solo con la compañía de su guitarra y ser plenamente feliz. Adoraba a Gabriel con cada célula de mi cuerpo, le admiraba ciegamente y por más hombres que hubiera conocido, Gabriel era un ser superior a cualquier persona que existiera en mi mundo, nada se comparaba con él.

Sentía que le había perseguido por medio mundo intentando que lo nuestro funcionara, siempre supe que Gabriel no me iba a ser fiel e incluso llegué a conformarme con ser la persona a la que él llamaba “prometida”. Pero al final del día, la narrativa de nuestra historia se resumía a que: yo estaba en Barcelona por él y él estaba allí, a pocos metros de mí y no era capaz ni de verme porque su atención no me pertenecía. En ese momento desperté «Esto se acabó hace tiempo»

Mai se dio cuenta de que algo pasaba, yo me había quedado en shock y cuando Mai se

aproximó, señalé al otro lado del andén. Ella me cogió de la mano, me llevó a una esquina e intentó darme ánimos mientras intentaba hacer de barrera para que dejara de mirarle. No había nada que me consolara, ni las manos de Jaime sosteniéndome la cara, ni los eternos abrazos de Mai. Gabriel nunca supo que aquella noche le vi.

La noche acabó antes de que pudiéramos empezarla. Nos dimos media vuelta, llegamos a casa y nos metimos a la cama.

Jaime siempre fue mi apoyo, mi mejor amigo que siempre estaba ahí para secarme las lágrimas, traerme chocolate y hacerme sentir la mujer más maravillosa del universo. Tenerle aquella noche allí conmigo me hizo sentir protegida y recuerdo encontrar mucho calor y bienestar en sus brazos.

«No te mereces esto Eyre» Me dijo mientras me retiraba el pelo de la cara. «Todo lo bueno tiene un precio, lo que tengo con Gabriel no lo voy a tener con nadie más» Le dije entre lágrimas. Aquellas eran frases que llevaba repitiéndome año tras año para justificar y forzarme a aceptar una realidad que no me gustaba. Pero si te soy sincera, no llegaba a créemelo del todo.

No recuerdo si Jaime me besó, si yo le besé o si directamente le agarré la polla. No puedo recordar de quien fue la iniciativa, pero recuerdo que aquella noche quería que Jaime me follara. Según avanzaba la noche no podía dejar de pensar que Gabriel estaría en su piso follando a aquella chica del pelo rojo. Así que yo estaba dispuesta a buscar ese tipo de intimidad con la persona más accesible en aquel momento, en definitiva: Jaime.

Quizás solo fuera una forma de retirar mi atención del foco principal de dolor, pero algo dentro de mí necesitaba atención sexual aquella noche. No quería ser la pringada que lloraba en casa mientras Gabriel me era infiel.

No fue buena idea, no debí hacerlo con Jaime. Es algo que siempre me había jurado a mí misma: jamás utilices a una persona que te quiere y nunca hieras los sentimientos de una persona que te adora. Pero Jaime estaba allí y Gabriel hacía años que había dejado de estar.

Mai estaba a pocos metros de nosotros y no queríamos meter ruido, pero ya habíamos comenzado y eso no lo iba a parar nadie. Cogí la mano de Jaime y le pedí que me masturbara. Antes de que pudiera darme cuenta, allí estaba yo, con mi amigo de toda la vida, metida en una cama y a punto de correrme.

Llevaba años cuestionándome qué pasaba conmigo y el sexo. Porque por más hombres que conociera y por más posturas que probara era incapaz de tener un orgasmo. Sin esperarlo, Jaime me tocó y en menos de un minuto estaba lista para correrme viva.

«Voy a parar, metemos mucho ruido» Me susurró Jaime «Ni se te ocurra parar ahora,

estoy a punto de correrme» Le dije con autoridad.

Mi frustración con el sexo era algo de lo que siempre había hablado con Jaime y cuando le dije que estaba a punto de correrme me miró sorprendido, sacó la mano, se la escupió y volvió a tocarme con más presión y rapidez. Podía sentir la presión de sus dedos deslizándose sobre mi clítoris, ningún chico me había tocado ahí, las piernas empezaron a temblarme y contuve la respiración para evitar gemir.

Con los años y la experiencia empecé a darme cuenta que para mí los orgasmos solo son posibles con personas con las que puedo relajarme, disfrutar y bajar la guardia. El hecho de que Jaime fuera mi amigo desde hace tanto tiempo, confiara plenamente en él y supiera que siempre le había atraído físicamente me permitía ser yo misma.

Las caretas, las poses e incluso el maquillaje sobraban a su lado, no necesitaba convertirme en una aspirante a actriz porno y decirle las mayores guarradas del universo para excitarle, no había teatro entre nosotros. Todos esos factores y obviamente una técnica manual divina hicieron que tras ese orgasmo me replanteara muchas cosas.

Después de tantos años acostándome con Gabriel y de mis experiencias en París o Bilbao, sentí por primera vez, que había un más allá glorioso con posibilidades orgásmicas para mí. El no haber tenido orgasmos con otras personas no quería decir que no hubiera disfrutado, puntualicemos: El sexo es mucho más que un final feliz, pero déjame decirte, que cuando conoces ese final feliz, no quieres otro tipo de final.

Quizás no supe darle a aquella experiencia el significado que realmente tenía. Me lo tomé como una revelación, como una nueva vida sexual para mí: a partir de aquel momento sería una tía que tendría orgasmos cuando follaba y esa nueva vida estaba llena de esperanza, ilusión y posibilidades.

Cuando mis amigas o amigos hablaban de sexo, yo compartía mi realidad y hablaba de una vida sexual plena. Yo no era capaz de entender que si no llegaba a tener orgasmos, era por la falta de dedicación de Gabriel y de una atención inexistente a mi clítoris. Que sí, que el sexo con Gabriel era muy bueno y lo sigo pensando a día de hoy, pero no era completo. Era un sexo egoísta, machista y plenamente enfocado a cubrir sus necesidades porque, en parte, aún no sabía cuáles eran las mías.

Darse cuenta de que existen las necesidades sexuales, poder hablar de ellas con tu pareja y pedir esa satisfacción, siendo mujer y viniendo del Opus Dei, no es algo que surja de una manera natural.

Sabía lo que me gustaba y cómo porque yo me metía unas sesiones de frotadas que

alucinas. Pero de ahí a exigir disfrutar de igual a igual había un largo camino.

Jaime me había preguntado acerca de mi intimidad con Gabriel o con Jacques y yo siempre le dije que todo era genial. Si miro hacia atrás, fueron experiencias brutales, pero no todo lo buenas que podrían haber sido. Con Jaime siempre podía hablar de todo, le contaba hasta cómo me tocaba, hablábamos de sexo de colega a colega y aunque no tuviéramos intención de acostarnos sabíamos perfectamente lo que le gustaba al otro. Bueno, aquella noche Jaime me demostró que se había quedado con cada detalle.

Llevaba años pensando que tenía una vagina maldita, por qué después de haberme acostado con Gabriel: un hombre del que estaba completamente enamorada. Y con Jacques: un hombre muy atractivo y muy bien genéticamente dotado. No había tenido motivos para pensar que podría llegar a correrme.

Por eso pensaba que debía de tener una vagina maldita de la que sólo podría disfrutar al completo cuando me masturbara. Nunca me había planteado la opción de que ellos sólo habían estado buscando su propio placer.

Solía pensar: si Gabriel se corre en menos de 30 segundos un montón de veces a lo largo de una tarde ¿Por qué yo no puedo? Para serte sincera, cuando miro atrás y cuento los años que me pasé dejándome follar sin recibir ni un mísero orgasmo a cambio, me entra una rabia monumental.

Claro, cuando Jaime empezó a tocarme apenas me podía creer lo que estaba pasando. Era la única persona que me había acariciado el clítoris durante más de 40 segundos seguidos. No follamos, nos tocamos mutuamente y nos quedamos dormidos.

Toda aquella teoría de la vagina maldita volvió a apoderarse de mí cuando rehíce mi vida sin Gabriel, porque bueno, mis esporádicos compañeros sexuales no fueron precisamente generosos. Les pedía que me tocaran, pero créeme, no encontré a nadie que me tocara bien. Alguno incluso me presionó el clítoris como si fuera un timbre. No es una broma, fue terrible. ¡Hombres del mundo, aprended de una vez y dejad de ver porno!

Con un poco de suerte, tiempo y experiencia empecé a descubrir otra dimensión del sexo que desconocía. Muy a mi pesar el destino me hizo comprender que el tamaño no importa y que soy perfectamente capaz de tener orgasmos con un pene de pocos centímetros, con una buena sesión de sexo oral y si estas dos cosas fallan también me iba bien que me tocaran.

De esta manera más tonta, coroné mi llegada a Barcelona con un muy esperado y poco anticipado orgasmo.

CHAMPAGNE SOCIAL

85 KG

Después de la visita de Jaime y Mai, volví a ver a Gabriel. Menuda sorpresa ¿Verdad?

Siempre había sido mi debilidad pero el sexo ya no era igual, deseaba correrme y por más que lo intentara, no lo conseguía. No es que nos volviéramos sexualmente incompatibles, ni que la magia se muriera, pero todos mis miedos afectaban a nuestra intimidad y yo estaba empezando a frustrarme. Además, después de lo de Jaime, yo le pedía a Gabriel que me tocara o que me comiera el coño. Nunca era buen momento, solo le interesaba el sexo durante los 40 segundos de penetración, después de aquello: «Eyre, no hace falta estar follando todo el rato» Me decía. Valiente hijo de puta.

Tenía la constante necesidad de hacerle ver lo genial que yo era, aunque ni yo misma lo pensaba. Cada día llevaba ropa diferente, tenía champagne en casa y le hablaba de literatura o de filosofía. Pero el único interés que él tenía en mi era sexual y por más que yo hablara de mis intereses, de mi trabajo o de mi vida en general, a él le daba igual.

Gabriel y yo lo habíamos sido todo y ese todo no dejaba de atormentar mi memoria. Deseaba convertirme de nuevo en lo que había sido para él, pero Gabriel tenía muchos planes, muchos viajes, muchas funciones y muchas mujeres. Y yo, bueno...yo intentaba construir una carrera profesional que me diera de comer y me hiciera feliz.

Por aquel entonces, mantenía mi trabajo de París a media jornada desde Barcelona. Me encargaba de todo lo relacionado con las redes sociales y la parte de publicidad nativa: colaboraciones con influencers, para que nos entendamos.

Estaba organizando un gran evento en París, un evento que yo había parido, y que pretendía celebrar la individualidad femenina. Traje desde Nueva York a Cara Alwill, escritora y life coach para que nos hablara de su nuevo libro. Cara había sido durante muchos años la responsable de publicidad en la MTV y contar con alguien como ella en el evento actuó como un cebo enorme de atún que metes a 9 metros de una aglomeración de tiburones. La lista de asistencia de influencers creció como la espuma, conseguí que una bodega nos regalara 100 botellas de champagne francés y que la Maison Ladurée nos regalara 100 cajas de 20 macarons.

Estaba muy orgullosa de todo mi trabajo, había trabajado muy duro y el evento se había convertido en el evento con más hype de París.

Una parte de mí deseaba que Gabriel viviera todo aquello conmigo. Tenía cierta esperanza en que mi trabajo, responsabilidad o influencia le deslumbraran y que, por arte de magia, recordara las razones por las cuales me pidió matrimonio.

Me pasé un día entero buscando el vestido perfecto para aquella ocasión. Ir de compras en Barcelona era brutal, me ponía mis cascos con una buena selección de las mejores canciones de Pink Floyd e iba de una tienda a otra probándome las opciones que más me gustaban. Es una sensación que echo de menos, sentir que el mundo real forma parte de otra dimensión y que en tu propio camino no escuchas ni tus pasos.

Encontré un vestido en H&M que era precioso, negro, por la rodilla, ajustado de cuerpo entero, pero con una pechera en forma de triángulo con flecos de raso. Un vestido básico, si, pero con estilo y original. No era fácil encontrar ropa que me quedara bien, tampoco tenía tanto peso, pero era una mujer grande y por más vestidos que me gustaran siempre acababa recurriendo a mi fiel H&M. Sabía que allí habría mi talla y no tendría que probarme la mayor talla de la tienda para posteriormente decir «Me queda pequeño» H&M nunca me fallaba y yo tampoco quería fallarle a él.

Una vez que sabía, el vestido que iba a llevar, me fui a Mac y allí me sentaron, me probaron una base y un look de ojos «Pónmelo todo, todo lo que has puesto en la cara, eso es lo que quiero» Le dije al maquillador. Quería estar perfecta y me daba igual lo que eso fuera a costar.

«¿Quieres venir conmigo al evento de Paris?» Le pregunté a Gabriel a lo que enseguida me contestó que sí.

Llegó el día, Gabriel había pasado la noche fuera en una de sus fiestas y quedamos en vernos en casa a las 6 de la mañana para ir a la estación de tren de Barcelona y de allí al aeropuerto. Le veía venir, con su melena rubia y su media sonrisa. Se quitó la bufanda, se desabrochó el cuello de la camisa y pude intuir entre su largo pelo y el cuello de su camisa un chupón enorme. «Eso explica lo de la bufanda con 18 grados» Dije en voz baja para mí.

Estupendo, estaba en Barcelona, intentando deslumbrarle día tras día, le invité a venir conmigo a un evento que me había currado, me dejaba follar por él cuándo ni era capaz de hacer que me corriera, se estaba enrollando con otras pavas y tenía que venir a mi puto evento, a mis días mágicos en Paris con un chupón de una zorra cualquiera. Estupendo.

«Ante todo, este es tu trabajo, tu evento y lo vas a disfrutar» Me dije mientras me miraba en el espejo del baño de la estación.

«¿Me enseñan los carnets de identidad por favor?» Nos dijo la azafata de tierra para hacer

el check-in. Llegamos algo justos de tiempo, pero todo estaba en orden para coger a tiempo a nuestro vuelo.

«Gabriel, así se llama ¿Verdad? tiene el carnet caducado» Le dijo la azafata mientras le enseñaba la fecha de caducidad. Me aparté del mostrador, cogí mi carnet con fuerza, me subí el bolso al hombro de nuevo y me fui de la fila de check-in. Gabriel se aproximó a mí al de 2 minutos y me dijo «Puedo renovarlo en el puesto de la policía que hay aquí y llegaremos a tiempo al vuelo, te lo prometo»

Efectivamente, perdimos el vuelo. Me acerqué a la oficina de la línea aérea y no solo tuve que comprar con mi dinero dos nuevos billetes en el próximo vuelo a París, si no que tuve que pagar una sanción por haber perdido el vuelo. Yo ya no cabía dentro de mí, estaba tan enfadada que le hubiera arrancado el pelo de un tirón. Saqué una fuerza de contención que hasta aquel día no había conocido y conseguí no perder los papeles.

Nuestra relación y la dinámica general entre ambos habían cambiado: era tensa y desagradable. Llegamos a París y Gabriel me dijo que había quedado con una antigua compañera de teatro, me pidió la dirección del apartamento, la apuntó y me fui sola al apartamento. Cuando Gabriel llegó de madrugada yo ya estaba dormida.

A la mañana siguiente nos vestimos y yo me dirigí a la oficina donde había trabajado meses atrás, saludé a mis compañeros y me tomé un café con ellos. El ambiente de aquella oficina era brutal, era único, me encantaba estar con ellos. Salí con Simón, mi compañero de Marketing, a comprar algunos últimos detalles, parecíamos dos parisinos de compras por la ciudad y sólo aquella sensación de libertad, lejos de Gabriel y en mi ciudad preferida hizo que el viaje mereciera la pena.

Ultimamos los detalles y acudimos al loft donde celebraríamos el evento. El loft estaba precioso, era un espacio con toques claramente industriales, pero con una exquisita decoración al más puro estilo Parisino: escayolas clásicas en el techo, una cocina abierta americana de mármol blanco, un espejo de 2 metros de alto dorado al estilo Versalles, un photocall de brillantina y banderolas colgadas en forma de guirnalda. Pero lo más importante era la nevera llena de botellas de Champagne francés. Aquel loft se convirtió, por una noche, en un sueño hecho realidad.

Cara Alwill estaba muy contenta de estar allí y de conocer París. Las bloggers estaban fascinadas con todas las fotos bonitas que estaban sacando y yo estaba contando el número de bloggers y celebridades que habían asistido, controlando el servicio de camareros y las listas de reproducción de música. Fue una noche muy especial para mí, todos mis compañeros estaban allí y aunque Gabriel formaba parte de aquello, decidí dejarle de lado y disfrutar de mi trabajo a mi

manera.

Sentí que el evento era casi una celebración del trabajo del equipo de marketing, vinieron medios locales a cubrir el evento e inundamos las redes sociales durante la semana consecutiva.

Cara era una gran profesional, una ejecutiva con seguridad en sí misma, perfectamente maquillada y peinada, una manicura excelente y un vestuario que no tenía pinta de ser de H&M. Comenzamos a hablar y se mostró muy humana, muy accesible, conecté muy bien con ella. Todo ese aspecto de ejecutiva con piso en Manhattan me había hecho prejuzgarla, es cierto, pero me alegré mucho cuando, una vez más, la vida me puso en mi lugar.

Me contó su eterna batalla contra su peso, Cara tenía algo de sobrepeso, si, pero no por ello era menos sexy o interesante. Pude hablar con ella sobre temas más profundos en referencia a nuestras familias, cómo lidiar con nuestra imagen y lo que nuestra imagen supone para el resto de personas. Sentí que todas aquellas cosas nos unían y me emocioné mucho hablando con ella.

Aquella noche me pidió el e-mail «Quiero enviarte el borrador de mi próximo libro, quiero que le eches un vistazo y me des tu opinión» Me dijo mientras apuntaba mi e-mail en su móvil.

¿Enserio? ¿A una profesional de su talla le interesaba mi opinión? Esta tía era la Carrie Bradshaw de la vida real y estaba pidiendo mi opinión acerca de su próximo libro, imagínate la situación. Me sentí muy alagada.

Con el tiempo me di cuenta de que, cuando emprendes nuevos proyectos, desear la opinión de ciertas personas es algo muy habitual, lo que me sorprendió y me hizo sentir única fue que Cara quisiera la mía. A día de hoy Cara ha publicado ya más de 8 libros, dejó su trabajo en la MTV y vive únicamente de los ingresos de sus obras, se ha convertido en un personaje importante dentro de la socialité Neoyorkina.

Se formó una especie de reunión en el salón principal, le dimos el micrófono a Cara y ella miró a su alrededor, suspiró y se emocionó. «Es increíble que podamos compartir algo tan importante, en París, a medio mundo de mi hogar, con mujeres brillantes y figuras representativas en la industria de la moda. Este es un trabajo que nos concierne a todos y todos estamos hoy aquí reunidos por la misma causa» Dijo mientras miraba a su alrededor. Esta tía era genial, carismática, bella y llena de inspiración. Me costaba asumir el éxito del pedazo de evento que había organizado y que todo el panorama parisino con más influencia estuviera allí. Comencé a perderme en sus palabras con una sonrisa pero desperté cuando Cara pronunció mi nombre, agradeció mi trabajo y me pasó el micrófono con: «Sin ti, todo esto no sería posible»

Agarré el micrófono mientras oía un extendido aplauso, miré a mi alrededor y vi a la

editora de Vogue, de Elle, a las Bloggers más famosas, a grandes responsables de firmas francesas e incluso a actrices de la TV francesa, todas escuchando lo que yo tenía que decir. La mano empezó a temblarme un poco, pero fijé la mirada en mis personas de confianza. «Muchas gracias a todos por estar aquí y celebrar con nosotros algo que necesita más trabajo, la individualidad femenina y el poder decidir quiénes somos sin que ninguna revista o campaña de publicidad nos los cuente primero. Creo en cada una de vosotras, creo en Cara, en sus libros y en cómo todo el poder que ha tenido en la industria del entretenimiento está permitiendo que sus palabras lleguen a personas que nunca la hubieran escuchado. Estamos muy contentos de que lo estéis pasando bien y sólo me queda agradeceros una y otra vez vuestra presencia y colaboración» Dije. Fui breve y rápida, antes de que me diera cuenta ya había dejado el micrófono en su sitio.

Acabó la noche, Gabriel y yo pasamos esa noche en París y al día siguiente cogimos nuestro vuelo de vuelta a Barcelona. Aquel día supe que Gabriel y yo habíamos terminado.

Nos habíamos convertido en dos personas que ya no compartían el mismo camino y por más que los dos nos aferráramos a lo que habíamos sido, hacía mucho tiempo que habíamos dejado de serlo.

Volví a Barcelona sintiéndome una mierda cuando debía sentirme realizada y orgullosa de mí misma. La situación con Gabriel me había hecho sentir como si no valiera absolutamente nada como mujer, sentía que había fracasado y estuve muchas semanas sintiéndome así hasta que un día recibí el e-mail de Cara. Me descargué el archivo PDF, lo imprimí y me puse a leer el que sería su segundo libro: Sparkle.

Según iba leyendo frases como «No preguntes qué necesita el mundo, pregúntate qué te hace cobrar vida, qué te hace brillar y hazlo. Porque lo que el mundo necesita es gente que haya cobrado vida» o «Construye tu propio camino, emocionante, real pero fabuloso. Rodéate de las cosas que te hacen brillar. Crea tu burbuja y prospera en ella» me iba dando cuenta de que Cara había vivido mucho más que yo en todos los sentidos. Toda su experiencia y la manera de comunicarlo me estaban iluminando y permitió que me planteara mi existencia de otra manera, traje de vuelta un trozo de París a mi vida.

El libro de Cara me pareció fabuloso, se lo comuniqué y le expliqué todas las cosas que me había hecho sentir. Me había hecho sentir orgullosa de ser mujer, me había hecho sentir segura de mí misma y sobre todo me hizo recuperar el poder necesario para identificar cómo hacerme feliz a mí misma. Sin importar que ese tipo de felicidad no encajara con mi entorno o con lo que se esperaba de mí.

Interioricé cada una de las palabras de aquel libro y Cara, desde la otra punta del mundo,

me hizo sentir libre para tomar mis propias decisiones y sentirme feliz con ellas. De una manera casi irónica su libro me ayudó a darme cuenta de que debía responsabilizarme de mi felicidad y esto lo trasladé a: recuperar un Blog que tenía medio abandonado, cuidar mi alimentación y volver a escribir. Empecé a reconstruir hábitos que me hacían feliz, adopté un gato (Batman), empecé a salir más y por lo menos, una vez a la semana, andaba 40 minutos para regalarme a mí misma un ramo de flores.

Fui floreciendo poco a poco y aunque los hombres vinieran o se fueran, yo sabía quién era, lo que quería, lo que me hacía sentir bien y no tenía miedo de dármelo a mí misma.

PERFECTA

(AQUÍ NO HAY PESO PORQUE ESTO NO VA DE MÍ)

Si te soy sincera, puede que fuera la última persona con la que creía que establecería una amistad como la que tenemos. Esta es otra historia de amor, de otro tipo de amor, no menos intenso pero si diferente.

Después de mi grata experiencia en el CSIC-III A trabajando para un auténtico cabronazo, me contrataron en Hotusa, en el equipo de marketing y fue allí donde la conocí.

Imagínate que Alanis Morissette tuviera una hija con Jonny Depp, ahora súmale unos rizos negros a lo estilo Sharika, mucho sex appeal y ya está lista: la mujer maravilla.

Era muy especial poder hablar con alguien que tenía ideas completamente opuestas a las mías y sentir que me escuchaba o que me comprendía. No podría definirla de otra manera más que con “especial” pero especial de verdad. Sí hay miles de estrellas en el firmamento, Nika debería compararse entonces con una estrella de un color aún no catalogado que brilla por encima de cualquier otra.

El trabajo era mucho más divertido porque ella estaba allí, nos pasábamos el día riéndonos de todo. Recuerdo pasar más de 20 minutos buscando en google, fotos de comidas y haciendo gestos de cómo nos la comeríamos. Pasábamos horas buscando el vestido de novia perfecto sabiendo que jamás lo llevaríamos y nos reíamos muchísimo viendo fotos de micro penes con “requesón”.

No sé si te ha pasado, pero desde que era pequeña, siempre han existido ciertos temas de los que, en mi entorno, estaba mal hablar y cuando decidías hablar sobre ellos, no sé por qué, había personas que no dudaban en cuestionar tus opiniones de una forma irrespetuosa. Admitir que somos egoístas, admitir cosas por las que las mujeres pasamos injustamente y poderlas compartir con alguien lo suficientemente libre como para hablar de ello en alto, era para mí algo mágico y liberador.

Hay muchos tipos de inteligencia y Nika es sin duda la persona más emocionalmente inteligente que conozco. No podría explicarte cómo lo hace, pero es la persona más elegante que conozco a la hora de hacerte ver otros posibles puntos de vista. Desde que ella entró en mi vida siento que he evolucionado y he crecido en muchos ámbitos. He llegado a conclusiones y he podido admitir que hay ciertas cosas sobre las cuales no tengo una opinión concreta y que es, precisamente lo sano. No todos los seres humanos debemos tener una opinión o un juicio de

valor sobre acontecimientos en la vida de otras personas. Me enseñó a respetar la libertad de otras personas y cómo pedir respeto para la mía.

Nika es una persona para las personas, no sé si todos deberíamos ser así, pero sí creo que todos tenemos mucho que aprender de ella. A veces pienso que ha vivido mil vidas para poder ver todo lo que ve, sentir todo lo que siente y saber transmitir ese constante: todo estará bien.

Me hizo aprender, me enseñó a sincerarme conmigo misma y tomar la decisión de respetar tanto mi libertad como la suya. Pude seguir el camino que Nika me fue dibujando con pequeñas piedras para que yo lo fuera recorriendo poco a poco. Y lo curioso es que no creo que ella sea consciente de que lo hace, pero lo hace.

«¿Pero...porque veis vaginas en el ordenador?» Le preguntó Estel a Nika. Bueno, nos hacía gracia y sentíamos compasión por las mujeres que tienen los labios vaginales muy grandes o desordenados y a menudo buscábamos fotos de este tipo de vaginas hasta que un día la responsable del departamento nos vio.

A menudo nos reíamos de la incompetencia sexual de algunos hombres o de la vida en general.

«¿Sabes que si comes curry muchos días seguidos tu sudor acaba oliendo a curry? ¡Mira tía! ¡Huéleme!» Le dije un día mientras ella se reía. Entonces ella se acercó, me olió y me dijo «Ostia es verdad, pero ¿Cuántos días llevas comiendo curry Eyre? ¿No te pica el culo al cagar?»

Hablábamos de todo, hasta de ese tipo de cosas que la gente no habla y por las que muchas personas me creen bruta.

Nunca antes, ninguna amiga había admitido o compartido conmigo que antes o después de la regla tenemos unos días en los que nos podríamos morir y si te soy sincera dudo que siempre haya sido la única de mi entorno en sufrir normalidades del género femenino.

Compréndeme, no tengo hermanos, siempre había vivido en un entorno muy conservador, de alto rango social y con muchas personas del Opus Dei a mí alrededor. Nunca había hablado con nadie de verdades universales como que hay pedos que pican al salir. Todas estas cosas las podía compartir con mis amigas de Barcelona, Nika, Paula o Teresa y eso me hacía sentir en casa.

Siempre me ha llamado la atención lo mucho que me afectan las personas, mucho más que las experiencias, es como si las personas que han pasado por mi vida me hubieran dado lecciones que me han permitido mirar la vida con una mirada mucha más limpia. Ciertamente, no todas te aportan ese nuevo campo de visión y eso no es necesariamente malo.

Lo que Nika me ha aportado es indescriptible y no lo puedo comparar con nada. Es como

si hubiera vivido toda mi vida con ciertas puertas inconscientemente cerradas y ella me hubiera invitado a abrirlas.

Hubo épocas en las que me vi tentada a cuestionar ciertas actitudes: Nika atrae a muchos hombres en cualquier ámbito de su vida y yo pensaba para mí «Esto es una falta de respeto a su pareja» Hasta que empecé a verlo desde otra perspectiva.

«Yo soy contigo como soy con todo el mundo, no voy rechazar a nadie porque exista opción de que esa persona se confunda, ese es un error suyo, no mío» Me dijo un día.

«¿Quién soy yo para dar por hecho que alguien tiene interés sentimental en mí? ¿Y quién soy yo para faltar a la libertad de una persona y violentamente negarle una conversación, negarle palabras sólo porque esa persona siente atracción por mí?» Me dijo mientras tomábamos una cerveza. ¿Sabes qué? Tenía toda la razón del mundo.

«Vivimos en una dinámica en la que si una mujer es empática y cercana con un hombre, le está emitiendo una invitación a algo más. Eso no es así y cuanto más tardemos en normalizar estas situaciones y cuantas más veces digamos a un hombre que tenemos pareja antes de saber nada sobre él, más se tardará en respetar la libertad de los hombres y las mujeres que están sometidos a esas situaciones» Me dijo un millón de veces.

No importaron las situaciones o los comentarios porque ella siempre fue fiel a su forma de pensar y sentir y eso la convirtió en una de las mujeres más libres que he conocido jamás.

MEMORIAS DE MADRID

90 KG

«A mí me gusta Madrid pero para ir de visita» Me dijo Nika mientras hablábamos de viajes con un par de cañas en Gràcia.

«Hace años fui un fin de semana a Madrid con unos amigos, nos quedamos en casa de Eduardo, la verdad que éramos unos cuantos. Dormíamos 3 en una cama, otros dos en el suelo... vamos, lo típico que haces cuando estás en la universidad» Le conté.

«Ya te digo, pero esos son los planes divertidos, los que recuerdas» Afirmó Nika.

«Está claro, yo me acuerdo de aquel viaje como si fuera hoy. ¿Sabes lo que me pasó? El sábado íbamos a ir a una discoteca que estaba cerca de la casa de Eduardo, bebimos en su casa, hicimos cocteles y nos emborrachamos antes de salir.

Yo aquel día me puse un vestido monísimo que tenía de encaje, con unas medias negras y me pinté bastante, íbamos a saco. El caso es que sólo había un baño y antes de marcharnos a la discoteca todos queríamos ir al baño. Un lío que flipas pero bueno, por fin consigo entrar y me siento en el retrete. Imagínate, un piso de 50 m² con 7 personas y un baño. Cada 20 segundos tiraba de la bomba para que no oliera mal y para que no se oyera el chof de la mierda cuando cae» Le expliqué

«Yo hago lo mismo, doy muchas veces a la bomba para que nadie huelga ni oiga» Afirmó Nika entre risas.

«Mis amigos estaban fuera tocándome las narices con: Eyre date prisa. Claro, gestiona una cagada para que no huelga, que sea rápido y que nadie se dé cuenta de que has cagado. Cuando ya había cumplido con éxito mi misión, tuve que subirme las medias. Cuando tienes muslos de tenista como los míos sólo la puta gestión de subirme las medias puede hacerte sudar. Nada, hago un par de movimientos rarunos estirando las piernas y me lavo las manos. Mis amigos estaban aporreándome la puerta, veo que queda un último trozo de mierda en el váter, tiro de la cadena y la puta cadena no funciona ¡No funciona!» Le conté.

«Nooooo» Me gritó Nika mientras se le encharcaban los ojos.

«Si tía, tiré como 6 veces de la cadena, ya no quedaba agua, mis amigos me estaban aporreando la puerta y yo borracha dentro del baño con un trozo de mierda que no quería que nadie viera. Les dije que me dieran 2 minutos, pero estábamos todos borrachos y ya llevaban 4

minutos cagándose en mis muertos. Lo estaba pasando fatal, no podía dejar que nadie viera mi mierda, pero por más que tiraba de la cadena no había agua. Empecé a sudar del agobio, estaba dando vueltas sobre mí misma hasta que me paro, me atuso el pelo, pongo una mano en el espejo y me digo a mí misma con cara de borracha: Tú puedes. De la misma, cogí mucho papel, me envolví la mano en él, cogí el trozo de mierda y lo tiré por la ventana del baño, con papel y todo» Le conté a Nika.

«¡Eyre! ¿Y si le cae a alguien encima?» Me preguntó Nika llorando de la risa.

«¡Yo que sé! No pensé en eso joder, estaba borracha y eran las 2 de la madrugada, yo tiré el chorongo y me libré de él. El caso es que luego bajamos a la calle y según salimos por el portal veo el ñordo con el papel hecho puré en la plaza peatonal que había delante de la casa de Eduardo. Yo no miré, hice como que no lo había visto y todos mis amigos lo vieron y se acercaron y empezaron a reírse, porque la mierda venía con papel también y claro... al caer desde un 4 piso se había esparcido y parecía una mierda enorme, como de caballo. Y dice Sergi: Joder, esta mierda parece de humano. Por un momento pensé: bueno, ya está, me han descubierto, pero me libré» Le dije.

«¡Ahhh no puedo! Qué asco Eyre por Dios» Me decía Nika una y otra vez con una mano en la tripa, un cigarro en la otra y la cara roja de tanto reírse.

«Espera que ahora viene lo mejor, llegamos a la discoteca y había como 4 o 5 famosos» Le expliqué.

«¿Y les dijiste que habías cagado una mierda voladora?» Me preguntó Nika entre carcajadas.

«Ojalá lo hubiera hecho. Vi a una modelo que era muy famosa en aquel momento. Estaba en una zona VIP, con un sofá en forma de L con una mesita de cristal donde tenían las bebidas, todo muy coqueto y glamuroso. Nada, allá que voy a pedirle una foto, me acerco a ella para sacarnos la foto y en una pérdida de equilibrio de las mías, piso hacia atrás, me apoyo en el cristal de la mesa y mando la mesa a la mierda. Te lo juro, me apoyé en una esquina, el cristal volcó, tiré todas sus bebidas, el cristal cayó y se rompió. Yo no me vi desde fuera, pero recuerdo quedarme inmóvil y salí corriendo después» Le conté.

«¿Saliste corriendo?» Me preguntó sorprendida.

«Ya sabes que yo soy lenta y torpe, pero las apañé para salir, les mande un sms a mis amigos y les esperé fuera. Luego, estaba tan borracha que me pasé la noche entrándole a un amigo que era gay y el pobre no sabía qué decir para rechazarme de manera elegante, que vergüenza de noche» Le dije mientras terminaba de contarle la historia.

Nika se secó los ojos con un pañuelo, dio un sorbo a su cerveza, se atragantó al beber y nos empezamos a reír aún más.

VISTAS DE LA CIUDAD

95 KG

Llegó la primavera y se acercaba la fecha de cumplir dos años en Barcelona. Dos años llenos de muchos momentos de soledad, de reflexionar mucho sobre lo que quería para mi vida laboral y de mucha fiesta, no nos olvidemos de la fiesta. Fueron dos años llenos de grandes momentos con nuevas amigas que me acompañarían el resto de mi vida.

Abandoné mi primer piso en Barcelona y me deshice de todas aquellas memorias que solían perseguirme. En aquel pequeño y maldito apartamento, donde además de llorar mucho por Gabriel, convivía con pequeños bichitos con antenas largas que de vez en cuando salían a saludarme.

Me mudé a un piso que tenía vestidor, salón, cocina, una habitación y un baño. Cada estancia estaba en una habitación separada, no vivía en un piso con habitaciones separadas desde hace mucho tiempo y aquello me hacía feliz y le daba sentido a mi vida en Barcelona.

Era sábado, dieron las 11 de la mañana y empezó a sonar el despertador. Abrí los ojos, miré a mi izquierda y desde mi cama vi, por la enorme ventana de mi habitación, la playa de Barcelona, un par de edificios y a un vecino de 70 años del edificio de al lado sentado en su silla, en calzoncillos, tomando el sol y bebiéndose una cerveza.

Abrí la ventana y dejé entrar la brisa del mar, observé por unos minutos el cielo azul. Era abril pero en Barcelona ya teníamos 20 grados, un cielo completamente despejado y olor a sal, olor a mar, a felicidad. «Quien iba a decirme, hace 4 años, cuando vivía en mi primer piso de París, que podría vivir yo sola en un apartamento como este» Me dije a mí misma. Con media sonrisa deslicé los pies desde las sábanas blancas de mi cama hasta el suelo de madera, dejé caer desde mis hombros una camisa blanca de hilo que un día fue de Gabriel y comencé a caminar desnuda hacia la ducha. Miré mi reflejo desnudo en los espejos del pasillo, ya no me avergonzaba de mi cuerpo.

Mi ducha tenía un eco especial, no sólo me sentía Mariah Carey cada vez que me lavaba el pelo, si no que cada vez que me echaba un pedo se oía en toda la casa. No sé donde diseñaron aquella ducha pero su acústica era interestelar.

Terminé mi ducha, me puse mi albornoz blanco y me hice un revuelto de huevos con espárragos trigueños. ¡Ja! ¿Te lo has creído? ¡Qué va! Salí de la ducha con mi albornoz blanco, me puse un tazón de cereales con chocolate, me manché de chocolate el albornoz y me vestí.

Me puse un vestido de flores en tonos pastel, unas playeras, me solté el pelo y salí por la puerta. Abrí mi bolso para coger mi móvil y los auriculares, seleccioné una buena canción y empecé a caminar. La música, el olor a mar, el sol, quería caminar por aquella ciudad hasta que se acabara el día. Media hora después llegué a mi destino.

«Buenos días señorita ¿Qué va a ser esta vez?» Me preguntó Paco. «Creo que me vas a poner dos ramos de margaritas» Le sonreí y me aproximé al mostrador. Hacía tiempo que la costumbre de comprarme flores tenía un significado al que no quería renunciar. Era uno de los varios hábitos que había hecho míos, que me hacían sentir viva y mimada.

Recogí las flores, volví a ponerme la música y continué andando hasta que llegué a Las Ramblas. No importaba cuantos meses hubiera pasado en aquella ciudad, siempre que me acercaba a Las Ramblas me sentía una turista más, perdida entre grupos de alemanes, ingleses o franceses. Me distraía entre aquellos grupos de turistas y fingía no vivir allí, ser una persona sin destino, sin casa, sin recuerdos, sin dolor. Y por un momento, aquello me reconfortaba.

Llegué a mi casa, me quité toda la ropa y me volví a meter a la ducha. No podía entender cómo después de tanto tiempo aún recurría a los recuerdos que tenía con Gabriel para hacerme sentir, para escribir, para poder sentir algo de amor dentro de mí e incluso para correrme. Aquella era mi triste realidad, una ducha grande, redonda y llena de vapor mientras gemía el nombre del hombre que me había roto el corazón.

Me vestí y empecé a preparar la terraza. ¿No te lo había dicho? Mi segundo piso de Barcelona tenía una terraza de 40 m² desde la que se veía el mar y gran parte de la ciudad. Si, era una pasada.

Empecé a cortar la fruta en trozos y entonces sonó el timbre por primera vez. «Hola pichurri, somos Paula y Nika, ábrenos» Me dijeron entre risas. Abrí la puerta y seguí cortando la fruta hasta que llegaron dos de las personas más bonitas que he conocido jamás. Paula me abrazó desde atrás, me quitó el cuchillo de la mano y me ofreció su ayuda.

Teníamos prácticamente todo listo: los vasos, los hielos, las pajitas, la fruta cortada en cubos, mucho vodka, ron, y zumos variados de frutas. Estábamos preparando la primera bebida cuando Teresa llamó al timbre.

Las reuniones en mi terraza se prolongaban hasta que el sol se iba. Aquellas eran las mejores tardes, las que empezábamos poniendo a parir la empresa en la que las 4 trabajábamos y acabábamos la noche confesando borrachas, entre velas anti mosquitos, nuestros secretos más oscuros.

«El problema es que, muchas veces, a las mujeres no nos apetece follar porque el idiota

que tenemos al lado no se preocupa de nuestro orgasmo. No nos sabe follar y eso se acaba traduciendo en que somos frías» comentó Nika, a lo que contestó Paula «Pero nosotras también tenemos que saber pedir lo que nos gusta y enseñarles a darnos placer»

Sin participar demasiado en la conversación me paré a pensar en los compañeros sexuales que había tenido, y cuando conté cuantos me habían provocado orgasmos, la lista se redujo a uno.

«Creo que todas intentamos de alguna manera hacerles saber lo que nos gusta, porque nos interesa que nuestra pareja nos satisfaga, pero la cruda realidad es, que en la mayoría de los casos, pueden tomarse la molestia 5 u 8 veces pero a la larga volverán a lo fácil. Sólo les interesa una penetración rápida y dura hasta correrse y ahí, amiga mía, acaba el sexo para nosotras» concluyó Nika mientras el resto de amigas afirmamos estar de acuerdo.

«Yo tengo una pregunta que me ronda la cabeza, soy heterosexual pero me pone ver porno lésbico» comentó Teresa mientras Paula y yo afirmábamos entre risas que nos pasaba lo mismo.

«Yo siempre he creído que es porque las cosas que se hacen, son cosas que nos gustan y en muchos casos los hombres no nos las dan. Además, nos sentimos mucho más identificadas con el placer de dos mujeres que con un video hecho para hombres en el que solo vemos penetraciones y tetas» volvió a comentar Nika.

Aquella mujer era muy sabia y siempre sabía ver las cosas de otra manera, de una manera que te hacía pensar, que te rediseñaba el cerebro y te hacía darte cuenta de que la vida tiene muchos más tonos de grises de los que creemos.

Pasamos de criticar el egoísmo sexual del género masculino a sacar a flote todas las pautas de conducta que instauro el porno tanto en hombres como en mujeres. Finalmente continuamos hablando de los ligues de Paula y Teresa, claro está que las últimas conversaciones contaban con menos lógica gracias a todo al alcohol que habíamos bebido.

Nos acabamos el alcohol y mientras cambiaba la lista de reproducción de música, levanté la mirada y las vi allí, sentadas en aquellas sillas grandes de madera, bebiendo cocteles y riéndose de todo. Vi el perfil de Paula, su pelo negro liso, su piel trigueña y su sonrisa amplia, blanca y magnética. No pude evitar pensar: qué afortunada soy.

Quizás me estaba costando más tiempo del debido superar lo de Gabriel y quizás aún necesitaba agarrarme a los pocos recuerdos que tenía con él, pero tenía un trabajo que me gustaba, un piso estupendo del que disfrutaba y un grupo de amigas que estaba formado por personas de verdad. Sentada en aquella silla sentí que cualquier problema que tuviera lo

solucionaríamos entre las cuatro con cervezas, cocteles y mucho humor. Cada vez que una de nosotras sufría, estábamos dispuestas a romperle las piernas al imbécil de turno y no dejábamos de sacar copas y bromear hasta que la afectada consiguiera sonreír.

CASCADA ÍNTIMA

90 KG

Ya había pasado más de año y medio desde que mi historia con Gabriel había terminado. Todavía pasaba minutos enteros recordándole aunque mi vida fuera ya, muy distinta. Me sentía muy cómoda en mi nuevo piso, un ático con grandísimas ventanas desde el que podía ver toda la ciudad, recién reformado y amueblado a mi gusto.

Me había convertido en una soltera complicada de satisfacer porque bueno...mi vida me gustaba, sabía cómo me gustaba el sexo y no iba a aceptar nada menos que lo tenía en mi mente. Lejos quedaron los tiempos en los que no exigía mis orgasmos o me conformaba con una par de empujones con ganas.

Conocía a gente, salía y me divertía. Tenía una vida plena en casi todos los sentidos, solía follar con algún amigo una vez al mes y esa era toda la atención masculina que necesitaba. Tenía miedo de implicarme sentimentalmente con alguien de nuevo, pero también echaba de menos sentirme querida por alguien. No se trataba de una necesidad, pero si me acordaba con nostalgia de las noches que pasé acurrucada en brazos ajenos.

Se iba acercando agosto y yo cada vez estaba más morena, más rubia y algo más delgada. Preparé mis maletas, cerré mi pisito de Barcelona y salí rumbo a Bilbao para pasar allí mis 3 semanas de vacaciones.

Me bajé del avión, vi a mi padre esperándome a lo lejos. No tardó ni 3 segundos en mirarme de arriba abajo buscando una pérdida de peso estratosférica en mí. Tampoco tardó mucho en demostrar su rotunda insatisfacción y el asco que le provocaba mi cuerpo de 90 kg. Esa conducta de mis padres siempre hizo que me sintiera como un trozo de mierda, como si por tener peso de más les estuviera decepcionando día tras día, mes tras mes y visita tras visita. Siempre he pensado que una persona que te quiere de una manera sana y verdadera no tiene la necesidad, ni se le ocurre tratarte así.

Cuando iba a Bilbao pasaba muy poco tiempo en casa de mis padres, para mí era muy toxico estar acompañada por dos personas cuyo único objetivo era hacerme sentir mal conmigo misma. A veces quiero creer que hacían que me sintiera asquerosa, para que así decidiera adelgazar. Esa era su estrategia, la continua increpación con comentarios muy dañinos acerca de mi físico y por tanto, mi valía como mujer (porque en el mundo de mis padres, una mujer sólo vale lo que vale su físico).

¿Qué es lo que conseguían? Que por ansiedad acudiera más frecuentemente a la comida basura.

Aquella noche, según llegué a casa, cogí mis cosas y quedé con unos amigos. Nos juntamos 7 amigos y cenamos en una pizzería, yo al lado de Jaime como siempre. Me gustaba mucho estar con Jaime, siempre había sido parte de un hogar en el que encontraba cariño y aceptación incondicional. Después de tantos años intentando encontrar el equilibrio adecuado para nosotros, Jaime y yo nos habíamos convertido en muy buenos amigos sin ninguna pretensión. No me había olvidado de cómo me tocó y no te voy a mentir, deseaba que volviera a hacerlo, pero no estaba dispuesta a desestabilizar nuestra amistad.

Una noche, en fiestas de Bilbao, Laura me dijo «Ojalá encontraras a alguien como Jaime, os lo pasáis muy bien juntos, os entendéis y sois felices cuando estáis juntos» No le faltaba razón. Yo misma había comparado mil veces la dinámica que tenía con Jaime con la que me ofrecían otras personas. Aquello me hizo pensar en todas las razones por las cuales siempre había pensado que Jaime era una mala idea.

Él había estado años intentándolo y yo por mi parte, siempre me había opuesto a tener una historia con él porque estaba ciegamente enamorada de Gabriel. Pero las cosas habían cambiado y por un momento me cuestioné «¿Por qué estoy cerrada a Jaime?» Era un tío maravilloso, sincero, muy buena persona y muy divertido, era mi mejor amigo, un hombre genial que valía muchísimo y yo le había metido en la friend zone de manera indefinida.

A Jaime le faltaba talento, sensibilidad, pelo y le sobraban muchos kilos. Las eternas mañanas cantando, los besos a cámara lenta, las canciones a medio susurrar o las miradas que te desnudan el alma, no valían tanto si lo comparabas con una persona fiel que siempre estaría ahí. Comencé a cuestionar el orden de mis prioridades.

Pasaron dos o tres horas desde aquella conversación y entonces vino Jaime con un par de amigos a pasar la noche con nosotras. Yo no dejaba de pensar en todo aquello mientras le miraba y me decía a mí misma «Si lo piensas, es el primero con el que te corriste, quizás eso quiera decir algo» Y mientras estaba con mi mirada perdida en sus palabras y en su risa, me miró, me guiñó un ojo y por un segundo su atención me hizo sentir viva.

«Jaime me meo mucho, acompáñame, tengo que hacer pis» Le susurré mientras le agarraba del brazo, me reía y daba saltitos. Él me agarró de la mano y empezamos a buscar algún lugar donde yo pudiera hacer pis. Había bebido más de 4 copas y el alcohol estaba empezando a hacer de las suyas. Encontramos un portal, él me dio la espalda, se quedó en la entrada del portal, yo me situé al final y me bajé los pantalones.

«Tío no puedo, sí sé que estás ahí no puedo hacer pis, me da vergüenza» Le dije a gritos

mientras me reía. Pasaban los minutos y yo era incapaz de mear hasta que «¡Joder! ¡Menudo chorrizo, parecen las cataratas del Niágara! ¡Dale fuerte que eres de Bilbao!» Me dijo Jaime entre carcajadas. Efectivamente, perdí la vergüenza y solté todo lo que tenía acumulado desde hace 7 horas.

No podíamos dejar de reírnos, estábamos borrachos y la situación era bastante cómica. Cuando terminé, intenté subirme los vaqueros, claro, tú piensa que mis vaqueros eran de una talla menor a la mía, hacía calor y tenía las piernas sudadas. Menudo show.

Jaime se dio la vuelta, me vio haciendo gestos raros mientras intentaba subirme los pantalones y empezó a reírse. Se acercó a mí, agarró la cinturilla de mi pantalón y me levantó 10 centímetros del suelo mientras me sacudía y oye, te sorprenderás, pero hizo que mis pantalones se quedaran donde debían estar.

Caminábamos de vuelta agarrados de la mano hasta que decidimos marcharnos a casa. Él me había ofrecido quedarme en su casa y yo estaba muy borracha como para conducir. Llegamos a su casa, nos descalzamos y nos tiramos boca arriba en la cama, los dos en ropa interior. No te haces idea del calor que hacía en aquella habitación, con el mínimo esfuerzo físico que hiciera, rompería a sudar.

Mis bragas tenían que oler a pis, porque por más que agites el culo, sí no te limpias después de mear, tus bragas olerán a pis. Esa es una evidencia empírica monumental y una guarrada como un templo.

Allí me encontraba yo: sudada, con unas bragas que olían a pis y en un estable pero curioso estado entre dormida y borracha. Entonces, se me ocurrió la mejor idea del universo: enrollarme con Jaime. Yo y mis maravillosas ideas, no sé cómo no tengo un Premio Nobel.

Abrí los ojos durante unos segundos, le miré de reojo y valoré las opciones. Saqué lateralmente la lengua y le puse la mano en la polla por encima del calzoncillo, permanecí inmóvil boca arriba esperando una reacción y ya te puedes imaginar cual fue.

Pasaron una sucesión de eventos entre los que recuerdo olor a langostino podrido, sexo de conejo, mucho sudor y ningún orgasmo. Nos quedamos dormidos.

No estaba funcionando, el sexo entre Jaime y yo no era algo que fuera a funcionar de manera fácil o sencilla. Era como si él no tuviera nada de experiencia y cometiera errores de adolescente con casi 30 años. Déjame que te diga lo siguiente: yo no estaba dispuesta a ser la profesora de nadie.

Al día siguiente, nos despertamos, comimos y me llevó a mi coche. Durante los próximos días quedé varias veces con Jaime, teníamos una actitud más cariñosa que de costumbre y más

contacto físico.

No me quedaban muchos días de vacaciones para estar en Bilbao pero aproveché para pasar mucho el tiempo con él. Comprobé varias veces, para poder tener una muestra representativa, que definitivamente era capaz de hacer que me corriera cada vez que me tocaba, y eso me hacía muy feliz.

Aquel orgasmo en Barcelona no había sido una estrella fugaz en el firmamento, era algo que él sabía hacer y créeme si te digo, que era mucho más de lo que me habían ofrecido muchos otros. Lo que tenía con Jaime no era algo que pudiera pasar por alto y no podía dejarlo morir solamente porque era nulo en la cama.

Jaime tenía muchas cosas especiales que iban más allá de una personalidad con carisma o un buen físico. Yo empecé a pensar que todas esas cosas tenían el suficiente peso como para poder dejar de lado todas las otras características que tanto me atraían de Gabriel. Jaime no tenía todas esas cosas que me hacían volverme loca por un hombre, pero tenía otras muchas que le convertían en una opción muy interesante a valorar como pareja o compañero.

Las noches eran geniales, nos metíamos en uno de nuestros coches y yo le pedía que me masturbara, lo cual, visto desde fuera podía parecer un poco egoísta. También recuerdo abrazos infinitos y muchos momentos en los que Jaime me hizo sentir en casa.

Recuerdo que, al principio, me ponía un poco nerviosa su manera de besar: tenía la boca caliente, la lengua muy gordita, me pasaba mucha saliva y cada vez que me besaba sentía que me iba a comer toda la cara. Hacía mucha presión contra mi cara y por momentos pensaba «Este tío me va a acabar absorbiendo» Pero poco a poco creo que eso se fue normalizando o puede que me acostumbrara, también es otra opción.

Me hubiera encantado estar abrazada a él las 24 horas del día, con una cama y su compañía hubiera sido la persona más feliz del universo. ¡Ah! y sin sexo por favor, sin sexo.

Se empezó a acercar la vuelta a Barcelona. Sentía frustración y liberación por partes iguales. Frustración porque me gustaba lo que estaba pasando y liberación porque no quería que aquella experiencia se sacara de contexto.

«Si tu vivieras aquí ¿No crees que podríamos estar juntos? ¿Tener una relación?» Me preguntó Jaime una noche. Siempre que Jaime hablaba de cosas importantes, se quedaba sin respiración durante 4 o 5 segundos, después tragaba saliva y me miraba fijamente como si rogara por su vida. No sé si lo hizo queriendo o no, pero despertó mi instinto maternal con tanta ternura.

«No lo sé Jaime, por ahora tú estás aquí y yo estoy allí» Le contesté mientras le acariciaba la cabeza. Yo estaba tumbada en el asiento del copiloto y él tenía su cabeza apoyada

sobre mi hombro izquierdo.

«Ya... pero y si...» Me empezó a decir cuando yo decidí interrumpirle «Creo que es mejor no pensar en eso ahora» Le dije. Muchas personas mantienen relaciones a distancia, pero no era algo que con Jaime pudiera funcionar, no era algo que deseara volver a vivir.

Me faltaban las cosquillas, la ilusión y el morbo sexual. Como amigos teníamos mucha confianza y teníamos establecidos ciertos comportamientos que restaban pasión. Jaime era muy gracioso, nos tirábamos pedos juntos, era torpe, infantil y muy cariñoso, pero a mí me hacía falta tener unas ganas locas de follármelo. Necesitaba verle como un hombre sexy e interesante y no como mi amigo gordito y adorable.

Yo me fui a Barcelona y él se quedó en Bilbao.

Volví a Barcelona muy ilusionada por todo lo que había vivido con Jaime, orgasmos de verdad, sin fingir y abrazos infinitos llenos de cariño.

Le conté todo a Nika «Nunca te había visto hablar así de ningún hombre» Me dijo con una sonrisa. No le faltaba razón, Jaime me hacía sentir cosas distintas, me aportaba tranquilidad y cariño. Aquellos días me trató como si fuera la chica más especial y preciosa del planeta y eso, para que engañarnos, también me caló.

Quizás todo lo que estaba pasando entre nosotros era algo que yo vivía de una manera más fría que él. Sentía ilusión y ganas de tenerle entre mis brazos, pero más allá de eso, pensaba que elegir a alguien como Jaime era lo que más sentido tenía.

Yo ya no pesaba 75 kg, no era el tipo de chica que podría volver loca a una persona como Gabriel y en mi cabeza, ese tipo de hombres estaban fuera de mi liga. Que un hombre honesto quisiera estar conmigo aunque físicamente o intelectualmente no me motivara demasiado, era cuanto menos un alago para una mujer a la que le sudaban hasta las lumbares.

ESTRÍAS Y CELULITIS

90 KG

En algún momento de mi existencia mientras vivía en Barcelona, me di cuenta y acepté el hecho de que es probable que nunca vuelva a estar delgada durante un periodo largo de tiempo

¿Y sabes qué? No me importa. La humanidad tiene una concepción terrible acerca de las personas con sobrepeso, parece que no merecemos vivir o disfrutar de la vida. Lo más triste, es que hasta yo misma he sentido que no tenía derecho a vivir, estaba gorda y eso era asqueroso, terrible y vomitivo.

Esto venía de casa, de mis propios padres, que aun “queriendo” (permíteme que ponga en duda el término) a su hija por encima de todo, a lo largo de toda mi existencia no escatimaron jamás en dedicarme miradas de intenso asco o comentarios hirientes acerca de mi peso. Lo entiendo, claro que sí, todos queremos tener un entorno perfecto y sano, ir por la calle y que confundan a tus amigas con el grupo de Victoria’s Secret. Puntualizo, esto último era ironía aunque en el caso de mis padres sería una realidad absoluta.

Las personas más bellas que he conocido a lo largo de mi vida no se han visto condicionadas por su físico y mucho menos se han visto condicionadas por el mío. No tengas ningún miedo a dejar en el camino a personas que te hacen sentir mal contigo mismo y se toman la libertad de criticarte o humillarte. Me costó mucho tiempo darme cuenta de que esas personas tenían que desaparecer de mi vida.

Cuando asumes y realmente te das cuenta de que no mereces ese trato, empiezas a comprender que te mereces rodearte de gente sana y debes permitir que gente positiva forme parte de tu vida. Hay muchas opciones, pero debes elegir a las personas que te aporten cosas positivas y dejar marchar a las que te hacen sentir mal. No tengas miedo de respetar tu libertad y tu bienestar, eres la única persona que realmente va a velar por estas dos cosas.

Desgraciadamente para mí, esas personas negativas que intentaban exhaustivamente hacerme sentir miserable conmigo misma eran parte de mi familia y no había manera de deshacerme de ellas.

«Yo ahora te miro y me das asco. En esta foto estabas normal» Me dijo mi padre durante una comida mientras me enseñaba una foto de cuando tenía 16 años. «Si estuvieras como esa chica yo me conformaba, no pido más» Me decía mi madre muchas veces cuando paseaba con ella.

Siempre habrá personas que viven para lo que parece ser, no para lo que es. Personas que piden a sus propias amigas, pareja o familia que baje de peso, que se pongan el pelo de una manera determinada o que vistan con cierta ropa. Yo elijo no ser así y elijo no rodearme de personas así.

Sé que no es fácil. Cuando hemos estado sometidos a maltrato psicológico durante tanto tiempo, no te planteas que las personas de tu entorno son malas para ti porque todo lo que hacen lo hacen “por tu bien” o “porque te quieren”. Pero créeme, cuando te alejes de este tipo de personas, empezarás a sentirte mejor, más válida, atractiva y poderosa.

Después de oscilar entre una talla 36 y una 52 ahora me encuentro en una cómoda y feliz 44. Me permite salir, disfrutar y sobre todo ser feliz. Aunque digamos que el peso no importa y que se llevan las chicas curvy, te diré que no he estado cómoda en mi cuerpo ni cuando tenía una talla 52 ni cuando tenía una 36.

Déjame ponerte en situación: mido casi 1.80 m y cuando he estado en una talla 36, no estaba sana. Ahora mismo no estoy en mi peso ideal, objetivamente hablando, pero yo me siento feliz, me siento sana y me siento sexy.

Créeme si te digo que no tengo absolutamente ningún problema para ligar y conocer gente. También te aseguro que aunque me sobren 15 kg, nadie de mi entorno me trata como una desvalida. Salvo mis padres claro, que me tratan como si tuviera que ir al programa: Mi vida con 300 kg.

Me ha costado años encontrar este balance entre mi mente y mi cuerpo, mirarme al espejo y no sentir pena por mí misma. Quiero bajar de peso, quiero tener mejor aspecto, pero eso no debe hacer que me sienta mal en el presente. No pienso sentirme miserable y tú tampoco deberías sentirte mal por una característica más de tu aspecto físico. La palabra gorda es sólo un adjetivo, al igual que bella, inteligente, testaruda o independiente. No le des un poder que no tiene, es sólo una palabra.

Desde mi humilde opinión, el enfoque que se le debe dar a una persona que desea bajar de peso es bastante distinto al que nos ofrece la sociedad. Este enfoque más realista lo he conocido gracias a Aintzane que ya en la primera consulta puntualizó «Tú ya eres muy guapa, pero vamos a ponerte más guapa aún»

Encontrar una rutina de alimentación saludable y equilibrada es más importante que ir viendo como el número de la báscula baja. Las mujeres estamos sometidas a una enorme presión respecto a nuestro aspecto físico.

Solía sentirme miserable por tener más vello del que se debe tener, por pesar más de lo

que se debe pesar, incluso por ser más alta que la media y llegó un punto en el que deseaba tanto parecerme a otras mujeres que empecé a odiar cada característica de mi físico.

Mi madre me llevó a un cirujano plástico cuando tenía 16 años (1.75 m y 68 kg) porque consideraba que mis muslos eran demasiado grandes. ¿Qué pasó? El cirujano la mandó a la mierda.

Pasé muchos años sintiendo que nada en mí, era como debía ser y por más esfuerzo que invertía en parecerme a la hija que mi madre se había imaginado, en mi cabeza seguía siendo un trozo de mierda que jamás podría ser nada en comparación a lo “debía ser”.

Estas son ideas, metas y ansiedades que se te instauran cuando eres pequeña y que quizás con una buena educación y un entorno adecuado, se puedan dejar de lado pero yo no tuve esa suerte. He tardado 30 años en sentirme cómoda en mi piel y si te paras a pensarlo, es bastante triste.

Aceptarse a uno mismo da paz, tranquilidad y confianza. Dejas de decepcionarte a ti mismo día tras día y pasas a convertirte en amigo de tus defectos y de tus virtudes. No sé tú, pero yo no pienso sacrificar esa paz mental por nadie y tú tampoco deberías.

No todo es de color de rosa y hay muchos momentos en los que esa paz o equilibrio tiemblan, en mi caso, mi salud mental pelagra cuando paso mucho tiempo con mis padres. Según ellos, debería pesar 30 kg menos, debería saber 3 idiomas más y debería ser la tía más simpática del universo. Una vez cumplidas esas exigencias volverían a intentar hacerme sentir mal conmigo misma porque en vez de 3 podría saber 4 idiomas.

Lo más irónico es que mi madre no tiene carrera, no sabe ningún idioma, no ha vivido en el extranjero ni ha tenido inquietudes profesionales o personales. Mi padre era gerente de una pyme, pero vamos, no estamos hablando de una gran empresa como para creerse en calidad de juzgar a nadie. Nadie está en calidad de juzgar a nadie, nunca.

De verdad, si puedes, ignora a este tipo de gente. A veces no se puede y si estás en la misma situación que yo, te mando un fuerte abrazo, porque sé lo mucho que has sufrido. ¿Mi consejo? Crea tu propia familia con personas positivas y constructivas para ti e ignora a las personas que no cumplan estos requisitos.

No dejes que nadie te haga sentir una persona sin valor, una decepción continua o una persona que provoca asco. ¡Que les den por culo con una barra de metal bien gordal!

NUTELLA A CUCHARADAS

100 KG

Jaime era la persona en la que más confiaba, nuestra conexión iba más allá de ser amigos, éramos familia.

«¿Puedo tocarte el ojete? Nunca he tocado uno» Me preguntó Jaime mientras estábamos tumbados en la cama boca abajo, a lo que le respondí «Si, pero no metas el dedo que me da asco». Me desabroché el pantalón y me lo dejé por las rodillas. Jaime me retiró las braguitas y metió su dedo índice entre mis nalgas.

«Aquí está, está arrugado ¡Ah! ¡Me ha mordido!» Me dijo entre risas mientras sacaba el dedo. «Te jodes te he dicho que no lo metas» Le contesté entre risas.

Siempre tuvimos momentos muy nuestros, momentos que nos definían a la perfección, momentos que se habían anclado en mi memoria como grandes tesoros. Sabía que por más que cambiara de ciudad, de vida o de círculo de amistades, Jaime era una persona que siempre querría conservar a mi lado.

No había conocido a ningún otro hombre que me pidiera que me echara pedos o que me chocara la mano después de eructar juntos. No sé cuantas veces a lo largo de nuestra amistad me había traído chocolate a la puerta de mi casa o cuantísimas veces había montado planes para que viviéramos las mejores aventuras.

No tenía palabras para definir lo que Jaime era para mí y después de nuestra corta aventura como amantes y su insistente e interminable interés, le invité a pasar 4 días en Barcelona.

Nuestro contacto había sido mucho más cercano y tenía muchas ganas de volver a verle, de darle un abrazo y de que me masturbara. Es verdad, nadie me había tocado tan bien como él, cada vez que metía la mano en mis bragas me corría una y otra vez. ¿Cómo no iba a ser eso un factor de peso a la hora de sumar ganas de verle?

Llevaba semanas haciéndome la misma afirmación a mí misma una y otra vez «Salir con mi mejor amigo sería una muy buena idea, sé que jamás va a hacerme daño y nos llevamos muy bien. Quizás el sexo no sea bueno pero eso se solucionará con el tiempo» Y ¿Sabes qué? Me lo acabé creyendo.

Un día antes de que Jaime llegara a Barcelona, fui a comprarme ropa interior sugerente e

hice una compra de comida generosa y poco sana que no nos duró ni 2 días. Esperé su llegada asomada a la ventana y cuando Jaime entró por la puerta le recibí con una camisa blanca de corte masculino y un body de encaje negro que dejaba muy poco a la imaginación.

Pasamos las 3 horas siguientes follando y masturbándonos mutuamente. De vez en cuando yo comentaba que una buena comida de coño sería motivo suficiente para quererle un poco más, pero por más que lanzaba el mensaje Jaime no parecía cazarlo.

Después de aquella noche lo vi aún más claro: era mi mejor amigo, sabía que jamás me engañaría, los dos queríamos lo mismo (una pareja estable, un hogar), podría comer lo que quisiera y la tripa no me dolería nunca más porque no necesitaría aguantarme ni un solo pedo. Dime, si esas no son razones importantes para elegir a una pareja ¿Cuáles lo son?

Pasamos unos días frenéticos entre sexo, boles de cereales con chocolate, pizzas, nutella y espaguetis. Aquellos días nos llevaron a vernos más fines de semana y antes de que me diera cuenta, Jaime y yo llevábamos viéndonos un año. Estábamos planeando mi mudanza a Bilbao, nuestro hogar allí e imaginando como sería nuestro futuro.

Podía darme cuenta de que había algo importante de lo que carecía nuestra relación: ilusión y enamoramiento. Quizás no por su parte, pero a mí me faltaba esa chispa, esa magia, ese factor que no puedes describir. Renunciar a aquella sensación es algo que no me costó mucho trabajo, cuando estaba con Jaime me lo pasaba en grande, nos divertíamos mucho y pude renunciar a toda esa fase previa de coqueteo y nerviosismo.

Eso sí, ¿Te puedes creer que tardó 3 meses en comerme el coño? 3 meses son muchos meses. Cuando empezamos a acostarnos, hablábamos de lo que nos gustaba en la cama y él nunca tuvo problema en afirmar «Las tías flipan, enserio, se me da muy bien» Después de todo ese hype va y me come el coño durante 10 segundos.

Poco me faltó para morir de pena cuando pasó. Estábamos en la cama, se deslizó hacia abajo y dentro de mí empecé a gritar: ¡Por fin! ¡Oh si papi! ¡Cómetelo todo!

Me lo empezó a comer, intuí que se le daba bien, sabía lo que hacía y dónde lo hacía. Sentí una felicidad plena, estaba abierta de piernas con su cara dentro de mí ¡Cuanta felicidad!

No habían pasado ni 10 segundos, se levantó, me agarró de la cintura para darme la vuelta y follarme. «¿Por qué has parado?» Le dije mientras le miraba sorprendida. «Maja, que te has corrido en mi boca» Me dijo mientras me sonreía. Yo no podía salir de mi asombro «Espera, que esté muy mojada no quiere decir que me haya corrido» Le dije mientras le miraba. «Lo sé, noto la diferencia» Me dijo.

¿Pero qué coño? Ya, notas la diferencia, permíteme que lo dude. Antes de decir algo y

poner en jaque su virilidad decidí callarme y dejarme follar. Por un momento pensé para mí «¿Me habré corrido y no me he enterado?» «A ver, que no te líes, que no te has corrido» Me contesté. Cuando te corres lo sabes, no hay lugar a dudas.

No dejaba de cuestionarme porqué si tanto le gustaba comer coño y tan bien se le daba, solo había dedicado 10 segundos al mío. Imagínate, se me empezaron a pasar mil cuestiones por la cabeza.

Evalué el olor de mi coño, el método de depilación y todo lo referente al asunto. Por un momento pensé «¿Será que al estar gordita es más difícil llegar al clítoris?» Yo sabía que mi coño estaba gordito, como yo, pero ese no era motivo suficiente como para no darle amor.

Comparaba mi coño con los coños del porno y claro que había una diferencia notable, pero oye, su polla tampoco era como las que yo veía en el porno y eso no significaba que tuviera que dejarle en el banquillo. Lo hablé con mis amigas y el tema sólo provocaba risas entre ellas, se reían de mi preocupación por el tema, pero seamos realistas: conocí el sexo oral y los orgasmos con 25 años ¿Te parece raro que para mí sea un asunto importante?

Cada vez que follábamos en mi cabeza retumbaban gritos «¡Cómeme el coño!» Me tocaba y lo hacía de maravilla, pero no tiene nada que ver una cosa con la otra. De poco me sirve que me encantés si después voy a pasarme 5 meses follando contigo y sólo me voy a correr 2 veces.

Pero dejemos de dramatizar porque conseguí salir de aquella espiral de desolación, martirio y oscuridad. Conseguí salir de la fase en la que no se comía coño y por fin lo hizo bien, con todas sus letras.

Habíamos follado durante más de 2 horas, él se había corrido varias veces y yo estaba desesperada por terminar, así que empecé a tocarme a mí misma. Di por hecho que él no haría nada para echarme una mano pero de repente sentí como me agarraba las piernas, miré hacia abajo y tenía su cara entre mis piernas.

No dejó de lamerme en ningún momento, parecía que se estaba enrollando con mi coño, metía la boca entera y deslizaba la lengua con fuerza encima del clítoris, me estaba volviendo loca. Cuando me corrí, hizo aún más fuerza con la cabeza, me apretó las caderas hacia su cara, como si quisiera comerse toda mi corrida, como si quisiera saborearlo todo. Yo me deshice entera.

Dejando de lado el sexo, te diré que me dolía el orgullo cuando pensaba en abandonar otra ciudad por un hombre. Pero ni Barcelona era París, ni Jaime era Gabriel. Tenía muy claro que mi llegada a Bilbao sería completamente distinta a mi llegada a Barcelona. Aunque pasé 4

meses sin trabajar intentando encontrar un trabajo que me motivara, pasé uno de los mejores veranos de mi vida.

Jaime y yo íbamos mucho a la playa, hacíamos rutas por la costa en moto y probábamos restaurantes nuevos. Conseguí adelgazar 10 kg a base de clases de spinning y me puse tan morena como rubia, me veía preciosa y tenía más fuerza que un huracán.

Solíamos pasar los fines de semana en casa de Jaime, donde yo le sometía a sesiones de sexo oral y masturbaciones a cambio de sesiones largas de penetración a cuatro patas.

Y entonces, un fin de semana pasó algo: Me folló el culo.

Vale, pensaba no comentar nada al respecto, pero lo haré: Me folló el culo. ¿A quién se le ocurre dejarse follar el culo después de haber comido indio? A mí señores, a mí porque soy una cerda sin remedio.

Fue una puta guarrada, tuve el culo abierto 24 horas. Los pedos que me salieron del culo después no tenían ni que hacer fuerza por salir. No me había tirado pedos así ni cuando apostaba cenas con Jaime a ver quién se tiraba el pedo más salvaje.

Llegué a pensar «Si me tiro un pedo ¿Saldrá mierda vaporizada?» Como un ambientador letal, mi culo se convirtió por unas horas en un arma de destrucción masiva, es más, Hitler podría haberse suministrado del gas que emiten las mujeres recién folladas por el culo. Da igual el control que tengas sobre tu ano porque si te lo follan, ya te puedes olvidar de mantener los pedos a raya. Se escapan como ninjas furtivos para joderte la feminidad y la dignidad. De verdad, tenía un campo de concentración en el culo.

Que sí, que el sexo no se hizo para que fuera limpio, el sexo es cerdo, y a mí me gusta cerdo, pero hablar de mierda ya es otro nivel. Hablar de pedos o comerte pedos ajenos no es menos cochino, el pedo no es más que el estornudo de la mierda y en el mejor de los casos, su suspiro.

Más allá de esta puntualización, Jaime y yo hacíamos un equipo genial, disfrutábamos mucho el uno del otro. Encontré trabajo y por consecuencia directa decidimos mudarnos juntos.

Estábamos a finales de septiembre cuando conocí a Enzo, mi jefe. Empecé con muchas ganas y con muchos retos por delante, quería ser mejor que nadie, quería demostrar todo lo que valía. En el trabajo pronto empezaron a reconocer mi labor y fueron dándome más y más responsabilidad. Aquello no sólo mejoró mi situación económica, si no que me permitió crecer profesional e intelectualmente.

Empecé a llegar tarde a casa, cada vez tenía más responsabilidad sobre mis hombros y a Jaime no parecía gustarle la situación: ni los viajes, ni las cenas, ni las reuniones. Empecé a

venirme arriba, tenía 26 años, 15 personas a mi cargo y un puesto ejecutivo de responsabilidad del que estaba muy orgullosa.

Tenía dinero, acceso a personas muy interesantes y creo que Jaime empezó a hacerse cada vez más pequeño. Aquello repercutió directa y brutalmente en nuestra relación.

Nuestra situación era caótica, desayunábamos tortitas con nutella y cenábamos pizza, cogí mucho peso y aquello hizo una profunda herida en mi autoestima. No me reconocía en el espejo, miraba mis grandes estrías de la cadera y pensaba «¿En qué me estoy convirtiendo?»

Comenzamos a tener una relación muy tóxica con un claro e inquebrantable patrón: yo estaba permanentemente enfadada con Jaime por no ayudarme en ninguna tarea del hogar, por verme muy gorda y sola. Él estallaba contra mí semanalmente con faltas de respeto, insultos, golpes y drama.

Lo había tenido todo para ser feliz, todo aquello que una vez soñé tener pero esa felicidad se estaba escapando entre mis dedos como fina arena. El odio comenzó a crecer entre nosotros, entre dos personas que llevaban siendo mejores amigos desde hace más de 10 años.

Yo le atacaba por tratarme como a su madre, como a una esclava y el arremetía contra mí con insultos acerca de mi físico o se burlaba de mis éxitos profesionales. Nos conocíamos muy bien y cuando queríamos hacernos daño, tocábamos los botones que sabíamos que nos harían sufrir.

Estaba perdiendo todo aquello con lo que había soñado, estaba perdiendo a mi mejor amigo y a mi hermano. Comencé a aislarme, a regocijarme en mi sobrepeso y mis complejos, no me sentía merecedora de nada y tras pasar largos minutos frente al espejo comencé a entender todas las razones por las cuales Jaime era tan duro e hiriente conmigo.

No veía nada de lo que sentirme orgullosa, ni todas las recompensas laborales conseguían que me sintiera una persona válida. Sólo tenía que ver la expresión en la cara de mis padres cada vez que me miraban los muslos para darme cuenta de que era un ser humano que provocaba asco.

Cuando pasaba unos días fuera o sola, comenzaba a sentirme mejor, recuperaba fragmentos de mí esencia y podía volver a ese estado mental que tan fuerte me hizo en el pasado. Me había costado mucho tiempo entender que mi valor como persona, como mujer, iba más allá de lo que me dijera la báscula. Pero cada vez que volvía a casa o cada vez que Jaime se enfadaba conmigo yo volvía a venirme abajo hasta que, discusión tras discusión y conflicto tras conflicto perdí cualquier esperanza de poder reunir algo de autoestima.

«El primer año de convivencia es muy duro, tienes que relativizar» Solía decirme Nika.

Lo entendía, pero la Eyre que siempre había sido estaba desapareciendo, no me quedaba talento, ni sex appeal o carácter. Me encantaba comer lo que me diera la gana y también me encantaba no preocuparme de mi físico, al igual que me fue muy fácil volverme tan dependiente de Jaime, pero toda esa comodidad no era más que una clara señal de que las cosas no iban bien.

Cuanto peor me sentía más dependiente me volvía y cuanto más dependiente me volvía peor me sentía. ¿Dónde estaba aquella Eyre que tan orgullosa se sentía de sus caderas y muslos?

Supongo que sentirse sexy con un sobrepeso razonable no es tan complicado, pero cuando pierdes el control de tu ansiedad y de tu amor propio, el sentirse digamos no es tan sencillo. Mi situación era complicada, no tenía amigas con las que salir, sólo tenía a Jaime, una persona con la que no deseaba compartir tiempo. Por más que me doliera reconocerlo, estaba empezando a cogerle mucha manía.

Aprovechaba desesperadamente cualquier atención masculina para poder nutrir mi autoestima y así, mediante redes sociales o en eventos de trabajo, cualquier interés hacia mi persona fuera de lugar, poco profesional e incluso irrespetuoso me hacía sentir viva. Cedí ante ciertos cumplidos o atenciones y no puse el freno cuando debía, pero entiéndeme, no me quedaba mucho más.

NO ME ARREPIENTO

135 KG

“Él era puro julio, cada vez que nuestras manos se unían, inundábamos la habitación con nuestra inevitable tormenta de verano. Esas tormentas en las que pierdes el control, en las que te expones a la lluvia que cae, sales a las estrechas calles de París y deseas inundarte de cada sensación. Sabes que puedes resbalarte y que probablemente enfermes cuando la tormenta cese, pero te da igual porque lo único que puedes hacer es mantener las palmas de las manos abiertas y sentir cada gota que cae sobre ti. Aún puedo sentirle entrando en nuestro apartamento de París, memoricé las notas que cantaba nuestra vieja y descolorida madera, cada crujido bajo sus botas de ante azul marino. Aún puedo cantar el sonido de su cinturón al caer sobre nuestro sofá de cuero.

Recuerdo aquella noche en la que adoptamos a Joseph, nuestro sofá, lo encontré debajo de nuestro portal una noche. «No te lo vas a creer princesa ¡Tenemos que bajar ahora mismo!» Me gritó aún asomado a nuestra única ventana, corrió hacia mí, me agarró de la mano, abrió la puerta y sin desearlo me vi bajando los cuatro pisos de nuestro edificio en calcetines, una camiseta de los ramones y unas bragas de lunares. «¡Estás loco! Estoy en bragas» Le decía una y otra vez. Él seguía corriendo escaleras abajo mientras sujetaba mi mano con fuerza. Y allí nos encontramos, subiendo un sofá de piel viejo a pulso durante 4 pisos. «Bien... es importante que ahora sepamos donde ponerlo» Me dijo con media sonrisa. Claro que era importante, pero él buscó la manera de quedarse con aquel sofá. Siempre fue experto en sacar lo mejor de cada idea, lo mejor de cada color y lo mejor de cada beso.

Odiaba aquel sofá con todas mis fuerzas pero cogió su olor, su ropa siempre dormía en aquel maldito sofá y cuando él no estaba era yo la que dormía en él con la cabeza apoyada en la parte del respaldo que olía a su perfume. Aún puedo ver a lo lejos cada una de las escenas que vivimos en él, las copas de vino malo, las camisetas cutres, los calcetines hasta la rodilla, las canciones que detenían el tiempo, los momentos en los que parecía mirarle a cámara lenta mientras analizaba cada uno de sus mechones de pelo rubio resbalándose de sus orejas, pero sobre todo recuerdo los sueños. Nuestros infinitos, pero simples sueños de crecer, hacernos ricos y poder vivir de nuestros sentimientos, jamás le dije que no pasaría, quizás él también lo supiera. Yo sería una escritora de éxito con un pequeño pero céntrico apartamento en Nueva York mientras y él haría películas en Europa. Gabriel volvería a mí siempre, con los pantalones al hombro y yo le recibiría siempre con un abrazo, el característico olor a café que siempre

guardaba nuestro apartamento y no pasaríamos ni una noche sin hacer el amor. Nuestros sueños estaban hechos a guitarra y nuestros recuerdos a violín y eso me gustaba porque por más inviernos que pasáramos, siempre volveríamos a julio.»

«¿Qué escribes Eyre?» Me preguntó Jaime. Él no debía saberlo, nunca le dije que yo ya estaba enamorada, hicimos como si Gabriel nunca hubiera sucedido, como si pudiera enamorarme de él o como si lo estuviera. Podía soportar la rutina y la falta de magia, Jaime no me partirá el corazón y ya no me quedaba corazón que compartir porque lo había entregado hace años. No le conté que poco antes de marcharme de Barcelona, Gabriel me sorprendió en el portal de mi edificio con un ramo de peonías, una americana de terciopelo granate, unos vaqueros muy ajustados y sus zapatos italianos.

Nunca le conté todas las veces que le había elegido a él, permití que se inundara cada vez que Gabriel llamaba, permití que soñara con mi pasado, permití que no se sintiera el único hombre de mi universo.

Un día cualquiera, estaba llegando a mi portal, no veía con claridad pero supe que era Gabriel desde metros atrás. Su look de bohemio mal criado y su larga y ondulada melena rubia le delataron.

Voló desde Berlín para poder soñar juntos y antes de que pudiera saludarle, me miró con sus intensos ojos azules y me cantó «Your body is a wonderland Eyre, he venido a por ti» Pasamos la noche entera paseando por la parte vieja de Barcelona mientras nos acercábamos a la estación que le llevaría a su próximo destino. El pasaba su brazo por encima de mis hombros mientras yo intentaba evitar el contacto físico y corría hacia delante. Le cantaba el comienzo de alguna canción, él se reía y comenzaba a cantar para mí. Nos recuerdo sentados en el bordillo de una acera con una botella de vino y llorando de la risa, él me retiraba el pelo de la cara mirándome a los ojos y yo le decía riéndome «Me conozco todas tus artimañas y no harán efecto conmigo»

El amanecer nos pilló en la parada de tren que le llevaría al aeropuerto. Solo pasamos 20 horas juntos y a 2 horas de que tuviera que marcharse, me agarró de las manos y me pidió que le escuchara «No puedo tener esto con nadie más, es imposible tener esto con alguien que no seas tú» Me dijo pausadamente. Me contó muchas cosas, se abrió a mí de una manera que me emocionó, lloró 3 veces y me explicó que necesitaba crecer, que no podía seguir intentando construir un sueño que no se iba a cumplir.

«La he cagado mil veces, pero si me aceptas, volveré a Barcelona, tendré un trabajo normal como el resto de las personas y nos querremos hasta que nos hagamos viejitos» Me dijo. Se me partió el corazón cuando le oí renunciar a su sueño, el futuro que había dibujado desde

que tenía 4 años se estaba viniendo abajo. Quizás él no sufría aún, pero yo, aquella noche, empecé a sufrir por él.

«Gabriel... yo estoy con Jaime, le quiero, no puedes hacerme esto, no puedes aparecer después de tanto tiempo y olvidar que me rompiste el corazón, me hiciste abandonar París» Le dije mientras bajaba la cabeza e intentaba que la voz no me temblara.

Quizás una pequeña parte de mí se muriera de ganas por aceptarle y volver a vivir 2 o 3 años en nuestra burbuja donde no existía el bien o el mal. La gran parte de mí no quería vivir en un mundo en el que no existiera un Gabriel tal y cómo yo lo conocía. No quería perder lo que él era para mí, pero sobre todo, no quería perder o modificar el recuerdo de lo que habíamos sido juntos.

Teníamos años de relación a nuestras espaldas y por más momentos únicos que guardara en mi memoria había algo que jamás podría pasar por alto: nunca había caído tan fuerte como caí cuando Gabriel se fue. Aquel noviembre de 2013, cuando volvimos de nuestra pequeña excursión a París, nuestra historia terminó para mí. Pasé meses de aislamiento, meses en los que lo único que podía hacer era bajar las persianas de mi apartamento y llorarle durante días. Le lloré en silencio durante más de un año y a pleno pulmón durante muchas semanas.

Le miré a los ojos, le volví a coger la mano y por una décima de segundo me sentí en la obligación de decidir. Pasaron ante mí un millón de recuerdos que Gabriel y yo habíamos construido, pero luego recordé todos los momentos en los que Jaime me había secado las lágrimas, sus abrazos y todas las veces que él sí había estado a mi lado. Entonces supe que estaba en el camino correcto. Yo deseaba y necesitaba la seguridad que Jaime me ofrecía, las cenas, las pelis y los planes de lo que Gabriel llamaba: gente aburrída.

Jaime no me ponía nerviosa, no me podía perder en sus ojos, no me moría por ver su ropa tirada en el suelo de mi apartamento ni me inspiraba a escribir, tocar o pintar pero era mi mejor amigo. Siempre habíamos sido sinceros el uno con el otro y sabía que si lo nuestro no funcionaba, quizás mis ilusiones se harían pedazos pero no se me volvería a romper el corazón.

«No puedo Gabriel, siempre seremos especiales el uno para el otro, pero no podemos volver al pasado» Le dije con mirada entristecida. Entonces vi como Gabriel se alejaba de mí, oía el cada vez más lejano taconeo de sus zapatos y antes de girar hacia la izquierda y desaparecer, se giró, me miró, imitó un saludo militar y me guiñó un ojo.

Cuando le perdí de vista algo en mí me dijo que no volveríamos a ser los mimos nunca más, que no volveríamos a reírnos con el alma y que no volveríamos a mirarnos como si esperáramos otro julio. Sí, algo dentro de mí murió con su partida.

De camino a casa le escribí a Jaime «Te quiero, no te vayas nunca»

Nunca le conté nada de aquellas 20 horas con Gabriel, nunca le conté que aquella mañana volví a elegirle a él. Viví alimentándome del recuerdo de tiempos en los que un hombre podía volverme loca, tiempos en los que una guitarra podía hacerme sonreír y hacerme sentir viva.

¿Abrirme y enamorarme de nuevo? No digas tonterías, si fuera eso lo que deseaba no hubiera empezado una relación con Jaime. No podía exponerme a soñar tan a lo grande, me conformaba con lo que tenía y pensaba para mí «Soy muy afortunada por poder compartir mi vida con una persona sencilla que me ofrece estabilidad y tranquilidad»

Nunca me arrepentí de la decisión que tomé aquel día en la estación de Barcelona. A Jaime y a mí nos gustaba sentarnos en el sofá y comer, pero cuando quería que me oyera tocar o que me leyera, él me decía «Luego» Y ese luego se convertía en «Nunca»

Coloqué en nuestra casa 4 cuadros pintados por mí, cuadros que fue rompiendo uno a uno, discusión tras discusión. No podía evitar echarme las manos a la cabeza cada vez que le veía sangrar después de cada golpe, pero nunca me arrepentí de la decisión que tomé aquel día en la estación de Barcelona

¿Y si enamorarse no es tan malo? ¿Y si los finales no son tan malos? Una vez alguien me dijo «No te culpes por ser humano, todos lo somos» ¿Y sabes qué? 6 años después de aquella decisión en la estación de tren de Barcelona, sé que tome la decisión correcta.

Pasé mucho tiempo sabiendo que no me quería volver a enamorar, sintiéndome incapaz de arriesgarme y jugarle el corazón de nuevo. Aquella decisión me permitió recuperar a Gabriel, un viejo amigo que un día me rompió el corazón y me dio la oportunidad de cerrar muchas heridas de la mano de Jaime, un amigo al que yo un día rompí el corazón no pudiendo quererle como él deseaba.

VOLVER A EMPEZAR

115 KG

Llevaba dos años viviendo en Bilbao cuando todo saltó por los aires.

Había dejado toda mi vida en Barcelona y lo único que me retenía en Bilbao era Jaime. Vivía constantemente con la mirada puesta en el pasado y aunque nunca se lo dijera, no podía dejar de culparle por el hecho de no tener vida social o haber cogido tanto peso.

Nunca he sido una persona demasiado social o abierta, mantengo las mismas amistades durante años, me cuesta mucho esfuerzo abrirme a nuevas personas y desde que volví a Bilbao con el objetivo de invertir en mi relación con Jaime, no había conocido a demasiada gente.

Estaba muy centrada en mi trabajo porque era lo único que tenía más allá de Jaime y créeme si te digo que mi trabajo me hacía feliz, pero no era suficiente para tener una vida completa. Sentía constantemente angustia, ansiedad y malestar, como si estuviera enfadada con el mundo, era terriblemente infeliz y era tan cobarde que toda esa infelicidad se la achacé a Jaime.

Cuando Jaime se fue de casa recuperé muchas cosas que había perdido. Con el tiempo pude entender que si perdí muchas cosas, no fue por su culpa, si no por asignarle un papel protagonista en mi vida, cuando la única protagonista debería haber sido yo. Si es cierto que durante nuestra relación desarrolló un don especial para hacerme sentir menos válida de lo que yo me concebía a mí misma. Pero ahora entiendo, que sentirme bien, preocuparme de mi bienestar y de tener una vida plena era algo que me concernía únicamente a mí y empecé a asumir el 100% de esa responsabilidad.

Empecé a recordar todo aquello que Nika y Cara me habían contado de maneras distintas, de cómo debía tratarme a mí misma. Fui sacando de mi vida todos los detalles o comportamientos que me hacían sentirme mal conmigo misma y que había ido adquiriendo durante mi convivencia con Jaime.

El malestar por la marcha de Jaime me acompañó bastante tiempo pero prescindir de comentarios hirientes a cerca de mi persona, mi físico o mi peso me permitió crecer en autoestima, en el trabajo y en mi ámbito social.

Me convertí en una mejor versión de mí misma cuando él se fue. Todos esos comportamientos despreciables que Jaime tenía conmigo los había ido adquiriendo como rutina,

como si fuera algo que yo mereciese. Había cogido mucho peso, ya no era la Eyre que salía y vivía, era una versión apagada, gorda, fofa y marchita de lo que siempre había sido y en parte creía que me merecía todo aquello: los golpes, los insultos o los desprecios.

Aquellas sensaciones desaparecieron con la marcha de Jaime y empecé a darme cuenta de que no necesitaba que nadie me afeitara el coño, yo solita llegaba a todos los recovecos, no necesitaba que nadie me calzara, yo podía agacharme y hacerlo. No necesitaba una losa de 140 kg encima de mí si quería follar y mucho menos necesitaba cenar pizza todas las noches.

Todo lo malo se fue desvaneciendo con el paso de las semanas y volví a centrarme en mí misma. Analicé mi vida en aquel momento y me puse objetivos a corto plazo para poder tener una vida que me gustara: quería tener amigos, quería salir, quería viajar y quería tener una vida sin drama.

Comencé a perder peso, empecé a tomar el sol, me hice mechas e hice todo lo posible por recuperar lo que siempre había sido. Volvía a tener ganas de cantar, de escribir o de bailar.

Mis amigas de la infancia tenían sus vidas hechas, algunas estaban en Madrid o Barcelona y el resto estaban casadas o cuidando de sus hijos.

Me costaba entender cómo había llegado a una situación en la que apenas tenía ganas de vivir. El interior de mi cuerpo estaba lleno de heridas y el exterior, aunque se estaba recuperando se sentía gordo, y cansado. Muchas noches me dormía pensando «Si me muriese ahora nadie me echaría de menos, el mundo no se perdería nada»

En la casa de mis padres, cuando una persona joven moría, podía escuchar a mi madre decir «Qué pena, con lo guapa que era y el cuerpo más bonito que tenía» Bueno, por esa regla de tres, mi muerte no hubiera causado pena.

Lo más triste y deprimente es que aunque realmente no lo pensaba, creía que no me merecía que me pasara nada bueno, porque estaba muy gorda y parece ser que las gordas no nos merecemos que nos pasen cosas buenas.

Después de dos meses de soledad, de tomar el sol largas horas y perder algunos kilos, me registré en una web para buscar amigos en Bilbao y entonces conocí a Alana.

Una cosa llevó a la otra y acabé en un chat donde se proponían planes o actividades en Bilbao. Allí comencé a hablar con Alana, una chica de mi edad que vivía a 5 minutos de mi casa. Comenzamos a hablar y un sábado decidimos quedar para conocernos.

Te va a parecer mentira, pero estaba muy nerviosa, tenía miedo de que su primera impresión fuera mala. Tenía miedo de que me viera como una gordita estúpida y al igual que mi madre, pensara que no merecía vivir. Estaba muy nerviosa y aunque no quise tener altas

expectativas, me puse uno de mis mejores vestidos de flores y salí de casa con el pelo mojado con la absurda lógica de que así, el calor de agosto no me haría sudar.

No funcionó. ¿A alguien más le suda el bigote cuando hace calor? Me parece horrible, no me importa que me suden las axilas pero el bigote no tío.

Me acerqué caminando y vi a Alana a lo lejos dentro de su coche, tenía un coche viejito color azul cielo, me acerqué a ella, monté en su coche y fuimos a un bar.

Tenía vergüenza de que me mirara, me sentía fea, gorda y poco merecedora de amistades o de cualquier cosa buena. Ella parecía estar cómoda, llegamos al bar y tuve que confesarle un pequeño detalle. «No te enfades, pero he estado mirando tus redes sociales por si eras un violador psicópata y he visto que eres amiga de Gabriel» Le dije mientras esperaba una reacción por su parte. Ella se rió y comenzamos a hablar de Gabriel mientras nos sentábamos dentro del bar.

Nos pasamos un buen rato hablando de muchas cosas, empecé a sentirme muy cómoda a su lado y yo misma me sorprendí de que ocurriera en tan poco tiempo. Al de unas horas cambiamos de bar y seguimos hablando de las vidas que habíamos tenido, de lo que esperábamos de nuestro futuro y cuanto más me contaba más podía ver que era una persona con un corazón enorme, genuinamente buena y sincera.

Muchos años atrás me había construido una imagen poco justa del género femenino y de las amistades femeninas en general. A lo largo de mi infancia viví muchas peleas de chicas, envidias, dramas y problemas y eso era algo de lo que siempre había querido estar alejada. No me interesaban ese tipo de personas por lo que cuando conocía amigas nuevas solía tener la guardia levantada hasta asegurarme de que eran personas sanas.

Enseguida me di cuenta de Alana era una persona que iba a merecer la pena mantener cerca. Le sobraban algunos kilos como a mí y era una mujer espectacularmente bella: pelo negro liso, unos ojos oscuros y grandes que cada vez que se sorprendía le ocupan un importante porcentaje de la cara. Era como una versión sexy de Blancanieves pero con labios gorditos. Orgullosa maquilladora de Dior por aquellos tiempos y entusiasta de la vida en general.

Le gustaba el chocolate tanto como a mí, pasamos gran parte del verano juntas, andando por el monte, bailando en fiestas de algún pueblo y puntualmente en la playa. Conocimos a más amigas y pasamos un verano increíble.

Desde que ella llegó empecé a convertirme en una persona distinta, empecé a recuperar cosas muy mías que había perdido durante la relación con Jaime. Recuperé las ganas de experimentar, de conocer, empecé a valorar mi físico, volví a tener ganas de maquillarme y volví

a tener ganas de salir de fiesta o de bailar.

Alana era una persona con mucha ilusión por incluso las cosas más cotidianas, tenía los sentimientos a flor de piel y unas ganas contagiosas de reír. Vivía cada día como si mañana no fuéramos a estar en este mundo y me contagió de alegría, de entusiasmo y de adrenalina. Sin ella saberlo o buscarlo, me dio la mano y me ayudó a salir del agujero tan negro en el que me había sumergido.

Pasábamos horas hablando de cualquier chorrada en algún bar y algunas veces conseguía engañarla para que tomara el sol conmigo pero las sesiones de playa nunca duraban demasiado. Tampoco me importaba, porque fuéramos donde fuéramos siempre acabábamos llorando de la risa.

Alana era una persona de verdad, sin gilipolleces y a mí me tenía el corazón ganado. Aquel verano con Alana me cambió mi vida.

Nika vino a pasar las fiestas de Bilbao conmigo y pude empezar a disfrutar de la sensación de tener una vida que volvía a gustarme. Seguía teniendo peso de más, no te voy a engañar, había perdido 15 kg, pero me sobraban otros tantos y aunque esos kilos remanentes estaban ahí, sentados en mis caderas, me di cuenta de que cuando salíamos, los hombres se fijaban en mí.

Si mi intención hubiera sido follar todas las noches o conocer a hombres, mi físico no habría sido una barrera tan grande, créeme.

«Yo quiero una novia que sea atractiva» «¿Cuándo vas a operarte las tetas?» «Mira, como esa chica me gustaría que fueras tu» Todas aquellas frases de Jaime seguían retumbando en mi cabeza, pero me compré dos sujetadores push-up, un par de vestidos con escote y decidí vivir la vida. Me reí de todos aquellos recuerdos cuando mis días se llenaron de citas y los de Jaime se llenaron de helado y lágrimas.

QUÉ SE YO

115 KG

Me sentía bien, me sentía guapa con mi pelo rubio alborotado, mi piel morena y mi camisa negra con escote.

Estábamos bailando, había mucha gente y sentía ese constante sudor que no se convierte en sudor preocupante pero que te hace estar siempre pegajosa. De vez en cuando se podía ver parte de mi sujetador, pero me daba igual. Después de tanto tiempo sintiéndome una mierda, había decidido que aquella era mi noche, no podía detenerme en los pensamientos negativos ni por un solo segundo más. Tenía a Nika mí lado y aunque hacía pocos meses que conocía a Alana, la sentía parte de mi pequeña familia y me alegraba poder compartir aquellos días con dos personas tan significativas para mí.

Conocíamos a un grupo de chicos y luego conocíamos a otro, nos reíamos y nos marchábamos de nuevo, siempre con una copa en la mano y un maquillaje intacto. Cuando la noche acabó, subíamos por una calle en dirección a mi coche cuando Alana mira a su izquierda, me da un codazo y entonces veo a dos hombres de unos 35 años, de aproximadamente 1.90 m de altura con cuerpo atlético, con barba oscura, piel bronceada y ojos claros. Parecían hermanos, parecían modelos, vikingos modernos, parecían putos dioses.

Ni en un millón de años hubiera pensado en acercarme a hombres tan atractivos ¿Pero sabes qué? Yo aquella noche también era una diosa. Me di la vuelta, dejé que Nika y Alana siguieran hacia delante y yo fui de cabeza a hablar con ellos.

«Hola chicos ¿Qué tal? Soy Eyre» Les dije con una amplia sonrisa. Por un momento pensé «Tío, estoy loca, que vergüenza» Pero la vergüenza me duró poco tiempo y ellos me incluyeron en su conversación de una manera natural. Veía a Nika y a Alana en segundo plano, acercándose lentamente sin saber muy bien qué hacer.

Uno de ellos empezó a agarrarme de la cintura, a decirme que era preciosa y mientras hablábamos metió su mano en el bolsillo trasero de mi pantalón. Entonces fue cuando, con la mano les dije a Nika y a Alana que se aproximaran. «Mi amiga Alana se ha quedado fascinada, hacía tiempo que no veíamos hombres de verdad por aquí» Les dije mientras sonreía.

«Escucha, pero vos sos igual de preciosa» Me dijo uno de ellos. Ese acento argentino sumaba más morbo a la situación. Comenzamos a hablar los 5 sobre Argentina, España y los motivos por los cuales aquellos dos dioses estaban en Bilbao. Yo les miraba y pensaba para mí

«Creo que son los hombres más guapos que he visto en toda mi vida»

Decidí apartarme del grupo con uno de ellos cuando me empezó a besar. Por un momento despegué mi cara de la suya y vi que a Alana le estaba besando el modelo número 2. No quise alargar mucho la situación porque Nika estaba mirando el móvil intentando retirar la mirada.

Aquellos hombres nos dijeron que tenían el hotel cerca y que irían a las habitaciones después de desayunar, eran las 6 de la mañana. «Chicas ¿Vienen a desayunar y luego nos quedamos otro ratito?» Nos preguntaron. La invitación era obvia, ellos estaban en un hotel y nosotras no nos podíamos creer que aquellas maravillas de la naturaleza se hubieran fijado en nosotras.

«No que va, nos vamos a casa» Acordamos entre las tres. Estábamos muy cansadas y una vez que habíamos demostrado que podíamos gustar a hombres como aquellos, decidimos marcharnos.

Caminábamos las tres en dirección a mi coche hasta que llegamos y me senté en el asiento de piloto. «¿Pero qué coño estamos haciendo? ¿Por qué no nos hemos quedado? ¡Pero si no sabemos ni cómo se llaman ni tenemos sus teléfonos!» Les grité. Las tres empezamos a reírnos.

«Somos estúpidas» Dijo Alana mientras suspiraba y se echaba la mano a la frente entre risas

«Bueno... qué sé yo» Les dije con acento argentino y entonces arranqué el coche.

CHICAGO

110 KG

Era algo que veía venir, no sabía si lo deseaba pero al menos me despertaba mucha curiosidad. Cada vez que él entraba en la oficina me alteraba, no debía mirarle, pero me moría por fijarme: ¿Qué se habrá puesto hoy? ¿De qué humor estará hoy? ¿Cómo debe ser meter los dedos entre su pelo?

Todo ese nerviosismo fue desapareciendo con el tiempo, el trato a diario y la confianza. Él empezó a delegarme trabajo, a darme más responsabilidad y por más que tuviera que soportar sus ataques, depresiones, euforias o distintos cambios de humor, siempre hubo algo que me resultaba increíblemente atractivo. Enzo era un hombre de grandes talentos y siempre he creído que un gran talento solo es la consecuencia directa de una gran inteligencia. Bueno, supongo que de ahí venía también su gran sentido del humor.

Seamos realistas, yo era su empleada. Una chica comprometida con su trabajo que siempre había mirado por la empresa, pero una empleada a fin de cuentas y por más curiosidad que me despertara, eso es lo que era, curiosidad.

Si vamos a sincerarnos, te diré que quizás había algo de obsesión, pero seamos justos con mi persona, tenía un jefe muy atractivo, brillante y joven que además de valorarme laboralmente no dejaba de hacerme cumplidos y si aún no me conoces te diré que soy muy fácil de deslumbrar.

Mis inevitables inseguridades acerca de mi físico y el hecho de que llevara 3 años en una relación en la que los pedos en pleno acto sexual eran parte de la rutina diaria, amplificaban el calado de todos los cumplidos que Enzo me dedicaba.

Cuanto más me adulaba mejor me hacía sentir, era algo parecido a ingerir una dosis de autoestima. Cuando no lo recibía me preguntaba «¿Pasa algo? Quizás hoy no le gusta la ropa que llevo» Y así me fui haciendo adicta a su atención, a su talento, a él.

«Que bien le sentaría tu pelo a mi almohada» o «No tienes porque fingir que no te gustaría que te sentara encima de la mesa de mi despacho» Eran frases que un jefe no debería dedicar a su empleada, pero que en nuestro caso, hacía que la tensión sexual reventara los límites. Cuando asistíamos a fiestas de la empresa su actitud siempre era la misma: tratarme como su único foco de atención. Entonces llegó el fracaso de mi relación con Jaime y esa distancia comenzó a hacerse cada vez más pequeña hasta que llegamos a un punto en el que

quedábamos de vez en cuando para cenar juntos.

Siempre pusimos un mínimo de distancia, teníamos una dinámica de simples pero en mi cabeza barajaba continuamente otras opciones: «Bueno ¿Y qué? Los dos queremos follar» «No te dejes llevar, no arriesgues tu puesto» «¡Fóllatelo joder!»

Este tío estaba acostumbrado a estar con modelos, con mujeres despampanantes, el tipo de mujeres que lleva lencería fina, que se hace la manicura y va a la peluquería. Seamos claros y francos: yo no soy ese estilo de mujer.

«Si me pusiera encima para follarle seguramente me tendría que quitar el sujetador y no quiero saber cuál sería su reacción si se encontrara dos tetas de una copa D sin operar» Me decía a mí misma para intentar convencerme de que follármelo era una mala idea. Apenas llegaba a afeitarme los pelos del culo «¿Qué pasaría si me pusiera a 4 patas?»

Todas estas inseguridades eran para mí una barrera opaca y sólida que no me permitían dejarme llevar por mis impulsos más básicos.

La tensión sexual fue reduciéndose, diría que incluso desapareció. Creo que hablar tanto de mi relación con Jaime y abrir el baúl de mis emociones ante él hizo que Enzo me viera de otra forma. Parecía que el interés en follarme estaba desapareciendo y tenía más interés en conocerme e incluso cuidar de mí. Siempre ha sido así, cuanto mejor me conocen menos me desean.

Pasé un verano maravilloso, la relación con Enzo estaba ya definida y etiquetada como amistad. A pesar de la tensión sexual y la magia que en un momento había existido, los dos nos habíamos dado cuenta de que yo no era su estilo de mujer y por más que jugáramos, acostarse conmigo sería para él, como comerse un bocadillo mortadela cuando puede comer besugo.

Éramos amigos fuera del trabajo y eso era perfecto para los dos. Tenía detalles preciosos conmigo, me hacía listas de reproducción de música, me invitaba a cenar y cuando iba de viaje me compraba recuerdos de las ciudades que visitaba. Me sentía genial cuando éramos simplemente dos amigos fuera del trabajo, no tenía nada que demostrar, solo tenía que ser yo y eso parecía serle suficiente.

Por aquel momento había retomado contacto con Jaime y aunque no teníamos planes de volver juntos, me sentía sentimentalmente comprometida con él. Soy de ese tipo de personas ¿sabes? Una vez que me hago a la idea de estar con alguien, es complicado sacarme esa película de la cabeza.

Me sentí fatal desde el momento en el que simplemente le deseaba y me sentí aún peor cuando sucedió: Chicago.

Nos fuimos algo más de dos semanas por trabajo y aquel fue un viaje emocionante,

enriquecedor y único. Me sentía afortunada y agradecida porque Enzo contara conmigo para aquel viaje, estaba conociendo Chicago a gastos cubiertos y si eso para mí fue increíble. No debí tomármelo como un regalo, pero lo sentí así. Todas las tardes Enzo me llevaba a ver cosas nuevas, me invitaba a cenar a los mejores sitios de la ciudad, me contaba historias divertidas de cuando él vivía allí y yo no podía dejar de sentirme fascinada, por la ciudad y por él.

Nos recuerdo paseando de noche por aquella maravillosa ciudad de luz, los dos con nuestro vestuario ejecutivo. Él no paraba de sonreír y de intentar demostrarme que había tenido una vida antes de la empresa, una vida maravillosa llena de fiestas, viajes e incluso amor. Yo no podía dejar de escucharle, estaba fascinada por verle tan feliz, tan pleno. Me sentía feliz y especial cuando pensaba que mi compañía o atención era uno de los factores que le estaban provocando toda esa felicidad.

Aquella noche, me subió al edificio más alto de Chicago, me llevó a ver un show de jazz y dimos un paseo por el parque central de Chicago antes de coger un taxi de vuelta a la casa que teníamos alquilada.

«Me ha encantado la noche, me siento como en un sueño, como si nunca quisiera despertar» Le dije. Era lo que realmente sentía, sentía que aquella ciudad había sido su hogar y que él había querido compartirlo conmigo. Él me sonrió y me dijo «Esta ciudad es una maravilla, la verdad»

Estábamos cantando en el taxi de vuelta a la casa, yo le explicaba mis absurdas teorías respecto al amor y las relaciones mientras él buscaba en su mochila papel y boli. Probó al menos 7 superficies antes de finalmente escribir en un papel: Eres perfecta.

No recordaba cuando había sido la última vez que alguien me había escrito algo así, llevaba años escuchando quejas acerca de mi persona. Tenía la moral totalmente destruida a martillazos por una de las personas que más había querido y aquella frase, después de una noche única, hizo que me emocionara.

Creo que mi reacción le confundió «No quería ofenderte, perdóname» Me dijo entristecido. No me había ofendido, me había emocionado tanto que me había sentido por un momento, cómo en la típica película en la que el hombre supera cualquier obstáculo para demostrar su amor a la mujer que quiere.

Sólo había conocido rechazo, dolor o críticas. Pero allí estaba él, con su mente brillante y su agenda llena regalándome sus horas y haciéndome sentir perfecta. Que me lo escribiera fue el menor de los detalles, realmente me hizo sentir única y especial, como si me mereciera el mundo entero y cómo si él estuviera dispuesto a ponerlo a mis pies.

Llegamos a la casa, déjame puntualizar, no era un piso. Alquiló una casa de 5 plantas para que cada persona pudiera tener su propia habitación y baño. Hablamos un rato sobre Muddy Waters, sobre el soul y el jazz, sobre ciertos artistas que nos llamaban la atención y finalmente nos despedimos. «Si, vete a dormir que yo voy a darme una ducha» Le dije mientras le sonreía. Yo me metí en mi baño y él se dio la vuelta.

Recuerdo estar debajo del agua preguntándome a mí misma si estaba viviendo una realidad o si me iba a despertar en Bilbao al día siguiente. Todo lo que estaba viviendo me hacía sentir plena en el ámbito laboral y en el personal. Salí del baño pensando «Qué suerte he tenido de poder venir» Me acerqué a la cama y vi a Enzo tumbado en mi cama, completamente dormido, con su americana y sus zapatos en el suelo. Me acerqué a él, le intenté despertar con delicadeza. «Déjame dormir hoy contigo, estas triste» Me dijo entre murmullos.

Tengo comprobado que cuando llevo muchas horas aguantándome los pedos mi cuerpo aprovecha las horas de sueño para deshacerse de todas esas toxinas y lo último que deseaba era despertar a mi jefe con mis pedos, por lo que, como puedes imaginarte, no dormí ni un solo minuto.

Me desperté con la voz de Enzo hablando por teléfono a las 4 am «Estoy hablando con España, perdona» Me dijo mientras salía de mi habitación. Dormí 4 horas más y no le vi hasta que los 5 compañeros cogimos el coche para ir a la feria.

Después de un día entero de trabajo, 4 de los compañeros fuimos a cenar al Athletic's Club de Chicago, un restaurante con una decoración espectacular y opciones muy caras en la carta. Nos prepararon una mesa en la terraza desde la que se veía la costa y el parque de Chicago. Después de cenar, entramos al bar y nos sentamos en unos sofás, comenzamos a pedir cocteles y cervezas.

Enzo y yo estábamos hablando de los detalles del proyecto de Innovación en el que había participado cuando vivía en Chicago y lo mucho que viajaba por aquel entonces. Los otros dos colegas se fueron a casa y allí nos quedamos él y yo, hablando sobre todo hasta que me dijo «Quiero besarte» Yo no le dije nada, me quedé mirándole y le hice un gesto acompañado de un interrogante como intentando decirle «¿Debemos?» Y entonces me besó.

Sabía que no iba a durar y que sí quería disfrutarlo tenía únicamente aquella noche para disfrutar de él. Guardaría en mi memoria todos los recuerdos y los atesoraría para siempre. Tenía claro que sería una experiencia de una sola vez.

Yo estaba muy nerviosa, no sabía si tocarle el pelo, la polla o si abrazarle. No quería que pensara que le quería, así que pensé en ser puramente sexual, no quería malinterpretaciones.

Estábamos tumbados en la cama, yo con el sujetador puesto porque como os he comentado, no iba a dejar que un hombre como Enzo lidiara con una 100D sin operar. Antes de que me quisiera dar cuenta allí estaba él, con su barbilla entre mis piernas, agarrándome de las caderas y empujando su cara contra ellas. «Joder, no hagas tanta presión, esto parece un parto a la inversa» Le dije. Sentí sus carcajadas en mi entrepierna y aunque suavizó la presión no apartó su boca hasta que tuve el tercer orgasmo. Yo estaba exhausta, solo quería relajarme y dormir, pero era consciente de que me tocaba a mí y aunque no tenía muy claro cómo iba a meterme aquello en la boca, le pedí que me follara, él me puso de lado y me agarró la cadera desde atrás.

«¿Todo bien?» Le susurré. Llevaba maniobrando ahí atrás un rato y empezaba a pensar que quizás no sabía gestionar el sexo con una mujer de mi talla.

«Creo que he bebido mucho» Me dijo. Entonces me di la vuelta y aunque intenté reactivar su erección no fui capaz. Los dos queríamos dormir y Enzo tenía una actitud muy pasiva. Una parte de mí claro que se cuestionó si aquel gatillazo tenía algo que ver con mi peso, siempre te lo cuestionas. Decidí, por mi salud mental, no volver a cuestionarme ese tipo de asuntos.

Manda huevos, fui a Chicago con mi jefe, me pagó todo, me hizo sentir como una princesa y encima me bajó al pilón. Si lo miras por todo lo que estaba ganando en aquel viaje, sólo me faltaba que me tocara la lotería o que algún chalado me regalara un bolso de Prada por la calle.

Al día siguiente cuando nos despertamos, Enzo tardó muy poco en disculparse por lo sucedido la noche anterior. Para ser sinceros, todo aquello del gatillazo no hizo más que aumentar mis inseguridades respecto a mi cuerpo, pero él había venido a por mí y de no gustarle físicamente nunca hubiera dado los pasos para llegar hasta mi cama. Di portazo a todas esas inseguridades y me centré en disfrutar del resto de días.

No volvimos a acostarnos.

Antes de que lo pudiera decir él, le dije «Lo que pasa en Chicago se queda en Chicago, trabajamos juntos, eres mi jefe...» Siempre había tenido claro que si algún día ocurría algo entre nosotros sería algo puntual. «Trato hecho» Me dijo. Me guiñó un ojo, me dio un beso en la frente y se marchó de mi habitación.

Chicago llegó a su fin, la vuelta a la rutina fue complicada, había momentos incómodos en la oficina y recuerdo pasar por altos momentos de estrés. No sabía cómo recuperar la normalidad o la amistad que habíamos conseguido tener antes de Chicago. En parte no quería olvidarme de aquello, Chicago fue en su totalidad una experiencia única y quería guardarlo en mi cabeza de una forma intacta.

La vuelta a Jaime fue como sentirse en casa de nuevo: seguridad y confort. Era todo lo que necesitaba después de pasar por momentos incómodos con Enzo a diario. Cada vez que follábamos, cerraba los ojos y me imaginaba con Enzo, tenía muchos más orgasmos que antes y mucho más intensos.

«Nos echo de menos ¿Volvemos a Chicago?» Leí en mi iphone un viernes a las 2 de la mañana. Decidí no contestarle, no sabía que contestar, él sabía que yo veía a Jaime y si pretendía que hablar de Chicago desencadenara en otra cita, no le iba a dar el gusto. «Veámonos» Volví a leer al día siguiente. Era noviembre y desde el viaje a Chicago había pasado algo más de un mes. Yo también echaba de menos las charlas con Enzo fuera del trabajo, pero sobre todo echaba de menos el Chicago que él me hizo vivir, las risas, el lujo y la atención.

Finalmente decidimos quedar, fuimos a cenar juntos y acabamos en su casa, no te sorprende ¿Verdad? La química era brutal y después de explicarme que me quería en su vida, volvió a brotar en mí ese sentimiento de validación y apreciación, como si sus palabras hicieran que mi valía como mujer creciera. Como si un zapato de Valentino sintiera honor por encajar en mi pie después de una clase de spinning.

No sé si aquella cita fue muy bien o muy mal, pero lo que sé es que Enzo comenzó a regalarme memorias. Supe que a lo largo mi vida, desearía retomar en algún momento todas esas imágenes.

Todo fue especial, la cena, los pliegues de su pantalón, su sofá de terciopelo verde o las palabras que utilizó cuando intentaba hacerme comprender como se sentía. «No digo que nos acostemos, no digo que quiera otro Chicago, digo que desde verano has sido mi amiga y ahora llegamos a Bilbao y desapareces» Me dijo decepcionado.

Le entendía a la perfección, pero había una importante parte de mí que estaba muerta de miedo. Tenía dudas respecto a todo: ¿Debí acostarme con él? ¿Debí haber sido su amiga en algún momento? Puede que hubiera hecho todo mal y puede que aquello fuera algo insalvable porque ya habíamos sido amigos y ya nos habíamos acostado.

Si todo lo que había pasado era algo horrible y erróneo, no había vuelta atrás porque ya había sucedido, así que le agarré la cara y le dije «¿Quieres besarme verdad? Vamos, bésame»

El sexo con Enzo era diferente: pasional, entregado, se le mojaba el pelo con su propio sudor, me besaba todo el cuerpo y se le ponía durísima cada vez que me comía el coño.

Anotación: chicas, en la erección reside la diferencia entre los hombres que bajan por quedar bien y los que bajan porque gozan haciéndonos disfrutar.

Bueno ¿Por dónde iba? ¡Ah sí!

Después del cuarto polvo nos vimos tumbados en el suelo de su cocina «¿Cómo hemos llegado hasta aquí?» Le pregunté mientras le sonreía. Él me miro, se abalanzó sobre mis tetas y gritó con la boca llena «¡Porque es la hora de comer!»

Desde aquel día empezamos a vernos con cierta regularidad, él viajaba todo el tiempo y yo salía con mis amigas o quedaba con Jaime. Cada uno me aportaba cosas muy diferentes, mi relación con Jaime colgaba continuamente de un hilo, no deseábamos retomar la relación pero aún no podíamos ser amigos. Las cosas con Jaime poco tardaron en torcerse de y me daba la sensación de que cuanto mejor iban las cosas con Enzo peor iban con él.

En parte me sentía culpable, pero estaba enganchada a los dos. Cada noche y cada mañana pensaba en Jaime pero no podía sentir ilusión por recuperar una relación con él. Sin embargo Enzo hacía que me sintiera bien conmigo misma. Estar con él era como ingerir ego en estado puro y eso me hacía sentir viva.

Enzo me hablaba de viajar, de experimentar, de crear nuevas aventuras, de construir una vida entre el trabajo y la intimidad que fuera plena para los dos. Me despertaba con café y temas de Aretha Franklin mientras Jaime solo me causaba problemas, desconfianza, insultos, faltas de respeto y malestar continuo.

«Verás, las mujeres no encajan conmigo, les gusta viajar, el confort y se sienten bien cuando alguien como yo las valora, pero no se enamoran de mí, nunca se enamoran de mí» Me dijo Enzo un día. Tenía razón, yo no estaba enamorada de él y tampoco lo estaba de Jaime.

Me veía incapaz de retomar la relación con Jaime. Por más que él me presionara para que decidiera apostar todo o nada por él, yo era incapaz de tomar una decisión tan trascendente. No quería perder lo que quedaba de mi mejor amigo pero no podía permitirme embarcarme en algo de lo que tenía tan mal recuerdo. Jaime se cansó de esperarme y puso distancia de por medio.

Los continuos abandonos de Jaime eran como puñaladas, cada vez que yo le era sincera y le decía que no quería volver con él, Jaime decidía salir de mi vida. Todos esos abandonos y heridas no cicatrizadas tenían a mi corazón hecho trozos y medio descompuesto.

Enzo estuvo ahí siempre, hasta cuando yo no quería que estuviera, él me demostró que pasara lo que pasara yo era merecedora de algo más que abandonos, rutina o infravaloración.

Creo que una vez con Jaime fuera del panorama, me empecé a convertir en una carga para Enzo. Él siempre tenía cosas que hacer y cuando estaba disponible me dedicaba el 100% de su tiempo, pero los encuentros ya no eran iguales. La espontaneidad y la novedad empezaron a desgastarse y yo comencé a estar triste, insegura y me sentía poco merecedora de su atención.

La combinación de Jaime y Enzo me ofrecía un equilibrio que se vio claramente afectado

cuando Jaime faltó. Los encuentros con Enzo se fueron distanciando, él me seguía pidiendo que le acompañara en su tiempo libre pero aquello me recordaba a la dinámica que tenía con Gabriel: tenía mi vida comprometida con su tiempo libre, cada vez que él tenía un momento para dedicarme, debía parar mi vida al completo para poder verle.

Empecé a buscar planes alternativos y a estar ocupada, no quería ser una carga para él. No quería privarle de su tranquilidad y mucho menos quería convertirme en un activo dentro de su zona de confort y por eso, después de 6 meses y como quien disuelve sal en agua, nuestra historia comenzó a morir sin que ninguno de los dos intentáramos rescatarla.

Aquella situación me hizo buscar mucho en mi interior, yo nunca había sido así, siempre había creído en el amor, en la lealtad y en las personas. Supongo que en algún momento me perdí o quizás nunca llegué a recuperarme del todo desde la ruptura con Jaime. Sea como sea, no era la misma Eyre que había llegado de Barcelona.

Uno de mis mayores defectos siempre ha sido no saber valorarme, no saber hacerme respetar, no sentirme suficiente en ninguna circunstancia.

Puedo identificar claramente cada una de las causas, actitudes y personas que me han hecho crecer de esta manera, pero eso no lo justifica. No te escudes en el daño que te han hecho porque todos tenemos la capacidad de sanar y curar nuestras heridas.

Era muy difícil hacerse respetar y valorarse a una misma cuando era la atención masculina lo que me hacía sentir valorada, lo que me hacía sentir válida de nuevo.

Cuando mi relación con Jaime terminó me puse metas, me puse objetivos respecto a mi vida: escribir mi primer libro y comprarme una casa. Pero jamás me puse objetivos en el ámbito sentimental y así, dejándome arrastrar por la marea llegué a una playa que no buscaba.

Nunca pensé qué pasaría si algún día encontraba a alguien especial, nunca pensé que pasaría si volvía a sentir de nuevo. Jamás pensé que eso podría volver a pasarme, lo di por imposible y lo olvidé, me centré en dejarme llevar por la vida. Pero ¿sabes qué? No era la vida lo que me llevaba o me traía, no me movía por el momento, me estuve moviendo por los intereses egoístas de personas a las que no les importaba. Y así, mes tras mes me fui balanceando entre Enzo y Jaime que tiraban de mí a su antojo, buscando sexo, atención o cariño. No me importaron las contraindicaciones o moralidad de la situación y me fui arrastrando, coleccionando esa atención, creyendo que era el rumbo natural de mi nueva vida.

«Esto es lo que yo soy ahora, esta es la nueva Eyre» Me dije mil veces intentando camuflar el hecho de que la falsa sensación de intimidad y cariño que tenía cogida por los huevos.

Por más que esta nueva Eyre fuera una tía dura que solo buscaba sexo y materializaba a los hombres como si fueran objetos, lo único que deseaba era sentirme querida de nuevo.

Quería sentirme como me sentía en Barcelona cuando decidí empezar una relación con Jaime y mandé todas esas atenciones masculinas a la mierda. Quería sentir cariño, comprensión, quería sentir que alguien podía valorarme y quererme de nuevo. Lo que aún no había entendido era que para que eso pasara, primero tenía que quererme y valorarme a mí misma.

NAPOLITANAS Y CROISSANTS

110 KG

Una rubia y una pelirroja. Alana y yo decidimos entrar en al Antzoki (una discoteca) después de visitar varios bares. Fuimos a uno de los laterales, dejamos nuestras cosas, pedimos dos copas y empezamos a bailar. Seguía viendo a Jaime de vez en cuando, pero hacía mucho tiempo que era soltera y vivía orgullosa acorde a mi condición: tuve una época un poco golfa.

Yo llevaba unas botas militares hasta la mitad de la pantorrilla, unos pantalones negros muy ajustados que me hacían unas piernas divinas pero tenían a mi tripita sufriendo una tortura china. Sí, siempre he llevado una talla menos, tengo la sensación de que al quedarme pequeño, me aprieta, me embute y me siento mejor con el mundo.

Me puse una camisa holgada, con fondo negro y unos detalles en dorado, un maquillaje sexy y mi pelo rubio suelto y muy liso. Aquella noche, a pesar de tener un michelín en la cintura que podría mantenerme a flote hasta en las aguas del cantábrico, me sentía sexy y poderosa.

Conocimos a varios chicos y mientras estábamos bailando, vi como Enzo entraba con un amigo por la puerta. Pasaron muy cerca de nosotras y Alana también le vio, le puse la mano en mi corazón y me miró con cara de asombro: el corazón me iba a mil por hora.

Intenté colocarme la camisa para que no se me marcara la lorcita y sin poder controlarlo empecé a ponerme muy nerviosa. Empecé a bailar mucho más efusivamente. Alana se reía «Tía ¿Qué te pasa? ¡Te mueves mucho!» Me dijo mientras se reía.

¡Dios! Tenía que parecer un pavo real a punto de abrir la cola o una paloma en plena fase del cortejo ¡Qué vergüenza!

¿Debía saludarle? Nuestra relación era exclusivamente profesional a estas alturas, pero ¿Qué se considera apropiado y qué se considera de mala educación?

Decidí hacer como que no le había visto y así pasé la noche: pensando en que Enzo estaba cerca, poniéndome cachonda pero cerrada en banda ante la opción de ir a saludarle.

Fui a coger una copa «Necesito estar más borracha» Le dije a Alana. «Hola, un destornillador por favor» Le dije entre gritos a la camarera. «Aquí tienes guapa, te invita el chico de ahí» Me dijo la camarera. Miré en la dirección en la que la camarera había señalado y vi a Enzo imitando alguno de mis exagerados movimientos de baile.

Vocalicé «Gracias» con el fin de que me leyera los labios, me di la vuelta y seguí a lo

mío. Después de aquello pensé que lo correcto sería saludarle y darle las gracias, así que intenté buscarle con la mirada, pero Enzo ya se había marchado.

La noche continuó, conocimos a otras personas, nos reímos y bailamos hasta que llegó Javi con su compañero de trabajo. Habíamos conocido a Javi hace algunos meses y solía quedar con nosotras para salir de fiesta. Alana estaba muy tonta por él aunque nunca quiso reconocerlo.

El compañero de Javi, Paulo, se había pasado semanas clavándome la mirada cada vez que íbamos al bar en el que trabajan los dos. Javi tardó muy poco en preguntarme «¿Qué opinas de mi amigo?»

Era un dúo curioso, Javi con su rollo rockero, barba, pelo largo rubio y ojos verdes. Paulo era muy alto, mulato, pelo y ojos negros y vestía como si pretendiera parecer un niño rico. Aquellos dos no pegaban ni con cola, ni estéticamente ni de forma de ser, pero allí estaban.

Yo estaba muy cachonda, haber visto a Enzo me había puesto a mil. Cuando juntaba las piernas podía sentir lo mojada que estaba, no podía dejar de pensar en cómo me follaba.

Paulo no dejaba de acosarme, de tocarme, de hablar conmigo y en algún momento de la noche decidí que liarme con él podía ser una buena idea. Yo también cuestiono mis decisiones muchas veces.

Me ponía muy nerviosa que me tocara la cintura, no quería que se le mojara la mano con mi sudor y menos que se diera cuenta de que aquel pantalón me estaba cortando la circulación. Nos enrollamos de una manera muy curiosa: el continuamente intentando tocarme y caminando hacia mí, mientras yo intentaba bloquearle las manos y caminaba hacia atrás.

Créeme, si nos hubieras visto, hubieras sido consciente de que yo no quería estar ahí, pero estaba borracha y estaba convencida de que aquello que estaba haciendo iba a fomentar que Javi y Alana se enrollaran. Bueno, también estaba muy cachonda.

Encendieron las luces del pub: era la hora de marcharse. Yo no estaba muy segura de querer continuar con aquella aventura pero Paulo tenía claro que no se iba a ir a su casa. Pretendía seguirme a donde yo fuera y aquella noche yo había quedado en dormir con Alana.

«Que pereza aguantar ahora a este pesado, también te digo que menos mal que voy depilada a laser» Le dije a Alana mientras bostezaba. «Joe Eyre, yo no sé cómo tengo el coño» Me dijo entre risas y entonces empezamos a reírnos juntas a carcajadas.

Yo llevaba ropa interior muy poco follable, además era consciente de que cuando me quitara las botas sería como abrir una guarida de mofetas. Después de pasar toda una noche de junio sudando y bailando con unas botas militares, casi sentía compasión por cualquiera que tuviera que estar a 2 metros de mis pies.

Cuando Javi y Paulo llegaron a la casa de Alana les dije «Alana os va a enseñar la casa»

Creo que me inventé varias excusas que me hicieran ganar tiempo con tal de no quedarme a solas con Paulo, pero llegó el momento en el que me cogió del brazo y me arrastró a una habitación.

Empezó a besarme, yo intentaba quitármelo de encima pero él era muy insistente. Antes de que pudiera tocarme la lorcita o el sudor decidí quitarme yo sola la ropa, los calcetines y me envolví en una manta.

«¿Qué haces? ¡Quítate eso!» Me dijo mientras tiraba de la manta. Salí corriendo de la habitación, abrí la puerta de la habitación de Alana y allí estaba con Javi, mirando por la ventana.

«No quiero estar con él, Alana, no quiero, no quiero» Le dije desesperada. Javi y Alana me miraron como si cuestionaran lo que estaba diciendo, al de pocos segundos miraron detrás de mí, sentí dos brazos que me cogían por la cintura y oí «Yo me ocupo de esto chicos»

Sin quererlo me vi devuelta a la habitación en los brazos de Paulo. Le dije varias veces que no quería follar, le rechacé en varias ocasiones a lo que me contestó «No digas tonterías». Tardó casi 5 minutos en arrancarme la manta y otros pocos minutos en inmovilizarme.

Se puso encima de mí y empezó a penetrarme. Estaba terriblemente incómoda, no quería follar con él, pero me iba a suponer tanto esfuerzo quitármelo de encima que acepté que aquello era algo que iba a pasar lo deseara o no. Dejé de resistirme e intenté pensar en otra cosa hasta que Paulo terminó.

Me fui a otra habitación donde dormí 2 horas, hasta que Alana me despertó «Tenemos que bajar a Paulo a la parada de Metro» Me dijo mientras sostenía las llaves del coche en la mano.

«Puede bajar andando» Le dije enfadada.

Me vestí, me puse las botas y bajamos al imbécil aquel a la parada de metro. Lo único bueno de aquella mañana fue, que después de dejarle en el metro, Alana y yo compramos napolitanas y nos montamos un desayuno digno de la realeza.

Siempre me ha gustado gustar, siempre he sido una persona que tiende a tontear con el género masculino, pero aquella noche me vi muy forzada a cosas que no me apetecía hacer. Asumí mi parte de responsabilidad, pero creo que Paulo no quiso escucharme y no quiso respetar mi voluntad. Esto es algo que me sigue cabreando a día de hoy. Al menos me alegro de que se comiera el olor de mis pies y mis bragas de vieja ¡Jódete puto cerdo!

DESTORNILLADOR BAJO LA LLUVIA

105 KG

No dejaba de mirarme en los reflejos de las tiendas mientras me aproximaba hacia la casa de Joana. Vestido negro con mucho escote, largo hasta los pies pero con una raja lateral hasta la cadera, mi larga melena rubia y un delineado felino muy sexy. Que sí, que me sobraban kilos, pero cuando salía con el ego subido no había quien me parara. La actitud y el sex appeal no entienden de kilos, y yo, por si necesitara compensar, tenía mucho de todo.

Nos sentamos en una terraza, estábamos tomando unas copas y mientras Joana me contaba su vida vi como Enzo pasaba con sus amigos por detrás de nuestra mesa. Me miró, le miré y pasó de largo.

Había pasado casi un año desde Chicago, pero 4 meses desde la última vez que salí de su cama y si te soy sincera, no había un solo día en el que no me cuestionara mis decisiones respecto a Enzo. ¿Hice bien en dejarle marchar? Desde Chicago no había ducha en la que no pensara en él, tenía una atracción física hacia él brutal y aún habiéndole bajado del pedestal, se había convertido en mi biblioteca preferida de recuerdos eróticos.

No podía dejar de pensar en aquellas tardes en su casa y en aquel magnifico sofá de terciopelo. «Si quieres que te folle vas a tener que correrte primero Eyre» «Córrete en mi boca, vamos». Recordé aquellas sacudidas rápidas y potentes de cabeza para deshacerse del sudor de su pelo mientras gemía como si se fuera a correr en cada empujón.

Recordé nítidamente aquella tarde: cuando se acercó en albornoz, con una taza de chocolate caliente, se sentó a mi lado en la cama, se tumbó con las manos sobre su propio pecho y me dijo «¿Sabes? Entiendo que algunas personas se casen al de pocos meses, lo entiendo perfectamente y si no tuviera la cabeza en su sitio ya tendrías un anillo en el dedo»

Yo seguí bebiendo aquel maravilloso chocolate mientras le miraba de reojo y pensaba «Esto no va conmigo, haz como que no has oído nada» Él se levantó, me miró y me dijo «¿Tú te casarías conmigo?» Levanté la mirada lentamente y sin sacar mi cara de la taza susurré «Va a ser que no» Él se rió y me dijo mientras se levantaba de la cama «Te estoy tomando el pelo»

Se desabrochó el albornoz y lo dejó caer al suelo. Podía ver su cuerpo ligeramente bronceado e intensamente definido. Se dirigió a su vestidor mientras yo observaba su cuerpo desnudo y alejándose volvió a preguntarme «¿Por qué no?»

Me levanté de la cama y me dirigí hacia él con la taza aún en la mano «Las cosas hay que hacerlas bien, las folladas son espectaculares pero no hay sexo que compre el hecho de estar casada con un tío que se mete coca y nunca está en casa» Le dije mientras le daba la espalda. Dejé caer mi albornoz, giré la cabeza hacia la derecha y le miré de reojo. Enzo se aproximó lentamente y mientras me agarraba el pecho desde atrás me susurró «Podría estar a la altura»

Y allí, frente a su cama, viví uno de los mejores polvos de la historia de la humanidad. Me abrazó desde atrás mientras con una de sus manos apretaba mi pubis hacia él. Empezó a penetrarme lentamente, mantuve las piernas cerradas y sentí una presión increíble dentro de mí. Con su mano derecha empezó a masturbarme, las piernas me empezaron a temblar, empecé a perder el equilibrio y entonces me pidió que pusiera una pierna encima de su cama. Se arrodilló y me metió dos dedos mientras me lamía el clítoris con fuerza. Cuando estaba muy cerca de llegar al orgasmo empecé a oírle gemir, miré hacia abajo y pude ver como se masturbaba con fuerza y se corría mientras mantenía su cara hundida en mí entrepierna.

No sé qué pasó pero me pegué la corrida más espectacular de mí vida: siguió tocándome y lamiéndome mientras me corría, cada movimiento de sus dedos hacía que saliera más y más líquido de mi cuerpo. Le llené la cara, el pelo y la alfombra de corrida. Me costó mucho mantenerme de pies por eso me senté al borde de la cama en cuanto pude. Él se aproximó, me abrió las piernas y con las manos a los laterales de mí cadera empezó a lamer los restos de mis fluidos mientras me miraba fijamente, me tumbé completamente sobre la cama mientras él me besaba los muslos. Enzo se tumbó a mi lado poco después, me miró y entre risas me susurró «Yo que tú me pensaba eso del matrimonio»

En un golpe de realidad volví a aquella terraza con Joana, a beber vodka y ver como Enzo se alejaba con sus amigos. Me mojé entera nada más verle, pero por más atracción sexual que existiera, se me partía el corazón al recordarle. Quizás parezca increíble que alguien como yo se sintiera en la posición de rechazar a alguien como Enzo, pero era muy consciente de que jamás podría corresponderle como él esperaba.

Que alguien como Enzo me prestara tanta atención era muy adictivo. Y sí, me hizo sentir muy bien, permitió que mi autoestima creciera y nunca borraría de mi recuerdo mis momentos con él. Gracias a mis experiencias con él aprendí también a dejarme llevar, a abrirme de piernas sin pensar: no le va a gustar.

Quizás él fuera siempre así en la cama y esa actitud no dependiera de mí o de mi físico, pero cada una de las veces que nos acostamos tuve la sensación de que le excitaba muchísimo y eso me permitió sentirme más segura con otras personas.

Tenía una mezcla curiosa de sentimientos pero permanecí sentada con mi amiga,

terminamos nuestras copas y nos dirigimos hacia un bar. Mientras estábamos en la cola esperando para entrar, se aproximó Enzo con dos amigos. Pantalones vaqueros, polo azul marino y un cubata en la mano «Hola niña» Me dijo mientras me sonreía. Pasó delante de mí, miró hacia atrás, intercambiamos miradas y mientras se alejaba me guiñó un ojo.

Conseguimos entrar en el bar, estábamos bailando con dos chicos y entonces vi que Enzo volvía con sus amigos. Enzo se aproximó con 2 copas, me dio una y sin apartarme la mirada empezó a beber. Uno de sus amigos comentó en voz alta «Aquí hay tensión sexual no resuelta» El resto nos reímos. Enzo relajó la mirada y puso su brazo por encima de mis hombros con una amplia sonrisa.

Comenzamos a bailar y aunque con importantes consecuencias sicomotrices derivadas del efecto del alcohol, yo sentía que lo estaba petando. Todos somos conscientes de que no soy Beyoncé, pero cuando estas borracha no hay nadie que te haga entender que no eres una diva (qué vergüenza por favor). Enzo se aproximó, me cogió de la mano, comenzó a darme vueltas, a reírse conmigo, a brindar y a dar botes como si tuviéramos algo que celebrar.

Esas eran las mejores noches: en las que podíamos ser amigos, en las que no teníamos que sentir dolor o preocuparnos del dolor que causaríamos a otras personas. Éramos parte de algo común y aquella noche los dos parecimos entender que podíamos y queríamos disfrutar el uno del otro.

Bailamos toda la noche, nos reímos mucho y nos dimos un par de azotes en el culo. No miento sí te digo, que sí me hubiera acostado con él, lo hubiera disfrutado, pero era mejor así.

Cuando decidí marcharme, Enzo se ofreció a acompañarme hasta el coche. Cuando salimos del bar vi a dos amigos de Jaime en la puerta. Imagínate lo borracha que estaba que cuando les vi, agarré a Enzo del brazo y nos marchamos riéndonos del mundo. Tuvimos algo explosivo, brutal en muchas dimensiones, pero los dos crecimos desde aquello, los dos aprendimos a vivir sin esa dinamita y allí estábamos, aprendiendo a ser amigos de nuevo y celebrando que podíamos ser capaces de intentarlo.

Me metí en la cama con una sonrisa y mucha ilusión, ilusión por que estaba recuperando a Jaime y a Enzo, y por una vez, la amistad que se estaba forjando entre nosotros, era sana, limpia y sincera.

HOY VOY A BEBER

100 KG

Cada vez que Nika venía a visitarme a Bilbao el mundo se detenía y toda mi vida, por unos días, tenía como objetivo disfrutar de su compañía, beber mucho y bailar hasta morir. Nika llegaría en el tren de las 23h, así que antes recogí a Alana y conseguimos aparcar en el centro de Bilbao. Era el segundo año que podía celebrar con Alana y Nika las fiestas de Bilbao y estaba muy emocionada por poder pasar aquellos días con ellas.

Yo había conseguido embutirme en unos pantalones muy ajustados negros que tenían un barniz brillante, mis piernas parecían largas, delgadas y brillantes. Me puse una camiseta negra de manga larga over-size con un hombro al aire, los pantalones me hacían unas piernas de infarto, pero toda esa presión hacía que los michelines de mi cintura fueran más obvios así que me puse la camiseta más floja que encontré. Me alisé mi larga melena rubia de leona y salí a comerme el mundo.

Alana y yo estábamos esperando en la estación de tren, hablando de los planes para la noche: a qué bares queríamos ir, qué deseábamos beber, y créeme, no eran pocas cosas.

Entonces apareció Nika, con su melena rizada negra azabache, sus tacones de más de 10 cms, unos pantalones ajustados de cuero negro y una camiseta lencera de encaje. Era la mujer que menos esfuerzo invertía en ser sexy, pero es que Nika lo llevaba en el ADN, tenía un magnetismo único. Nos dimos un abrazo inmenso, un par de saltitos de alegría, varios besos y mientras ella se encendía un cigarro, pusimos rumbo a un bar.

Alana se adelantó y entró primero por la puerta para coger sitio en el bar mientras yo esperaba que Nika se acabara el cigarro.

«Oye, Alana está muy guapa, hacía un año que no le veía y está preciosa» Me dijo Nika sorprendida. Sí que lo estaba, se había teñido el pelo de color cereza, y había comenzado a sentirse sexy. Su manera de vestirse y maquillarse había cambiado y aunque yo no había percibido esa diferencia de una manera tan obvia, la verdad es que Alana se había convertido en una tía con mucho sex appeal. Siempre creí que lo que más se reflejó en su exterior fue el cambio de actitud, el sentirse atractiva para los hombres y tratarse a ella misma como tal.

«Tres destornilladores por favor» Le pedimos al camarero mientras nos acomodábamos en el sofá del bar. Había esperado casi un año para tener a Nika de nuevo en Bilbao y estaba muy ilusionada.

Estaba ansiosa por qué me contara cómo habían sido los últimos meses, si había quedado con el resto de amigas de Barcelona y cuanto tenía en mente beber. Comenzamos a charlar de un montón de historias, entre copa y copa Nika y yo recordábamos historias de Barcelona mientras las tres nos reíamos a carcajada limpia.

«¿Te acuerdas de aquella vez que conocimos a los chicos aquellos y Paula se enfadó porque ninguno quería con ella?» Me preguntó Nika entre risas. Teníamos tantos recuerdos juntas que parecía que habíamos compartido una vida entera y eso hacía que me sintiera en casa, me hacía sentir en familia.

«Cómo me hubiera gustado pasar una noche de fiesta con vosotras en Barcelona» Nos dijo Alana a lo cual contesté con una propuesta «Tenemos que ir un fin de semana, nos reunimos allí y salimos de fiesta hasta morir» Les dije convencida. A las tres nos pareció muy buena idea y mientras terminábamos varias rondas de copas, planeamos una posible excursión a Barcelona mientras nos reíamos y nos retocábamos el maquillaje.

Salimos del bar y comenzaos a andar, Alana estaba bastante borracha pero se tenía que marchar a casa, ella trabajaba al día siguiente. Alana comenzó a alejarse lentamente, andando hacia atrás, mientras cantaba «Eyre quiere barbas, yo quiero barbas, barbas, barbas» Nika y yo no podíamos dejar de reírnos. Después de un ligero traspié, Alana fingió una reverencia y se fue.

Yo y Nika no nos íbamos a ir a casa bajo ningún concepto, eran las 2 de la mañana y la noche acababa de empezar para nosotras. No había pasado una hora alisándome el pelo para que nadie me lo fuera a ver.

Caminamos hasta una de las terrazas y pedimos un par de chupitos de vodka, los cuales vinieron seguidos de otros dos y así consecutivamente hasta que me vi bailando con los brazos levantados, con un cigarro en la mano y agitando el pelo de lado a lado. No creo que fuera capaz de fijar la mirada sobre un punto concreto pero podía ver a Nika bailando a mi lado, le agarré del brazo y la llevé a la barra conmigo.

«Ei, hola, dos destornilladores por favor» Le grité al camarero con una sonrisa. Estábamos esperando nuestras dos copas cuando se acercó un chico de ojos negros, trigueño, muy guapo y nos dijo con vergüenza «Hola, mi amigo quiere invitaros a una copa y conoceros» Nika y yo nos miramos, después miramos hacia la zona donde el chico estaba señalando. Miramos una vez, volvimos a mirar y entonces entendimos que sí, que se refería a él: un señor de 70 años argelino, 1.90 m de altura con anillos de oro. Yo intenté fijar mi mirada en la cara del señor mientras intentaba mantener un equilibrio firme y cuando lo conseguí me di cuenta de que el señor (a partir de ahora E.T) me está sonriendo y saludando.

«No tío, si parece E.T» Grité mientras me reía. «¡Eyre! ¡No seas mala!» Me contestó Nika

mientras rompía a reír. No había ninguna realidad paralela en la que ni Nika ni yo quisiéramos conocer a E.T pero el mensajero no estaba nada mal y parecía tener interés en mí, así que nos juntamos los 4, Nika, yo, el mensajero y su amigo E.T.

No dejaban de sacarnos copas. Nika y yo mirábamos a E.T de vez en cuando y no podíamos dejar de reírnos. El mensajero me contó su historia, me apartó ligeramente del grupo y comenzó a contarme la historia de sus últimos 10 años. Me habló sobre su trabajo, sus relaciones personales o sentimentales y me contó que en 4 meses se marcharía a la India con una ONG.

Mientras yo le escuchaba, Nika me pedía una y otra vez que nos fuéramos pero yo quería quedarme allí porque creía que el mensajero y yo acabaríamos la noche juntos. Una parte de mí me decía que si hubiera pesado 30 kg menos, ya estaríamos dentro de algún baño dando golpes contra la puerta, pero bueno, lo típico, estas gorda y tienen que justificar su interés con una muy buena charla.

Maldito pesado del infierno. Me tuvo hasta las 7 de la mañana contándome sus historias, se me bajó hasta la borrachera y mientras yo hacía que le escuchaba, Nika estaba por detrás haciéndome gestos y pidiéndome que le mandara a la mierda.

No te imaginas lo pesado que era aquel tío, al principio de la noche pensaba que aguantar aquello era una especie de prueba para enrollarme con él, pero según avanzaba la noche me di cuenta de que no había polvo ni apretón que compensara semejante chapa.

Cuando amaneció yo y Nika decidimos ir a desayunar. Tanto el mensajero como E.T se ofrecieron a invitarnos. Nika no dejaba de pedirme que les perdiéramos de vista, pero no había manera de deshacernos de ellos. Lo que había empezado como un juego se convirtió en una carga, aquel mensajero de la nave nodriza de E.T no dejaba de echarme encima sus miedos, preocupaciones o ansiedades «Joder, que se pague una psicóloga» Le dije a Nika varias veces.

Nos paramos los 4 frente a una churrería, Nika y yo permanecemos delante y tanto el mensajero como E.T estaban detrás.

Nika y yo seguíamos borrachas, llevábamos al menos 10 horas seguidas de fiesta, cada vez que nos mirábamos la una a la otra nos empezábamos a reír a carcajadas sin motivo aparente. Estábamos esperando nuestra docena de churros cuando el mensajero nos dijo que se marchaba, se había dejado el jersey en algún lugar y tenía que buscarlo «Esperadme aquí, ahora vuelvo» Nos dijo.

Nika y yo nos miramos mutuamente con cara de sospecha, era el momento perfecto: nos estaban trayendo los churros que E.T había pagado y cuando vimos que el mensajero se había marchado me dijo Nika «Ahora vamos a hacer lo siguiente, vamos a escapar, cogemos los

churros y corremos» A lo que yo contesté «Si, tenemos que ser muy rápidas, no sabrán que nos hemos marchado»

Cogimos los churros y empezamos a correr. Nika llevaba tacones altos y yo intentaba comer un churro mientras corría. No avanzamos más que unos pocos metros, miramos atrás y nos dimos cuenta de que E.T seguía en el mismo lugar, estaba plantado delante de la churrería mirándonos fijamente. Nika y yo nos miramos, nos cogimos de la mano y comenzamos a correr aún más rápido hasta que llegamos a un portal y nos escondimos.

«Eyre, pero E.T nos ha escuchado nuestro plan de escape, estaba detrás de nosotras» Me dijo Nika con los ojos abiertos y preocupada. No habíamos sido conscientes de la situación hasta que Nika lo dijo en alto y entonces comenzamos a reírnos mientras intentábamos comer churros.

«¿Qué habrá pensado? ¿Qué somos tontas? Diciendo, sí ahora nos vamos a escapar de ellos... y él estaba detrás escuchando todo. ¡Menudas escapistas de mierda!» Me dijo Nika con frases entrecortadas mientras nos secábamos las lágrimas de tanto reír.

Estábamos sentadas en las escaleras de un portal cualquiera, intentando comer churros mientras nos reíamos de una manera totalmente desconsolada.

Compramos un par de palmeras de chocolate y conduje hasta la playa que está debajo de la casa de mis padres. No había nadie, estábamos solas viendo las olas del mar romper contra las rocas y comiendo chocolate. Aquella mañana fue gris, era un día nublado y aunque terminamos la noche prácticamente en silencio, recuerdo aquel momento con mucho cariño. Sentí que aquello era todo lo que necesitaba, por fin estaba completa.

No estoy hablando del chocolate. Me refiero a que, llevaba mucho tiempo siendo la pareja de alguien y veía desde la distancia a antiguas compañeras del colegio que se casaban o tenían hijos. Yo había pasado años pensando que esos eran los pasos que debía dar, pero entre tanta obligación y presión social me olvidé de pararme a sentir, a escucharme y a darme lo que realmente necesitaba.

Aquella noche me di cuenta de que la vida que había construido para mí, sin ser la novia o prometida de nadie, me estaba dando una felicidad y un bienestar que ninguna relación me había aportado. Tenía grandes amigas en las que podía confiar, era directora de Marketing, mi trabajo me motivaba y me hacía sentir completa. Todo ese esfuerzo que solía invertir en cuidar a las que habían sido mis parejas se había convertido en una energía que había decidido invertir en mí misma.

Me sentía parcialmente culpable porque el sentirme tan bien con tantos kilos era algo que según el entorno en el que había crecido, no debía ser posible. Me sentía completa, me sentía

feliz y sobretodo me sentía en paz.

CUANDO MENOS TE LO ESPERAS

100 KG

«Ya estás lista» Me dijo Alana mientras terminaba mi maquillaje. Nos vestimos, nos peinamos y salimos a la calle. Debían ser más de las 10 de la noche, yo llevaba un vestido negro con encaje en el pecho y vuelo en la cadera, mi melena ondulada rubia medio recogida, un eyeliner divino y unas botas militares altas.

Alana tenía el pelo color cereza, liso y suelto, llevaba unos pantalones de cuero negros y una camisa de gasa negra con algo de escote. Su maquillaje en tonos cereza daba mil vueltas al mío, pero así es como siempre había sido e iba a ser. Yo era la rubia alta y ella era la pelirroja con el mejor maquillaje de Bilbao.

Nos subimos al metro y al de dos paradas subió Joana al vagón. La vimos llegar con un pantalón vaquero muy ajustado, una camiseta rosa clara con un hombro al descubierto y su melena castaña oscura y ondulada. Ninguna de las tres pesaba menos de 100 kg pero créeme si te digo que cualquiera de las tres estaba aquella noche más guapa que cualquier tía de 60 kg que vieras por la calle.

Llegamos al bar, nos sentamos y empezamos a pedir bebidas mientras nos reíamos, quizás llamábamos un poco la atención con nuestras historietas y risas a pleno pulmón. Me sentía orgullosa de haber podido encontrar personas de verdad que compartieran conmigo su vida y con las que crear nuevas aventuras. Alana y Joana eran personas que hablan de sus preocupaciones, de sus problemas o ilusiones, personas sin dobles fondos, honestas y claras, sin envidias ni complicaciones.

Joana tenía mil historias acerca de tíos con los que había quedado a través de una app y cada historia que nos contaba era mejor que la anterior.

«Si joder, estábamos tomando algo y él tío se gira, se saca un moco, lo hace bola y se lo come» Nos contó con cara de asco. Alana y yo no podíamos dejar de reírnos a carcajadas.

«Supongo que no te liaste con él» Le preguntó Alana a lo que ella respondió «Me preguntó a ver porque no le besaba y le dije que le había visto comer un moco» «¿Y qué te contestó?» Pregunté yo con la mano en el abdomen y riéndome a boca abierta.

«Tía no es para tanto, estaba sequito, SE. QUI. TO, eso me dijo el muy cerdo, que estaba sequito» Contestó Joana indignada. No podíamos dejar de reírnos y entonces empezamos a

recordar mi anécdota Madrileña y otras historias como cuando culpamos al perro de Alana por un pedo que se tiró su dueña delante de unos surferos, o cómo cuando Alana hacía declaraciones de pura sinceridad como «Eyre, yo no sé como tengo el coño»

No podíamos dejar de reír entre una historia y otra hasta que nos dieron las 3 de la noche y decidimos ir a bailar al Antzoki. Caminábamos por la calle, hablando entre nosotras y riéndonos como muchas noches antes habíamos hecho pero aquella noche fue diferente.

Llegué al Antzoki y reconocí en la puerta a un guitarra de un grupo local que sólo había visto de lejos en fiestas de Bilbao. Era la cosa más sexy que había visto en mucho tiempo. Aquel tío debía medir 1.90 m, tenía unos ojos grandes y azules que irremediablemente me recordaban a los de Gabriel, una melena rubia y una barba larga con mechones rubios que le llegaba hasta la mitad del pecho. Tenía una espalda grande, una cadera estrecha y más sex appeal que todos los chicos de Bilbao juntos. Era la primera vez que le miraba a la cara y aquella noche, sin saber nada de él, se me humedecieron las bragas. Aquel tío podría haber pasado por un doble de “Sons of Anarchy” salvo por el hecho de que era un tío muy amable y con una sonrisa preciosa.

«Hola, somos tus fans» Le dije con voz repipi mientras le hacía una reverencia victoriana. Mis amigas empezaron a reírse a carcajadas desde atrás. Él me miró de arriba abajo y con cara de sorpresa me preguntó «¿Fans de qué? ¿Del grupo de Black Metal?»

«¡Nooo! Del grupo country» Le gritaron mis amigas a lo que yo añadí «Llevo vestido y botitas pero eso no quiere decir que escuche Marisol ¿sabes? Quizás lleve un conjunto de látex y cuero debajo de todo esto»

Él me sonrió, me miró de arriba abajo y me dijo «No estaría nada mal»

Has llegado al final de esta historia y al principio de otra aún más emocionante.

Quizás no sea así, pero si te has quedado con ganas de un poco más de salseo, en el libro en papel, he incluido un *bonus track*

Me ayudaría mucho si puntuaras o escribieras una valoración acerca de este libro (es mi primer libro, lo he hecho con mucho cariño)

Muchas muchas muchas gracias por tu tiempo, espero haberte hecho reír y haber conseguido transmitirme esa fuerza incansable de Eyre: por más veces que se caiga, siempre encuentra motivos para quererse con sinceridad y volver a levantar.

Me encantaría conocer tu feedback, siéntete libre de contactarme en redes sociales.

¡Cuéntame tu historia y riámonos junt@s!